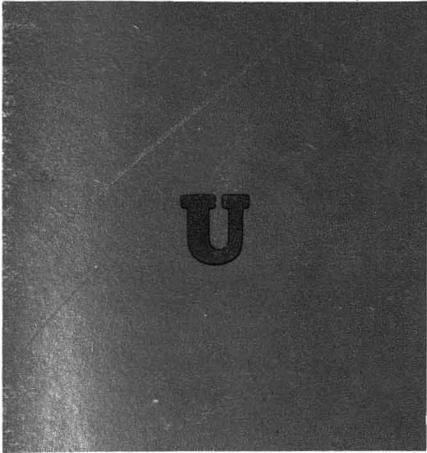


**REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD
DE
MEXICO**



U

**SALOMON
DE LA SELVA
LIRA GRAECA
EFRAIN HUERTA
SONETOS
OLVIDADOS
ERNESTO
DE LA TORRE
VILLAR
RAFAEL
HELIODORO
VALLE
FERNANDO
GONZALEZ
GORTAZAR
ARQUITECTURA
EN JALISCO**

SUMARIO

Volumen XXX, número 1, septiembre de 1975

Efraín Huerta

Sonetos Olvidados, 1

Vicente Martín Hernández

*José Alvarez de Toledo, Mariscal de Campo
de los ejércitos de la independencia
mexicana, 7*

Fernando González Gortázar

*La arquitectura contemporánea en
Jalisco, 12*

Ernesto de la Torre Villar

Rafael Heliodoro Valle (In memoriam), 19

I Versiones y diversiones, de Salomón de la Selva

F. García Pavón

Las fresas del Café Gijón, 25

Eduardo Mata

El premio "Elías Sourasky", 33

Alejandro Witker

O'Higgins, padre del pueblo, 35

Aline Petternsson

Estampa, 40

Emilia N. Kelley

Sobre la estética de Góngora, 42

Editorial: Tercera de forros

Portada: Benjamín, *Ejercicio visual No. 12*

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General: Lic. Sergio Domínguez Vargas

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organó de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Diego Valadés / Jefe de Redacción: Antonio Millán Orozco

Editores: Armida de la Vara y Joana Gutiérrez / Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Torre de la Rectoría, 10o. piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124
Franquicia postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año.
Precio del ejemplar: \$ 10.00
Suscripción anual: \$ 100.00 Extranjero Dls. 12.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello
Patrocinadores:
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados [ICA]
Nacional Financiera, S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social
INFONAVIT



**EFRAIN
HUERTA**

SONETOS OLVIDADOS

Las viejas (cosas) cosquillean. No dejan dormir. Torturan. Porque luego alguna fecha se escurre por entre los dedos nada memoriosos, o a lo largo de los brazos desmemorizados. O dan vueltas por la cabeza y aturden como un viaje en la montaña ruso-soviética —y peor aún con Evtuchenco recitando versos a la fecunda amistad EU-URSS.

Viejas cosas cosquilleantes son varios sonetos que permanecen allí, enfrente, detrás, junto a, cerca, lejos. Pero siempre polvosa y ociosamente presentes como una llamada, una grosería (merecida), un grito en los vacíos de estas décadas amalditadas, repletas de traiciones, embustes de soberbia factura, acomodamientos, oportunismos, etcétera.

Víctimas de esos remotos y cercanos acomodamientos burocráticos, fueron dos poetas, no mexicanos, uno vivamente vivo y otro más vivo que muerto o, mejor, más vivo y presente que nunca lo estuviera. Los dos pasaron por este país y brutales luces meridianas de siniestras obscenidades. Pasaron por México y dijeron mucho y mucho aprendimos de ellos. Los que prefirieron la disidencia, con el amargo pan de su mezquindad se lo coman.

EL ANDALUZ

1935: Rafael Alberti venía de la Unión Soviética. No pudiendo regresar a España por su fidelidad a la revolución de los mineros asturianos (octubre de 34), el poeta y su compañera, María Teresa León, viajan a Italia (en Roma son huéspedes de don Ramón del Valle-Inclán), luego París y finalmente hacia América. Nueva York y La Habana. México finalmente:

Diez era de mayo cuando el *Siboney*
zarpó de la palma cubana al maguey
que el mar mexicano citó a recibirme,
las dagas abiertas, gentil, para herirme.

El *Siboney* atracó en Tampico, donde Alberti tuvo molestas complicaciones con el cónsul de España. Niceto Alcalá Zamora presidía la Segunda República. Rafael no le perdonó al cónsul su insolencia y el fruto es un soneto tremendo que es el antecedente directo del que escribiría a su amargo paso por El Salvador, y precisamente de madrugada y en el cuartel de aviación de Ilopango, de San Salvador. Este soneto está dirigido a aquel brujo carnicero que se llamó Maximiliano Hernández Martínez:

Presidente: amarillo te verán, te veremos.
Doce mil, quince mil hombres desenterrados,
de pie los esqueletos, rígidos, fusilados,
te colgarán la vida. Mejor: te colgaremos.

El soneto anticónsul es ferocísimo, y de tal manera, que la prudencia indica que no puede ser transcrito en su totalidad. Veamos nada más la dedicatoria:

“Retrato del Excrementísimo Señor Don Luis de Orduña y del Moral, Caballero Alcayata de la Orden Ateneísta del Rebusno, Cónsul de la actual República Española (1935) en la Ciudad Mejicana de Tampico.”

La primera cuarteta es demoleadora y maloliente, de manera que vayamos a la segunda:

ún gancho al revés, digo, invertido,
una visagra puesta a una viruta,
una batuta rota, una batuta
bailando al son de un asno retorcido;

Y hasta es posible reproducir el primer terceto:

un tornillo monárquico clavado
a una muerta República a quien roba,
difama y lame con traidor hocico...

El final es aplastante: el cónsul-alcayata es todo cuanto puede resumir la categoría de cornudo, pero además

... un marica, un esmirriado,
un manojo de cerdos, una escoba
para urgar (sic) los retretes de Tampico.

No, desde luego ni Rafael ni María Teresa corrigieron pruebas, y de esa manera se escapó un “urgar” por hurgar. Pero para remate de los líricos y satíricos hechos, una advertencia entre paréntesis:

(Anónimo del siglo XVII, atribuido a D. Francisco de Quevedo), y otros más: (La divulgación de este soneto le traerá la suerte.)

En sus luminosos treinta y tantos años, el poeta era algo más que un torbellino: un ciclón avasallador y encantador. En Bellas Artes (Sala Ponce) le escuchamos por vez primera decir en forma más que vibrante el poema *La Toma del Poder*, de Louis Aragon, traducido por él (conservo la traducción, con anotaciones de Rafael hechas a lápiz). Y cuando, diciendo sus poemas, algo se le olvidaba, miraba hacia María Teresa, sentada entre nosotros, y ella le recordaba el verso que faltaba o que seguía.

Rafael y María Teresa vivieron, como más tarde Manolo Altola-guirre, Concha Méndez y la pequeña Paloma, en el edificio Ermita, de Tacubaya. Yo hacía viajes vespertinos a Portales, a ver cómo iba la impresión de mi primer libro, *Absoluto Amor*. Me lo estaba haciendo en sus prensas de *Fábula* el inolvidable Miguel N. Lira.

Muchas veces coincidí con los Alberti, porque ya Miguel estaba parando a mano el inmenso poema *Verte y no Verte*, de Rafael. Es un poema elegíaco a Ignacio Sánchez Mejías, pensado desde que el poeta navegaba por el Mar Negro rumbo a Constanza, y la fecha es importante: Plaza de Toros *El Toreo*, México, 13 de agosto de 1935.

De *Verte y no Verte*, Miguel hizo "250 ejemplares impresos en papel especial y numerados, de los cuales 50, firmados por los autores, quedan fuera de comercio..."

¿Quiénes eran los autores? Pues Alberti, desde luego, y el pintor Manuel Rodríguez Lozano. Cuatro dibujos de Manuel, con modelo masculino desnudo: una verónica, citando a banderillas, a matar y el hombre—el torero—muerto. Al sevillano Sánchez Mejías lo mató el toro *Granadino*, en la plaza de Manzanares, justo el 13 de agosto de 1934. El poema *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, de Federico García Lorca, lo editó *Cruz y Raya* en 1936.

De *Verte y no Verte* conservo el ejemplar número 196, pero no está dedicado. (El título lo tomó Rafael de los versos (*Por el Mar Negro un barco / va a Rumanía. / Por caminos sin agua / va tu agonía. / Verte y no verte. / Yo, lejos navegando, / tú, por la muerte.*)

El que sí me dedicó fue el tomito *Poesía, 1924-1930*. Fecha, un día de septiembre de 1935.

LOS TOREROS

En el poema elegíaco de Alberti, cinco sonetos son las columnas que sustentan un cuerpo de versos libres bellísimos y numerosas coplillas. Pero esos sonetos no son los olvidados. No sólo esos sonetos. Todo el poema lo es; pero más que olvidado, ignorado por declamadores—qué bueno—y directores de escena—magnífico. Y ahora se me ocurre una idea curiosa: alguien podrá establecer un paralelo, una grata comparación entre los poemas de los dos andaluces dedicados a Sánchez Mejías, y el *Corrido de Bernardo Gaviño*, muerto en la plaza de toros de Texcoco, México. Al morir Ignacio Sánchez Mejías tenía 43 años. El mexicano Gaviño, nada más 83...

Son sugerencias audaces, es cierto. Tan cierto como que el *Corrido de Bernardo Gaviño* no aparece en *El Corrido Mexicano*, de Vicente T. Mendoza. *Porque los jóvenes que logran la licenciatu- ra en Letras, deberían buscar nuevos temas y no limitarse a hacer buenas o malas tesinas sobre poetas vivos que parecen bien muertos.* Por ejemplo (otra sugerencia audaz), investigar la pasión de Carlos Pellicer por los toros, el epistolario taurino de su hermano Juan, etc.

De Alberti, ¿cómo no recordar su *Joselito en su Gloria*? Es el poema 11 de *El Alba del Alhelí: Cuatro arcángeles bajaban / y,*

abriendo surcos de flores, / al rey de los matadores / en hombros se lo llevaban. En total, diez vibrantes y doloridas cuartetos. Ahora bien, me sorprende que este poema a *Joselito* no lo incluye José María de Cossío en su libro (tomo II, Antología) *Los Toros en la Poesía Castellana*. Incluyó otros: *El niño de la Palma* (Chufillas), *Corrida de Toros* (dedicado a José María de Cossío) y *Eh, los Toros*.

En esta postal a color, veo el mausoleo de *Joselito* en el cementerio de Sevilla. No lo llevan cuatro arcángeles sino, en bronce, en hombros, el lloroso pueblo. La almohada, la cabeza y el medio cuerpo del torero, en mármol blanco. ¿Y qué descubro al pie del mausoleo del afamado rival de Juan Belmonte? Una lápida en piedra rojiza, a ras del piso, con este nombre: *Sánchez Mejías, junio de 1891-agosto de 1934*. Es bueno recordar que *Joselito* doctoró a Sánchez Mejías, en Barcelona (1919) y en Madrid (1920). A *Joselito* (José Gómez) lo mató un toro un día de 1920, en Talavera de la Reina.

Cuando en 1947, en la plaza de Toros de Linares, *Manoleta* fue cogido y muerto, el poeta andaluz Manolo Altolaguirre me llevó un romance elegíaco dedicado al creador del toreo serio y sobrio: Manuel Rodríguez. Un poema pésimo. El original, en tinta azul, lo oculté cuidadosamente, y ahora está en manos de mis buenos amigos Africa y Jorge Villegas.

UN GRAN SONETO

El lunes 23 de septiembre de 1974, en *El Día*, apareció una página (Testimonios y Documentos), con la reproducción íntegra de un texto de Wilberto Cantón, *Sobre la Estancia de Pablo Neruda en México de 1940 a 1943*, publicado originalmente en el libro *Posiciones*, Imprenta Universitaria, Serie Letras No. 4, México, 1950. En el texto de Wilberto encuentro algunas ligeras fallas. Nada grave, por otra parte. Pero debió corregirse el título del poema a Silvestre Revueltas, que no es *Murió Silvestre Revueltas*. Wilberto Cantón recuerda un acto celebrado en el Teatro del Sindicato Mexicano de Electricistas, "organizado por la Sociedad de Amigos de la URSS", el "30 de septiembre" de 1942.

El acto fue organizado por ocho agrupaciones: electricistas, mineros, ferrocarrileros, petroleros, azucareros, tranviarios y gráficos, más la SAURSS, y se celebró el martes 29 de septiembre. "Entrada personal \$ 0.50. Para el Fondo de Ayuda a la URSS." Tres oradores abrieron el programa, y dos poetas lo cerraron: Pablo Neruda y yo. Poco antes de empezar el acto, Pablo me invitó a tomar una copa. Lo que quería era leerme el poema que diría. Era el *Canto a Stalingrado*. La cantina donde brindamos con tequila está allí todavía: *La Castellana*, en Antonio Caso e Insurgentes Centro. Yo sólo le recomendé a Pablo que cierta



palabra sucia la suprimiera, o que la pusiera en francés, por sonar más belicosa. Se quedó en francés.

Ya en otra ocasión hablé de mi fracaso como recitador y de la rotunda victoria poética de Pablo.

Un año más tarde, el viernes 27 de agosto de 1943, en el Frontón *México* y a las ocho de la noche, Pablo fue despedido por sus amigos y admiradores. Wilberto Cantón recuerda que los oradores fueron Wenceslao Roces, Alfonso Reyes, César Martino y Vicente Lombardo Toledano. Pero hube de entrar en sospecha, y a buscar la causa. Esta es una hoja de papel epistolar, con un discreto membrete: *Enrique González Martínez*, y un soneto con versos alejandrinos:

DESPEDIDA A PABLO NERUDA

¡Viajar, volar de nuevo sobre mar y montaña,
sobre invioladas nieves y llanuras de sol!
El aire te bendice, el amor te acompaña
y una lengua de fuego te lame el corazón.

Adiós... Pero no olvides, si la vida te engaña,
que en este valle, un día, dejaste una canción.
Si el recuerdo vacila, avívalo en la entraña
rumorosa y profunda de tu fiel corazón.

Yo también por el mundo tendí mi vuelo errante;
yo, como tú, quisiera proseguir adelante...
¡Mas todo lo he perdido en mi viaje de ayer!

¡Feliz de ti que tienes una estrella en la altura,
y una voz que te lanza por mares de aventura,
de los que nadie sabe si se puede volver!

Enrique González Martínez

Fecha: A 22 de agosto de 1943.

Estoy absolutamente seguro que fue don Enrique quien leyó el poema a Pablo, porque yo lo recibí de sus propias manos. Los cuatro oradores fueron excepcionales, es cierto. Nadie recuerda lo que dijeron; pero este soneto queda en pie. En pie de guerra, como siempre estuvo el maestro mexicano; como siempre se mantuvo el maestro chileno.

UN HASTA LUEGO

Pablo Neruda abandonó nuestro país el primero de septiembre. Llegó a Colombia, donde un perro gigante se hizo eco de los



ladridos de los gozquecillos: un tal Laureano Gómez, reaccionario a morir. Tipo feroz, como sólo puede serlo un reaccionario colombiano. Gran jefe del Partido Conservador, Laureano fue presidente de su país, fundó varios periódicos, publicó libros, etc. Sus ataques a Pablo Neruda merecieron una respuesta fulminante: tres sonetos como tres bofetadas. Gómez escribió su ataque en verso y lo publicó en su diario *El Siglo*, de Bogotá, bajo el título *En el tumor, la aguja*.

En la soberbia, la espina: Tres sonetos punitivos para Laureano Gómez, de Pablo Neruda, se publicaron originalmente en el diario *El Tiempo*, de la capital colombiana, en octubre de 1943; la revista *Zig-Zag*, de Santiago, los reprodujo de inmediato. Diez años más tarde, en Santiago, los publicó la revista *Vistazo*, y deben estar en *Poesía política*.

A México llegaron lo más pronto posible, y yo los reproduje en *El Popular* con esta notita: "Durante su breve estancia en Colombia, en el mes de septiembre de este año, el gran poeta chileno Pablo Neruda fue objeto de insultos constantes de parte de los reaccionarios de aquel país. Neruda contestó estas injurias con

estos tres sonetos que han sido reproducidos en numerosas publicaciones de la América del Sur, en donde es bien conocida la figura de Laureano Gómez. Los damos a conocer con gran satisfacción. . ."

Yo los reproduzco ahora, en 1975, con la misma satisfacción de entonces:

1

Adiós Laureano nunca laureado,
Sátrapa triste y rey advenedizo.
Adiós, emperador de cuarto piso
antes de tiempo y sin cesar pagado.

Administras las tumbas del pasado,
y, hechizado, aprovechas el hechizo
en el agusanado paraíso
donde llega el soberbio derrotado.



LO ADMIRATIVO

Quede lo anterior dado por muerto. Laureano Gómez, frenético partidario del Eje Berlín-Roma-Tokio, no volvió a su "rencorosa sepultura", pero en marzo de 1944 dio con sus huesos en la cárcel porque no pudo probar sus ataques periodísticos al régimen de su país.

Pocos años más tarde, oh nuestra América Latina, llegó a la presidencia de su país. No pasó nada. Tal vez alguien lo derrocó.

Esto de Laureano Gómez no es "lo admirativo". Ni fue nunca lo admirable. Pero quería pasar de un pantano a una rosaleda. ¿No hacemos lo mismo todos los días y a todas horas?

Alguien que tampoco quiso a Pablo Neruda, estuvo entre nosotros varios años, editando libros y patrullando la Avenida Juárez con el Pintor Manuel Rodríguez Lozano como guardaespaldas espiritual. Nunca pasaba de San Juan de Letrán: creía que más allá estaba la selva, llena de mexicanos emplumados. Pues bien, un día hizo un viaje al Istmo y su alma se pasmó ante la belleza de las mujeres juchitecas. A una de ellas, llamada Lucelia, le hizo un lindo soneto, que es un doble o triple acróstico, como se leerá con cuidado:

A LUCELIA

Luce Lucelia luz celeste y clara,
Uniendo, por las albas de su frente,
Con el día la noche, transparente
En cabello que a sombras se declara.

Luciendo sombras, lúcida prepara
Un claro alborar, tan sonriente,
Con tan alegre afán, que, de repente,
Enciende en risa, al fin, toda su cara.

Luz bélica de amor, bellos enojos,
Ilusoria pasión, doble porfía;
Amanecer de llanto en risa pura;

Luz que empaña de lágrimas los ojos
Ungidos al dolor por la alegría:
Zozobra de clarísima amargura.

Buen poeta, José Bergamín. En México llevó una vida principessa, que en bruma atribuimos al "oro del *Vita*". Yo le estoy agradecidísimo, porque mi manuscrito de *Los hombres del alba* los arrumbó en el rincón de un closet. En 1944, Rafael Solana me publicó el libro. Sucedió que Pepe nunca entendió a México.

Allí eres dios sin luz ni primavera.
Allí eres capitán de gusanera,
y en la terrible noche del arcano
el cetro de violencia que te espera
caerá podrido como polvo y cera
bajo la jerarquía del gusano.

2

Caballero del látigo mezquino,
excomulgado por el ser humano,
iracunda piltrafa del camino,
oh pequeño anticristo anticristiano.

Como tú, con el látigo en la mano,
tiembla en España Franco el asesino,
y en Alemania tu sangriento hermano
lee sobre la nieve su destino.

Es tarde para ti, triste Laureano.
Quedarás como cola de tirano
en el museo de lo que no existe.

En tu pequeño parque de veneno
con tu pistola que dispara cieno.
Te vas antes de ser. ¡Tarde viniste!

3

Donde esté la canción y el pensamiento,
donde bailen o canten los poetas.
Donde la lira diga su lamento,
no te metas, Laureano, no te metas.

Las críticas que aúllas en el viento,
la estricnina que llena tus maletas,
te las devolverán con escarmiento.
No te metas, Laureano, no te metas.

No toques con tus pies la geografía
de la verdad o de la poesía,
no está en lo verdadero tu terreno.

Vuelve al látigo, vuelve a la amargura,
vuelve a tu rencorosa sepultura.
¡Que no nos abandone tu veneno!





Luego me decepcioné, al descubrir que no era español precisamente, sino gachupín y jesuita. No obstante, lo admiré mucho.

¿No es supremamente cursi y bello el soneto *A Lucelia*?

COCA COLA EN LA ARENA

El primero de agosto de 1952, una publicación hecha en México por refugiados políticos españoles, publicó un soneto con esta advertencia: "En el número anterior, recogíamos y comentábamos la noticia. Hasta sobre las plazas de toros se proyecta la sombra de la hipoteca yanqui. La de Madrid ha sido entregada a una empresa norteamericana para un espectáculo de patinaje sobre hielo. Entre los madrileños, circula profusamente un soneto, que refleja la gracia y la intención certera con que nuestro pueblo fustiga a sus secuestradores:"

Sobre la arena fina, ni el revuelo
del lance ni la gracia de la capa
verás más, afición. Ya se te escapa
tu Fiesta, sepultada bajo el hielo.

Ya se acabó. La Plaza jubilosa
que antes vibró con las manoleínas,
verás en patín a rubias bailarinas
desterrando tu Fiesta más hermosa.

¿Que se acabe la Fiesta? ¿Que se acabe!
La Empresa de la Plaza sólo sabe
que lo bueno es tener el arca llena.

¡Hay que ganar y atesorar con prisa!
Únicamente queda esta *divisa*:
el dólar, patinando por la arena.

Es posible que esta faena quedara incompleta. Puede ser que no todos los sonetos sean buenos. No lo son, y apenas se salvarían, por su nobleza y la fidelidad a su humanismo y generosidad, el de don Enrique González Martínez. Este último soneto, quevedesco, albertiano (fue Alberti el que señaló a la coca cola como "ese pis norteamericano"), tuvo sin duda un origen popular. Y cuanto se hace "en contra de", sobre o en contra de la canalla política o literaria organizada, mantiene una total vigencia.

Y bueno, si estos sonetos estaban olvidados, que así sigan. Yo seguiré, y conmigo más de los que se piensa, solazándome con los sonetos de *Hora de Junio*, del joven poeta tabasqueño Carlos Pellicer.

México-Tenochtitlan, abril-junio de 1975

**VICENTE
MARTIN
HERNANDEZ**

JOSE ALVAREZ DE TOLEDO

Mariscal de campo de los ejércitos de la
Independencia Mexicana

La aparición de nuevos datos y testimonios referentes a una personalidad histórica puede originar importantes cambios en la interpretación de su valía y significación, individual y social. Tal es el caso de la notable y compleja figura de don José Alvarez de Toledo. El hallazgo de importantísimos documentos que le pertenecieron, relacionados con sus actividades durante el tiempo en que sirvió a la causa de los insurgentes mexicanos (1813-1815), permite conocer hoy más ampliamente su dimensión histórica. Estos documentos ofrecen también su extraordinario interés respecto a los últimos actos del Supremo Gobierno Mexicano y al pensamiento político de su presidente don José María Morelos.

Los documentos recién hallados han permanecido durante casi siglo y medio en el archivo de la familia de Onís, donde fueron guardados, en 1919, por don Luis de Onís, quien fue embajador de España en los Estados Unidos. Don Luis de Onís los recibió personalmente de manos de don José Alvarez de Toledo cuando éste, en 1816, pocos meses después de la derrota y fusilamiento de Morelos, abandonó la causa de los insurgentes mexicanos y la lucha por la independencia de Cuba y solicitó el perdón de Fernando VII.

Este conjunto de documentos, todavía inéditos, está integrado por dos grupos de significación muy diferente. El primero lo constituyen numerosos oficios, decretos y comunicados que le fueron enviados al general Alvarez de Toledo por el Supremo Congreso y por el Supremo Gobierno mexicanos, en su mayor parte firmados por don José María Morelos, relacionados con la importantísima misión militar y política que Alvarez de Toledo tenía encomendada en las regiones fronterizas de Texas. El segundo está formado por la correspondencia recibida de los agentes americanos John H. Robinson, W. D. Robinson y William Shaler, y que permite conocer el carácter de sus relaciones con dichos agentes y las intrigas y propósitos del gobierno de los Estados Unidos.

Entre los documentos del Supremo Congreso mexicano figura uno de tan singular interés que merece ser reproducido en este breve ensayo, pues revela el alto valor que se concedía como militar a Alvarez de Toledo y la enorme importancia que los insurgentes concedían a sus servicios, y, sobre todo, porque descubre un extraño pensamiento de Morelos respecto a Cuba, completamente desconocido hasta ahora.

En julio de 1815, Alvarez de Toledo, que hasta entonces fungía como General en Jefe de los Ejércitos del Norte, fue nombrado Mariscal de Campo. Sin duda, esta designación debió provocar objeciones o escrúpulos legales por ser Alvarez de Toledo nativo de Cuba. Para evitar que pudiera ser puesta en duda la legitimidad del nombramiento y la autoridad que de él se deriva, el Supremo Congreso le otorgó la ciudadanía mexicana en decreto de 23 de

junio de 1815, firmado en Puruarán. Dicho decreto expresa en su preámbulo la idea de Morelos a que nos hemos referido.

El preámbulo dice así: "El Supremo Congreso Mexicano en atención a que la Isla de Cuba, patria del General en Jefe del Ejército del Norte Don José Alvarez de Toledo, en la enumeración de las provincias que componen el Territorio Mexicano, no obstante ser parte integrante de él, por haber quedado para la descripción geográfica que con más exactitud se hiciera después por las razones que entonces se tuvieron presentes... y deseoso de que ninguna consideración suspenda por un momento los honores, cargos y demás a que es acreedor el expresado General en Jefe; declara que el dicho don José Alvarez de Toledo es ciudadano Mexicano..."

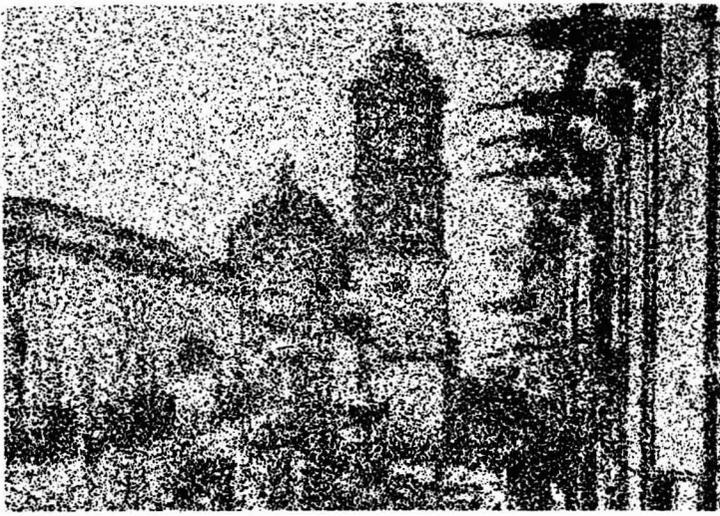
Esta idea, de que la Isla de Cuba era parte integrante del territorio mexicano no puede ser interpretada como nacida del propósito de anexión de territorios extraños, cosa que estaba en contradicción con el pensamiento político de Morelos, sino de la sincera convicción de que, a pesar de las diferencias geográficas y de la separación entre Cuba y el territorio continental, existía una estrecha comunidad de origen, tradiciones e intereses y una identidad de destinos que hacían posible y necesaria la unión política de ambos países.

Esto lo confirma, en cierto modo, el oficio del Supremo Gobierno Mexicano, firmado por Morelos, que acompaña al Decreto del Supremo Congreso y que dice así: "Se adjunta un ejemplar del Decreto que en sesión legislativa de 23 del próximo pasado, tuvo a bien expedir el Supremo Congreso, declarando a V. S. Ciudadano Mexicano, *no obstante que nosotros reconocemos a los de Cuba por hermanos*, pero deseando remover todo lo que pudiera estorbar la carrera que V. S. ha emprendido si sigue gloriosamente. A Dios."

Este documento aclara las razones de hermandad, y no de ambición de conquista, que inspiraban a los insurgentes respecto de Cuba y explica que la concesión de la más elevada jerarquía militar, el grado de Mariscal de Campo, diera lugar a tan curiosas expresiones.

Para que las ideas y elementos esenciales de este breve ensayo puedan quedar adecuadamente situadas dentro del panorama general de la vida de nuestro personaje, es necesario reiterar, de una manera esquemática, algunos elementos biográficos correspondientes al período 1811-1816.

Alvarez de Toledo (criollo habanero, de familia noble y oficial de la marina real) llegó a los Estados Unidos en 1811, precedido del prestigio adquirido por su elocuente y azarosa participación en las Cortes de Cádiz en 1810, como diputado por Santo Domingo, en defensa de la libertad y de los intereses de los pueblos hispanoamericanos. A su llegada fijó su residencia en Filadelfia, refugio entonces de liberales emigrados que estaban convencidos de que era inevitable la independencia de la América española y que



el ejemplo de los Estados Unidos provocaría necesariamente la liberación de las colonias.

Sus actividades combativas dieron comienzo con la publicación en Filadelfia, en 1812, de un panfleto que lleva por título *Manifiesto o satisfacción pundonorosa a todos los buenos españoles de Europa y a todos los pueblos de América, por un diputado de las Cortes reunidas en Cádiz*, en el que les aconsejaba abrazar los principios de libertad y democracia representados por los Estados Unidos.

Estas actividades contribuyeron a acrecentar su prestigio entre los liberales hispanoamericanos y al mismo tiempo su actividad y su vigorosa personalidad despertaron el interés del gobierno norteamericano. Don Luis de Onís, describe con objetividad las consecuencias que se derivaron de dicho interés en la forma siguiente: "El talento, luces y buenos modales de Alvarez de Toledo atrajeron la atención del gobierno Americano quien se dedicó a persuadirle de que estaba destinado por la Providencia para dar la libertad a Cuba y le ofreció el empleo de coronel de artillería, dinero y toda clase de auxilios para que pasase a Nueva Orleans y desde allí a ponerse al frente del ejército insurgente que operaba en la provincia de Texas. Alvarez de Toledo lisonjeado por la perspectiva de pasar de teniente de navío (que era su jerarquía en la marina española), al grado de general; accedió a los planes del gobierno norteamericano... y salió para Nueva Orleans y la provincia mexicana de Texas donde un pequeño motín concertado de antemano dentro del ejército insurgente puso en sus manos el mando de dicho ejército que entonces capitaneaba el criollo Bernardo Gutiérrez, quien era profundamente odiado por los americanos y cuya eliminación era uno de los objetivos que se habían propuesto."

Alvarez de Toledo y su heterogéneo ejército, formado por mexicanos de la provincia de Texas y por aventureros norteamericanos, fueron derrotados por las tropas del general realista Arredondo en la batalla de Medina, teniendo que retirarse, herido, a Nueva Orleans con los cortos restos que habían escapado de la derrota. Esta fue la única acción emprendida por Alvarez de Toledo, después de la cual y desde territorio norteamericano continuó por espacio de tres años al servicio de la causa de los insurgentes mexicanos, manteniendo al mismo tiempo relaciones con los agentes de los gobiernos americano e inglés.

Las interesantísimas actividades de Alvarez de Toledo durante esos tres años están reflejadas en los documentos a que nos venimos refiriendo; por su amplitud e importancia sólo pueden ser mencionadas someramente en este breve estudio.

Toda la historia de las actividades de Alvarez de Toledo en Estados Unidos está enmarcada y definida por los dos documentos más importantes y significativos de su azarosa y compleja actividad. Los dos fueron escritos en Filadelfia, donde empieza y

termina su actividad libertadora: el panfleto publicado en 1812 excitando a los pueblos hispanoamericanos a luchar por su independencia, y la proclama entregada a don Luis de Onís para su publicación y difusión en 1816, titulada *Justificación de conducta*, en la que pide a los pueblos hispanoamericanos que renuncien a la lucha.

Estos dos documentos, tan profundamente contradictorios, muestran en su violento contraste el amanecer y el ocaso de sus generosos propósitos patrióticos con respecto a Cuba y de sus actividades libertadoras en relación con México y otros países hispanoamericanos. En ellos están contenidos los elementos ideológicos y emocionales más importantes y característicos que reflejan el dualismo de su personalidad y representan el principio y el fin de un proceso, pleno de dramatismo, que se opera en el pensamiento y en la actitud de Alvarez de Toledo y que él expresa en su iniciación y en su desenlace con la misma elocuencia retórica.

Este proceso, cuya tendencia, desarrollo y significación, pueden ser hoy mejor comprendidos gracias a los nuevos documentos, en los cuales se refleja la continuidad que hasta ahora faltaba, debe constituir uno de los objetivos fundamentales del estudio que habrá de reanudarse, no solamente porque en los profundos cambios que el proceso origina se manifiesta en sus rasgos principales la singular personalidad de nuestro personaje, sino por que en él se expresan también conflictos y tensiones generales de su época que influyeron en muchas de las personalidades liberales de Hispanoamérica.

Desde 1811 a 1816, la apasionada figura de Alvarez de Toledo descende de las cumbres que alcanza su generoso impulso y su sincera y apasionada misión libertadora hasta el momento en que sale a hurtadillas de Filadelfia en busca del perdón del rey y de los privilegios de la Corte.

El conflicto existente entre las dos tendencias de su nacionalidad se resuelve en definitiva en favor del "español de Europa" y en contra del "español de América". Este dramático conflicto entre españolidad y americanidad, que tantos esfuerzos hicieron por conciliar las grandes personalidades hispanoamericanas de aquella época, llevaba implícito, en una u otra medida, los conceptos contradictorios de libertad y tiranía, de progreso y tradición, de racionalismo y oscurantismo... que en Alvarez de Toledo, como en la mayoría de las personalidades de la América española de principios del siglo XIX, constituyen algunos de los elementos determinantes de su pensamiento y de su conducta.

El proceso que se operó en la vida de Alvarez de Toledo, no puede ser totalmente atribuido a la extinción de las ideas liberales que habían animado y justificado su actividad, pues estas ideas se siguen manifestando, aunque atenuadas, cuando los ministros de Fernando VII solicitan sus consejos respecto de la política a seguir para resolver los problemas de América.

El profundo cambio que en él se produjo debe atribuirse en



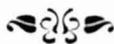
buna parte al convencimiento a que llegó de la inutilidad de la lucha y de la esterilidad de su esfuerzo, como consecuencia de la turbulenta situación de México, de la insegura y precaria autoridad del gobierno de Morelos y sobre todo por su creciente recelo y desconfianza hacia el gobierno de los Estados Unidos.

Alvarez de Toledo comprendió que, detrás de la retórica liberal de los políticos norteamericanos y de la supuesta liberalidad de sus propósitos, se ocultaban ideas e intereses que no tenían nada en común con las que él quiso sinceramente defender, y que, detrás de la fachada del Estado que se ostentaba como guía y ejemplo, se estaba germinando el nuevo y voraz imperio que don Luis de Onís describe ya en 1812 con las siguientes palabras: "Cada día se están desarrollando más y más las ambiciones de esta república. . . Este gobierno se ha propuesto nada menos que fijar sus límites en la embocadura del río Bravo siguiendo su curso hasta el grado 31 y desde allí tirando en línea recta hasta el mar Pacífico. . . Los medios que se adoptan para preparar la ejecución de este plan son los mismos que Bonaparte o la República Romana adoptaron en todas sus conquistas: la seducción, la intriga, los emisarios. . ." (estas palabras de don Luis de Onís se confirman años más tarde con la desmembración de México).

Fue sin duda esta fisonomía íntima de los Estados Unidos, oculta tras la retórica de libertad y democracia, la que se fue revelando poco a poco a Alvarez de Toledo, apagando sus nobles entusiasmos y enfriando sus generosas pasiones.

La violenta amargura de su desilusión está expresada en los siguientes párrafos de su *Justificación de Conducta*, los cuales son plenamente válidos en la actualidad: "El gobierno de los Estados Unidos, exaltó mis esperanzas con la promesa halagüeña de auxiliar la causa de los pueblos de la América española. . . Yo mismo he oído de boca de algunos de sus agentes estas promesas lisonjeras. . . Hacíaseme concebir que ellos, combinando sus intereses políticos con los de la humanidad, habían resuelto cooperar en nuestro favor. . . pero los Estados Unidos sólo atizan el fuego de la revolución en vuestras provincias para destruir a sus habitantes, haciendo que se exterminen unos a otros y que proporcionen en el caos de la anarquía y desolación general, ocasiones favorables a la ambición frenética y denodada con que ansían por enseñorearse de vuestro país y de vuestras riquezas y someteros a un yugo de hierro, como los más infelices de los esclavos. . . Ved cuál es la suerte de los españoles en la Luisiana y temblad a la vista del lazo que os tiende el Anglo Americano siempre ambicioso y pérfido."

La vigorosa personalidad del "primer cubano que defendió la independencia de Cuba por medio de la imprenta", según expresión de uno de sus historiadores, se nos muestra en los nuevos documentos confirmando en ellos sus grandes méritos personales y la poderosa influencia que ejerció incluso en sus más enconados



enemigos. Los documentos tienen sobre todo un extraordinario valor para el estudio de la actividad de Morelos pocos meses antes de su muerte y de la dramática situación en que vivieron y actuaron el Supremo Congreso y el Supremo Gobierno mexicanos en el verano de 1815, en Puruarán, acosados por las tropas realistas y desesperanzados de poder recibir oportunamente la providencial ayuda que esperaban inútilmente del Norte por mediación de Alvarez de Toledo; y también para el mejor conocimiento de las intrigas de los aventureros y agentes al servicio del gobierno de los Estados Unidos.

No es posible estudiar, ni siquiera reseñar con mínima amplitud en un breve ensayo, el importante contenido y la profunda significación de los documentos de Alvarez de Toledo, pues por su número, su importancia y por la variedad y complejidad de sugerencias y motivaciones históricas que contienen exigen tiempo, dedicación y concursos.

Nos proponemos destacar en este trabajo de una manera especial la significación que Alvarez de Toledo alcanzó en su tiempo, con la evidencia que nos ofrecen las extraordinarias repercusiones que la entrega del legajo de documentos a don Luis de Onís y su regreso a España produjeron. Para ello vamos a

utilizar el testimonio del propio señor de Onís quien, por ser su más enconado enemigo, no puede resultar sospechoso de parcialidad favorable. Esta valoración determina y va unida al elevadísimo precio político que se concedió entonces a los documentos mismos.

La primera mención que se conocía hasta ahora de ellos y de su gran valor político figura en una carta existente en el Archivo General de Indias, dirigida por don Luis de Onís desde Filadelfia, al Capitán General de la Isla de Cuba el 26 de diciembre de 1816. La carta dice así:

“Cumpliendo don José Alvarez de Toledo lo prometido, no sólo me ha entregado el plan militar que remitió a V. E. desde Nueva Orleans sino uno general para la pacificación de las Colonias de S. M. y toda su correspondencia así con los rebeldes como con diferentes individuos de este país, que han promovido y promueven aún la revolución. De todos estos preciosos documentos haré el uso conveniente y me lisongeo que contribuirán en gran parte, si no a cambiar del todo el sistema de este gobierno con respecto a la España a lo menos a modificarlo en términos de que podamos respirar y aplicar

todas nuestras fuerzas a destruir los rebeldes. Así me lo ha hecho esperar el señor de Monroe en una conferencia que he tenido con él, dándome una prueba de ello en un mensaje que el Presidente ha enviado al Congreso pidiendo le autorice a obrar con energía para cortar los armamentos que hacen en este país los Insurgentes. Don José Alvarez de Toledo se ha embarcado con su esposa para Burdeos, en la fragata Hunter, y allí recibirá el indulto de S. M. y el pasaporte que he solicitado para que pueda trasladarse a Madrid a informarle verbalmente de los medios eficaces con que puede sofocarse el germen revolucionario que cunde en sus posesiones de este continente. Antes de su partida me entregó una proclama que hace a los de América en justificación de su conducta. . .”

Esta carta que destaca la trascendencia diplomática de los documentos a que nos venimos refiriendo señala, “oficialmente” el fin de las azarosas y notables andanzas de Alvarez de Toledo por tierras de América y el comienzo de su vida aristocrática y cortesana y de sus actividades políticas y diplomáticas al servicio de la monarquía.

Años más tarde, en abril de 1820, con motivo de una queja presentada al rey por Alvarez de Toledo, don Luis de Onís tuvo de nuevo ocasión de referir a Fernando VII la historia de sus últimas actividades en Estados Unidos y lo hizo en los siguientes términos:

“Para obtener la gracia que solicitaba de V. M. y como prenda de arrepentimiento sincero le pedí me entregase toda la correspondencia planes y demás relativos a la insurrección de México. . . y en su primera conferencia y en las siguientes, no sólo *me entregó la correspondencia original que había tenido con los agentes del gobierno inglés y americano, con el llamado Congreso mexicano y con los jefes Insurgentes,* sino que me informó a fondo el estado en que se hallaba la revolución de aquel reino y de los medios que en su concepto serían más propicios para sofocar aquella insurrección. . . es innegable que sus ideas han contribuido infinito a la pacificación de México.”

A continuación describe las profundas consecuencias que la defección de Alvarez de Toledo tuvo para los insurgentes y la conmoción que produjo en el gobierno de Estados Unidos y entre los liberales emigrados, con las siguientes palabras:

“El desfallecimiento que causó en el ánimo de los insurgentes la defección de Toledo y su reunión a la buena causa fue extraordinaria; pero lo fue incomparablemente mayor el que causó en el ánimo de los gobiernos auxiliares Americano e Inglés, pues no sólo veían por ello descubiertas sus tramas, sino que habiendo puesto en Toledo toda su confianza, no creían

hallar otro sujeto, como no lo hallaron, dotado de las cualidades y conocimientos de Toledo para someter a los alzados. La desesperación y el encono contra Toledo fue tal, que hasta en los papeles públicos se hizo mención de que era menester matarle a todo riesgo y lo hubieran ejecutado a no haberle y ocultado quince días en mi casa y proporcionándole con el mayor sigilo un pasaje para Burdeos, de donde se trasladó a esa corte con el beneplácito de S. M. para informarle de viva voz del estado de aquella revolución. . . La reunión de Toledo a la *buena causa, ha sido más útil a la monarquía en el momento que la verificó, que la destrucción de una parte del ejército rebelde y que la toma de los cabecillas Morelos, Hidalgo y Mina no produjeron tanta importancia en América como ella.*”

Cuando don Luis de Onís escribía al rey estos informes, Alvarez de Toledo ocupaba ya, desde su llegada a Madrid en 1817, una sólida y ventajosa posición en la Corte, gracias en buena parte a los favorables informes del propio don Luis de Onís, y en ella colaboraba con los ministros de su majestad en los intentos de la monarquía por contener el movimiento de independencia de las colonias al mismo tiempo que gozaba de sustanciosas prebendas. A partir de 1821 comienzan sus actividades diplomáticas como embajador, primero en Nápoles y después en otras cortes europeas, hasta su fallecimiento ocurrido en París en abril de 1858.

José Alvarez de Toledo surge de nuevo ante nosotros, después de ciento cincuenta años, con sus grandes virtudes y sus grandes debilidades. La lejanía en el tiempo, que ablanda y atenúa los rasgos menos sólidos y característicos de su personalidad, pone al descubierto aquellos otros más firmes y permanentes y la significación contradictoria de su pensamiento y de su conducta, sin perder su individualidad, se convierte en reflejo y expresión de contradicciones y procesos más amplios y profundos.

La objetividad que la lejanía propicia y el nuevo espíritu que nuestra época impone en la investigación histórica determinan el método que ha de seguirse para completar, con los nuevos materiales, la imagen, el ambiente y la significación de nuestro personaje. Es posible que la nueva imagen que así se obtenga contradiga o atenúe algunos de los méritos que le han sido atribuidos y es casi seguro que sus rasgos principales quedarán modificados, unos favorablemente, otros desfavorablemente, pero si se acierta a vincular su personalidad y sus rasgos y caracteres singulares con las profundas corrientes sociales, políticas e ideológicas de su época, y se investigan en él, como figura representativa, los profundos y dramáticos conflictos íntimos que turbaron el pensamiento y la conducta de la mayor parte de los forjadores de la independencia de Hispanoamérica, Alvarez de Toledo alcanzará una significación más profunda y representativa y un interés más firme y duradero.

**FERNANDO
GONZALEZ
GORTAZAR**

LA ARQUITECTURA CONTEMPORANEA EN JALISCO

Guadalajara fue fundada, en su cuarto, definitivo y actual asiento, el 14 de febrero de 1542, en un ancho y plano valle de mezquites. Sesenta y uno fueron los primitivos varones tapatíos, más unas pocas mujeres y niños; en 1738 sumaban en total ocho mil dieciocho y en 1810, cuando Hidalgo llega a la ciudad en vísperas de su derrota, eran alrededor de treinta mil.

Como se ve, el aumento de población no había sido precisamente espectacular. A pesar de ser capital del amplísimo territorio de la Nueva Galicia, a pesar de haber sido ennoblecida con el título de Ciudad en 1539 —curioso caso de ciudad que existe como tal antes de su definitiva fundación—, a pesar de tener Universidad desde 1792 y seis meses después imprenta, Guadalajara tenía bien pocos elementos para competir con ciudades de la importancia política de México o de la importancia económica de Guanajuato o Zacatecas.

Las inmensas fortunas que en estos sitios se amasaron, y los espléndidos mecenas que las mismas hicieron posible, en Guadalajara brillaron por su ausencia. Sus habitantes, pacientes y tesoneros por la pobreza del suelo, hoscos por la indomabilidad de los naturales, conservadores por el aislamiento que creaba la lejanía de la metrópoli y de las grandes rutas de la vida de la Colonia, se dedicaron a trabajar la tierra, a criar reses y caballos y a tareas artesanales, actividades no tan espectacularmente productivas como la minería, pero mucho más estables. Guadalajara, así, no conoció épocas de auge, pero tampoco de decadencia.

Los restos arquitectónicos coloniales son, comparativamente, pobres. Algunas iglesias y capillas de hospital, algún convento, unas cuantas casonas de no gran esplendor. Obras sólidas, de una volumetría fuerte y sobria, con algún detalle florido y trabajado.

En la segunda mitad del siglo XIX la ciudad había crecido un tanto, y algunos hacendados de más o menos nuevo cuño gozaban de fortunas respetables. Para ellos trabajaban unos cuantos arquitectos, algunos extranjeros como el italiano Chiostrri —residente fijo— o como Adamo Boari, que proyectó el gótico Templo Expiatorio, y otros vernáculos, como Don Guillermo de Alba, constructor prestigiado.

Las obras de ese tiempo, algunas de ellas de gran calidad y de las que desgraciadamente sobreviven menos cada día, varían desde el neoclásico hasta el *art-nouveau*, pasando por una amplia gama de estilos regionales europeos. Es decir, con la prosperidad llegó la "internacionalización", y así se siguió construyendo en nuestro siglo hasta la década de los veinte, y aún más tarde.

En los últimos lustros del siglo XIX y primeros de éste, existió en Guadalajara una Escuela Oficial de Ingeniería, algunos de cuyos alumnos dieron nacimiento, años más tarde, a la Escuela Libre de Ingenieros, fundada y dirigida por el ingeniero y licenciado Don Ambrosio Ulloa. En ella, los alumnos tenían opción a que, con dos años más de estudios de Composición, Historia del Arte y otras

materias, se les extendiera el título de Ingeniero Civil y Arquitecto.

En esa época, al lado de las tradicionales casas de patio central rodeado de corredores porticados, se construyeron obras de imitación colonial, pagodas "chinas", y abundaron, en las nuevas colonias del poniente, unas curiosas casas que recuerdan las tempranas obras de Wright, aunque sólo en su imagen exterior.

En 1925, Luis Barragán, joven egresado de la Escuela Libre, va al Viejo Mundo. A su regreso comenta sus hallazgos, y entre ellos los que más lo habían impresionado y que habrían de tener perdurable influencia, no sólo en su propia obra, sino en el posterior desarrollo de la arquitectura tapatía: las construcciones populares mediterráneas y los trabajos y escritos del arquitecto y jardinero francés Ferdinand Bac. De este último trae Barragán un libro, *Jardins Enchantés* en el que él y sus compañeros más cercanos (Ignacio Díaz Morales, Pedro Castellanos y Rafael Urzúa) encontraron su camino de Damasco. Este libro propició una actitud y una toma de conciencia, les ofreció una carta de identidad.

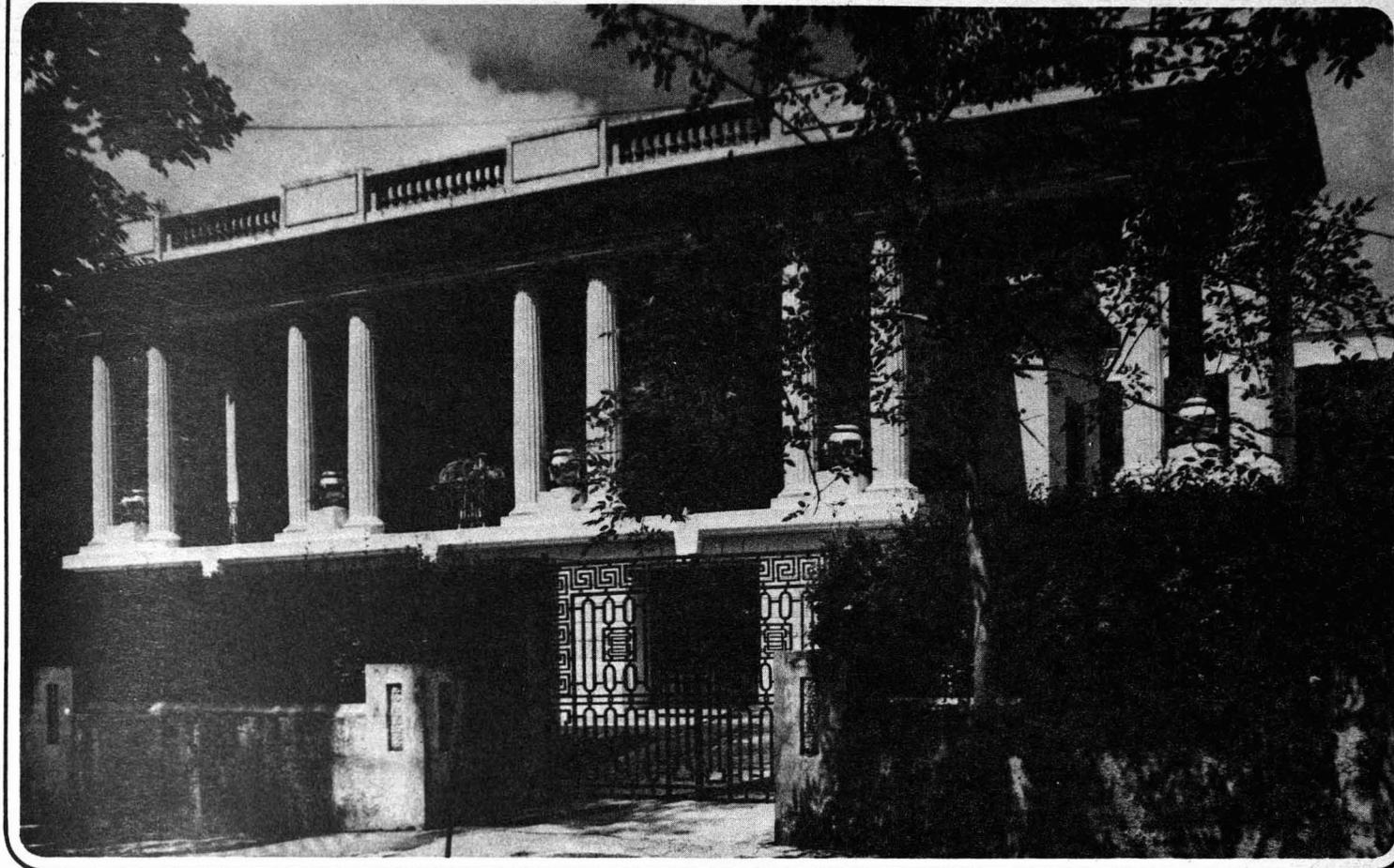
Las obras construidas entonces por estos arquitectos fueron, sin duda, el punto de partida de una corriente que llega a nuestros días.

Hay varios puntos que permiten hablar de un lenguaje expresivo común a todos ellos: la búsqueda de la elocuencia a través de la sobriedad; el tratamiento de los muros como volúmenes, no como planos; el acento en la masa que da a las obras el aspecto de bloques perforados; el empleo de elementos tradicionales, como arcos y tejas, y de porticos y terrazas abiertas; el interés por investigar texturas y colores. Sin embargo, cada uno de ellos tiene sus particularidades: Díaz Morales lleva a sus límites el desnudamiento, mientras Pedro Castellanos es más sensual, más alegremente decorativo. Lo que aquél suprime, éste elabora. Díaz Morales quiere eliminar lo superfluo, mientras Castellanos trabaja con deleite los remates, las rejas de madera torneada y policromada, los recubrimientos de barro engretado, elementos que si en algunos casos enriquecieron su obra, en otros la llevaron a graves arcaísmos.

Las pocas obras de Rafael Urzúa revelan un gran talento y una nada ordinaria capacidad de síntesis. Su partida temprana hacia un pequeño poblado, abandonando el ejercicio profesional, privó a Guadalajara de obras seguramente trascendentes.

El arquitecto de mayor genio, cuyas visiones calaron más hondo y llegaron más lejos, fue sin duda Luis Barragán. Ya en los primeros trabajos de este arquitecto, uno de los creadores más importantes en el México de este siglo, aparecen las bases sobre las que habría de desarrollarse su extraordinaria obra posterior: el interés por los juegos volumétricos, el movimiento de planos, el sabio manejo de las texturas y colores (empleados, estos últimos,

Eduardo Prieto Souza. Casa habitación. Guadalajara, (¿1928?)



con un criterio eminentemente arquitectónico y no pictórico, es decir, como parte de un todo en el que refuerzan la capacidad expresiva del espacio y la intención formal), la generosidad de los espacios interiores y los juegos con las alturas de los techos, la valorización de las perforaciones. También el empleo abundante del agua y la vegetación: sin duda ya entonces había nacido, al contacto con la obra de Bac, la vocación jardinera de Barragán. También sin duda, ya está en estas obras presente la principal característica de sus jardines, privados o públicos: el tratar estos espacios abiertos de tal manera que, curiosamente, siempre son cerrados, excepto hacia arriba. El claustro fue una de las pasiones de esa generación.

Si bien es cierto que con estos arquitectos el espíritu del siglo XX aparece en Guadalajara, también lo es el que sus obras no rompen una tradición sino que, conscientemente, se apoyan en ella. Las innovaciones técnicas son prácticamente nulas, los enfoques programáticos no ofrecen novedades, y con pocas excepciones sólo atacan, en esta época, el género habitacional.

Unos años más joven que los citados, Julio de la Peña es ya un arquitecto de otro tipo, sin duda el primer arquitecto "moderno" de Guadalajara. Dotado de indudable talento, en el que por lo visto él no tuvo nunca demasiada confianza, después de sus primeras obras, sólida e inteligentemente resueltas, obras que mostraban su imaginación y su conocimiento e interés por la nueva arquitectura mundial, tuvo la desgracia de "ponerse de moda" y ceder a ella. Fue, sin embargo, uno de los arquitectos que más habrían de influir en las nuevas generaciones, y de vez en vez, en sus obras posteriores, se descubren huellas de su capacidad original.

Díaz Morales demostró pronto su interés por la investigación teórica. Pensador serio y metódico, hombre de vasta cultura, apasionado y romántico, intransigente y obstinado, este personaje clave de la arquitectura jalisciense realizó, en la década de los

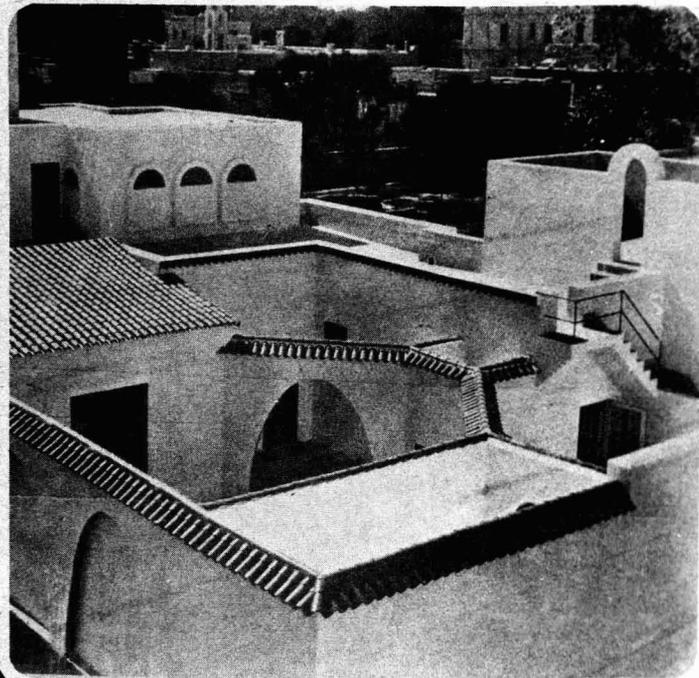
cuarentas y cincuentas, obras verdaderamente importantes, entre ellas un templo y varias casas —la mayoría verdaderas mansiones para la burguesía más próspera— en las que la simplificación formal y el sentido del espacio revelan su solidez profesional. También concibió la cruz de plazas con la Catedral al centro, y realizó dos de ellas: una, la del Ayuntamiento o de "Los Laureles", con estacionamiento subterráneo, que además de su mala solución funcional y su falta de atractivo, roza peligrosamente las fronteras del arcaísmo. La otra, la de "La Liberación", es una de las mejores obras no sólo de su autor, sino de la ciudad, con su acertada jerarquización y solución de las zonas de tránsito y de estancia, sus bellísimas fuentes, su sabio empleo de los elementos vegetales, que por desgracia fueron parcialmente tirados más tarde.

Para esas fechas, hacía mucho que la Escuela Libre había cerrado sus puertas convirtiéndose, con su mismo plantel de maestros y alumnos, en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Guadalajara, y posteriormente se había fundado la de la Universidad Autónoma.

Cuando el Rector, Doctor Luis Farah, invitó a Díaz Morales a formar la Escuela de Arquitectura que la Universidad de Guadalajara pensaba crear dentro de su nuevo Instituto Tecnológico, el arquitecto aceptó con el mayor entusiasmo y dio nacimiento, el día 10. de noviembre de 1948, a una de las instituciones docentes más sui-géneris que ha visto este país, la que conviene comentar con algún detalle dado que ella es responsable, en muy buena parte, de la actual arquitectura jalisciense.

Díaz Morales ejercía sobre ella un férreo y paternal tutelaje. El mismo concibió su estructura y estilo, la formó y dirigió en sus primeros años. El plan de estudios pretendía dotar a los alumnos de conocimientos enciclopédicos, e incluía un sinnúmero de materias. Además de las fundamentales: Composición, Geometría Descriptiva, dibujos e historias y las ciencias constructivas y el diseño

Luis Barragán
Casa habitación. Guadalajara (¿1930?)



Luis Barragán
Casa habitación. Guadalajara, (1931)



de instalaciones se estudiaban, en algunos casos, con mayor amplitud que en las escuelas de ingeniería. Las materias teóricas y de cultura general abarcaban, además de Teoría de la Arquitectura (elaborada y enriquecida por Díaz Morales a partir del sistema de Villagrán) y Análisis de Programas, temas tan vastos como música, filosofía, estética, jardinería, lenguas, educación visual, presupuestos y legislación urbana.

Para transmitir tanta sabiduría, Díaz Morales no recurrió, como hubiera hecho alguien menos ambicioso e idealista, a los maestros locales y algunos otros importados de la capital. Por lo contrario buscó en Europa y particularmente en sus Universidades, en las que los rigores y limitaciones de la postguerra aún se hacían sentir, los mejores maestros con que cumplir su cometido. Así, en 1949, llegó a Guadalajara Mathías Goeritz, a quien Díaz Morales había conocido en España, y poco más tarde, profesores de las universidades de Madrid, Milán, Florencia, Stuttgart y Viena.

La presencia de maestros de tan variadas procedencias, reforzados por algunos intelectuales tapatíos, revela una de las premisas de la Escuela: su voluntad de independencia.

La enseñanza, y particularmente las apasionadas prédicas del Director, estaban encaminadas a que los estudiantes concibieran la arquitectura no como una profesión, sino como una Cruzada. El rigor teórico se buscaba hasta el fanatismo. Se reprimía el conocimiento de revistas de arquitectura, segura fuente de contaminación y, con excepción de Gropius, todos los grandes maestros de la arquitectura contemporánea eran impugnados y algunos, en particular Le Corbusier, condenados, a pesar de que curiosamente las obras de Díaz Morales tenían indudables influencias del maestro franco-suizo.

Sin embargo la Escuela era buena, casi magnífica, y hacía augurar buenos frutos. Había un gran entusiasmo, los maestros tenían dedicación y algunos alumnos talento. Era una escuela, por

supuesto, de y para una élite intelectual, y devino inevitablemente en escuela para una élite económico-social.

El arquitecto se convertía, desde antes de que egresara la primera generación, en artículo de lujo, en un profesionista burgués que habría de trabajar para burgueses, todo esto a pesar de la escala axiológica adoptada y proclamada por Díaz Morales, con el "valor social" al frente.

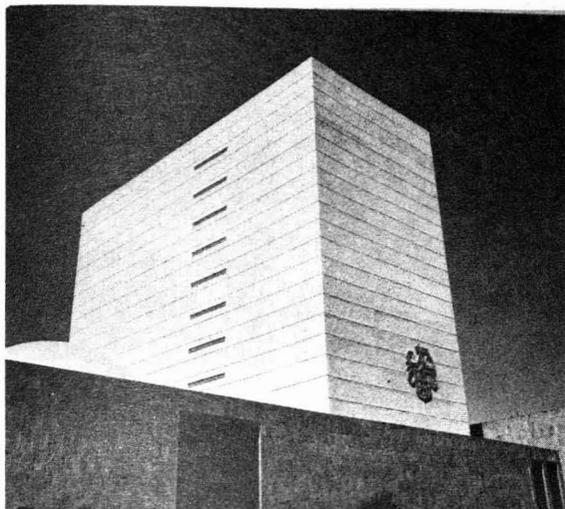
Había, en la Escuela, el ideal de "contemporanzar" las formas, los materiales y aun el espíritu de la arquitectura del pasado. Esto implicaba una visión estática de la sociedad y de la historia, una visión claramente reaccionaria, muy de acuerdo con la extracción y la filiación político-social de la inmensa mayoría de maestros y alumnos.

El horror que se tenía al "formalismo" escondía el apoyo tácito a un formalismo peor: el que se esconde tras la fachada falsa de una sociedad hipócrita y autocomplaciente, tras de las actitudes tutelares de la estratificación clasista.

Cuando a mediados de los años cincuentas recibió su título Gabriel Chávez de la Mora, primer egresado de la Escuela, el campo profesional era vasto y la situación, propicia. En esos momentos grandes obras urbanas transformaban la ciudad, en la que se levantaban numerosas construcciones, poniendo de moda el ser "modernos".

Los nuevos arquitectos, varios de los cuales se agruparon en protectoras y efímeras sociedades, poco acordes con el individualismo fomentado en la Escuela y con su total falta de entrenamiento y disposición para el trabajo en equipo, emprendieron la búsqueda de un lenguaje personal.

Varias obras valiosas se realizan entonces: Enrique Nafarrate hace su propia casa, Federico González Gortázar la del doctor Angel Urrutia, Max Henonin la de Octavio G. Barreda. Construcciones interesantes, de un regionalismo nada peyorativo, en las que



Julio de la Peña
Casa de la
Cultura
Jalisciense.
Guadalajara, (1958)



Enrique Navarrete
Casa habitación.
Guadalajara, (1958)

el funcionalismo ortodoxo estaba matizado por un espíritu sereno e intimista.

Estas obras y otras que les siguieron, principalmente habitacionales proyectadas por un gran número de profesionistas, sentaron las bases de lo que sería un válido estilo local, que aprovechaba adecuadamente la mano de obra y los materiales de origen artesanal, y cuyas prioritarias consideraciones climáticas llevaban a un empleo abundante y acertado de patios y terrazas como prolongación de los espacios interiores, de zonas pergoladas y de celosías, así como, en las fachadas, a un claro predominio de los llenos sobre los vanos, de los muros sobre las ventanas, exactamente en dirección opuesta a la que apuntaba la arquitectura internacional de ese momento. Todo esto con una clara voluntad de forma y un espíritu absolutamente contemporáneo.

La arquitectura tapatía tuvo, entonces, un nivel medio más que decoroso, y una imagen propia de relativa independencia.

Bien pronto, sin embargo, este "estilo local" devino en academia, cuyas fórmulas de uso fácil (patios, pilas, pérgolas y gárgolas, pequeñas aberturas con celosías o rejas sobre volúmenes blancos con texturas gruesas que se apoyaban sobre muros de piedra, pequeños detalles de barro o cantera amarilla), solucionaban todos los problemas.

Si bien muy devalorada en su conjunto, esta corriente, cuyos antecedentes más directos e inmediatos se encuentran en las obras de la generación de Barragán, sobrevive aún con gran fecundidad practicada curiosamente, como alguien ha hecho notar, principalmente por arquitectos jóvenes. Algunos de ellos, con una visión ampliada, talento plástico y libertad conceptual, han manejado sus elementos con originalidad, enriqueciéndola y dándole impulsos nuevos.

Viéndola retrospectivamente y en un contexto más amplio, esta que pudiéramos llamar "escuela tapatía" resulta ser, en lo que va del siglo, el único movimiento artístico del país, con características particulares y definidas, que ha nacido y se ha desarrollado totalmente fuera de la ciudad de México, y cuyas influencias se han hecho sentir en otros sitios.

Casi simultáneamente a la corriente anterior, nace otra que pretendió utilizar los hallazgos de lo que entonces se llamó "estilo internacional". Así empezaron a erigirse pobrísimos ejemplos de edificios y casas con fachada integral o predominantemente de cristal, que en un clima como el tapatío, y sin contar con accesorios técnicos que lo neutralizaran, resultaban absurdas y casi inhabitables.

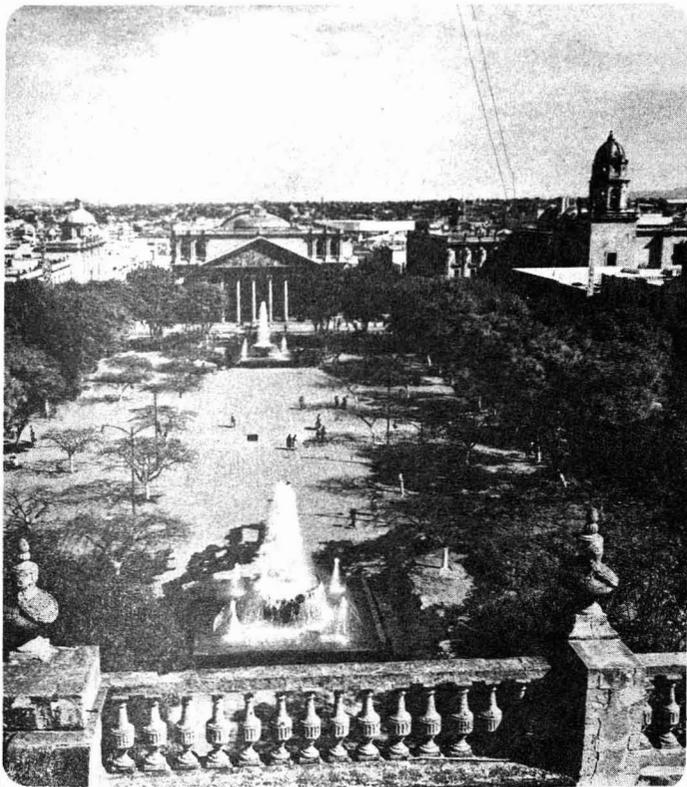
También Oscar Niemeyer y la arquitectura brasileña en general, tuvieron sus adeptos, quizás menos obvios. Siendo ésta de un espíritu económico, técnico, y climáticamente más cercano al tapatío, las obras tocadas por su influencia lograron una mejor integración al medio y una mayor aceptación. Algunos de sus elementos resucitan aún de vez en cuando, y, en general, puede decirse que han enriquecido el panorama.

En 1957 se demuele el antiguo mercado de San Juan de Dios, corazón del barrio del mismo nombre y verdadero centro de la mitad oriente de Guadalajara, y es sustituido por el nuevo y enorme Mercado Libertad. Esta obra había sido proyectada varios años antes, siendo aún estudiante, por el arquitecto Alejandro Zohn.

Dotado de una mentalidad analítica y racional, con una sólida formación técnica (estudió al mismo tiempo las carreras de arquitecto e ingeniero civil), Zohn intenta un enfoque distinto para resolver su mercado, tratándolo como un conjunto de áreas más o menos lineales que se abrían, a manera de balcones, tanto hacia las calles circundantes como hacia patios interiores. Además, se expresa con un interesante lenguaje espacial y formal, en el que se perciben remotos ecos wrightianos, producto de la utilización de

Ignacio Díaz Morales.

Plaza de la Liberación. Guadalajara, (1952)



Alejandro Zohn
Mercado Libertad, Guadalajara, (1951)



nuevas técnicas, específicamente los hongos rectos y las superficies alabeadas de concreto armado.

Algunas fallas tuvo la solución. Por ejemplo, las protecciones del sol y la lluvia resultaron insuficientes y hubo que colocar celosías en las fachadas exteriores, las que si no dañaron ni funcional ni estéticamente el Mercado, sí lo hicieron perder parte de la originalidad de su concepto, al convertir en cerrado a un edificio que había nacido como prolongación del espacio urbano.

A 17 años de distancia, sin embargo, a pesar de su sobresaturación y de algunas alteraciones que ha sufrido, el Mercado Libertad aparece como una de las obras más sólidas, lúcidas y perennes de la arquitectura local. Sus dos enormes patios centrales, uno cubierto con grandes mantos alabeados y el otro abierto, muestran una gran seguridad en el manejo del espacio, y las escalinatas del segundo, de logradísimo diseño libre, consignan uno de los pocos momentos líricos del autor, un libre vuelo creativo dentro de un conjunto de obras cuyo mayor peligro es, precisamente, su excesiva intelectualización racionalista.

En 1962, Zohn construyó la Unidad Deportiva López Mateos. Una planta de conjunto excelentemente resuelta y un uso acertado de las estructuras de concreto (material que utiliza con maestría), son sus principales cualidades. La cubierta de su ingreso principal, formada por cuatro paraboloides-hiperbólicos, a pesar de su efectismo —o quizás por eso— es de lo menos sólido de su autor.

Otras obras dignas de mención son la casa Dubín, en Manzanillo (1962), desgraciadamente destruida, el Internado Cervantes (1963), el Auto-Banco Arcos (1965) y los Apartamentos Yuca (1969) y el Club Macabi y su sinagoga anexa (1971).

En algunos de sus trabajos más recientes parece advertirse una cierta rigidez, un cierto acartonamiento, e inclusive una extraña falta de escala en algunos elementos menores, contra los cuales el arquitecto debe estar alerta. En promedio, lo que ha realizado

hasta ahora resulta, no obstante, de un nivel cualitativo sorprendentemente alto.

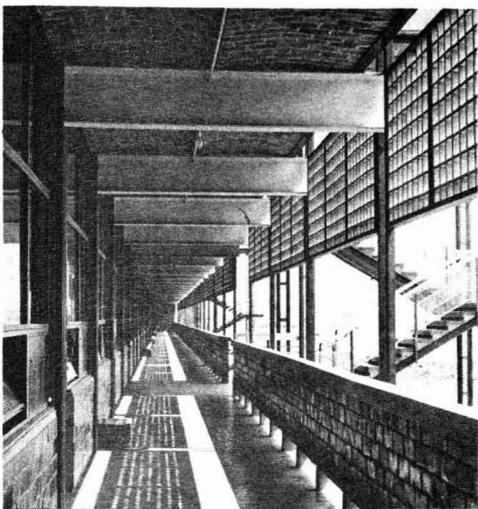
Si Zohn busca expresarse con un lenguaje producto de las nuevas técnicas y materiales, Salvador de Alba maneja las tradicionales con una visión nueva y transfiguradora. Las bóvedas y cúpulas circulares de ladrillo de lama, por ejemplo, que por generaciones se han venido utilizando en su tierra natal, Lagos de Moreno, adquieren en sus manos una modernidad y una imagen que no deja de sorprendernos.

Integrante del equipo de diseño del Aula-Casa Rural Prefabricada del CAPFCE —con la que obtuvo en 1960 un Diploma de Colaboración en la Trienal de Milán— conoce y ama las técnicas de prefabricación. Así, cuando en 1960 proyectó y construyó la Escuela Normal Regional de Ciudad Guzmán, tuvo la audacia de combinar, con resultados de gran belleza, sinceridad de imagen y economía, los materiales, técnicas y mano de obra locales, con grandes elementos prefabricados de producción industrial.

Cuando fue terminada esta obra ejemplar —la que al año siguiente obtuvo Mención Honorífica en la VI Bienal de Sao Paulo— hubo quien vaticinó que el camino que marcaba su feliz combinación de lo más tradicional con lo más nuevo, del hombre con la máquina, habría de adquirir gran desarrollo en el futuro. Desgraciadamente no fue así; ni el propio Salvador de Alba retomaría esta ruta.

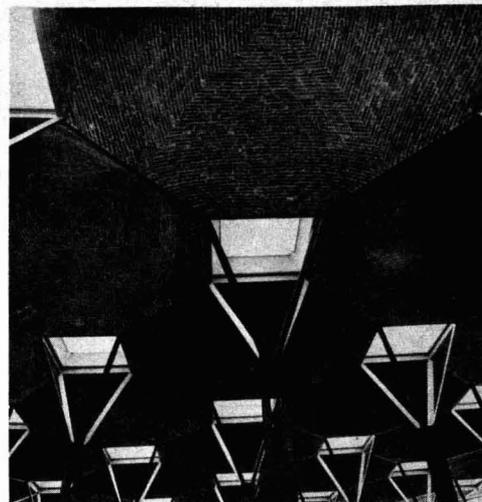
En los años 62 y 63 remodeló la zona central de Lagos de Moreno, y en 64 construyó las Oficinas Federales en esta misma ciudad. Ambas obras sorprenden tanto por su calidad individual como por la extraordinaria integración que logra con un medio urbano tan tradicional y personalizado como ese.

En esta misma línea, el Mercado Municipal de San Juan de los Lagos es casi una obra maestra. Se trataba de un edificio antiguo cuyo exterior neoclásico —lo único salvable— fue restaurado. En el



Salvador de Alba.
Escuela Normal.
Ciudad Guzmán, (1960)

Salvador de Alba.
Mercado Municipal.
San Juan de los Lagos,
(1960)



interior, de Alba construyó un amplio espacio poblado por ligerísimas columnas, formadas cada una por cuatro ángulos de acero ligados entre sí, que en su parte superior se abren para soportar los marcos que sostienen hermosísimas cúpulas de tabique aparente. El resultado final es de una excepcional belleza y adecuación al medio.

Obras meticulosas, resueltas hasta el último detalle, revelan a de Alba como un arquitecto de elaboración lenta y cuidadosa, un arquitecto más de soluciones precisas que de conceptos audaces, un arquitecto que necesita tiempo. Algunas otras de sus obras, realizadas con mayor premura, han resultado menos logradas.

En la mitad de los sesentas se inició un fenómeno nuevo y extraño. Como hongos con las primeras lluvias, aparecieron y proliferaron unas absurdas construcciones de espíritu nostálgico e intención formal arcaizante. Su "estilo" incluye imitaciones neoclásicas y churriguerescas, pero el que predomina es un simplificado

"colonial" quizá "californiano", en infinitas combinaciones y variantes. Para explicar el hecho, se ha convertido en lugar común el atribuirlo a una insatisfacción generalizada ante lo que los arquitectos, hasta ese momento, habían sido capaces de ofrecer a sus clientes. Según esto, quien tenía una casa "moderna" —y digo casa porque fue en éstas donde el "neocolonial" arraigó al principio con más fuerza— vivía a disgusto entre tanta "frialidad" y funcionalismo, y añoraba el calor de los gruesos muros. Dado que, como ya se dijo, el "modernismo" a la moda internacional era la excepción, y por lo contrario la arquitectura predominante conservaba, con una interpretación contemporánea, los elementos supuestamente añorados, la explicación se invalida.

La verdad es que no fueron los clientes los que pidieron esta vuelta al pasado, sino algunos "arquitectos" con espíritu mercantil los que la ofrecieron y promovieron. Pero no menos cierto es que, de inmediato, los clientes potenciales aceptaron la oferta y la hicieron propia.

Las razones, creo yo, son más complejas y mucho más profundas.

El "estilo" encontró campo fecundo entre una determinada y precisa clase social: la pequeña y mediana burguesía, clase llena de pretensiones de ascenso, de prestigio, clase que añoraba las antiguas casonas del patrón de la hacienda de la que sus abuelos eran peones, o caporales, o incluso los amos expulsados del paraíso porfiriano. Clase, en fin, ansiosa de rango y abolengo, ansiosa de afianzar y exhibir las pobres, las mezquinas conquistas de su estatus.

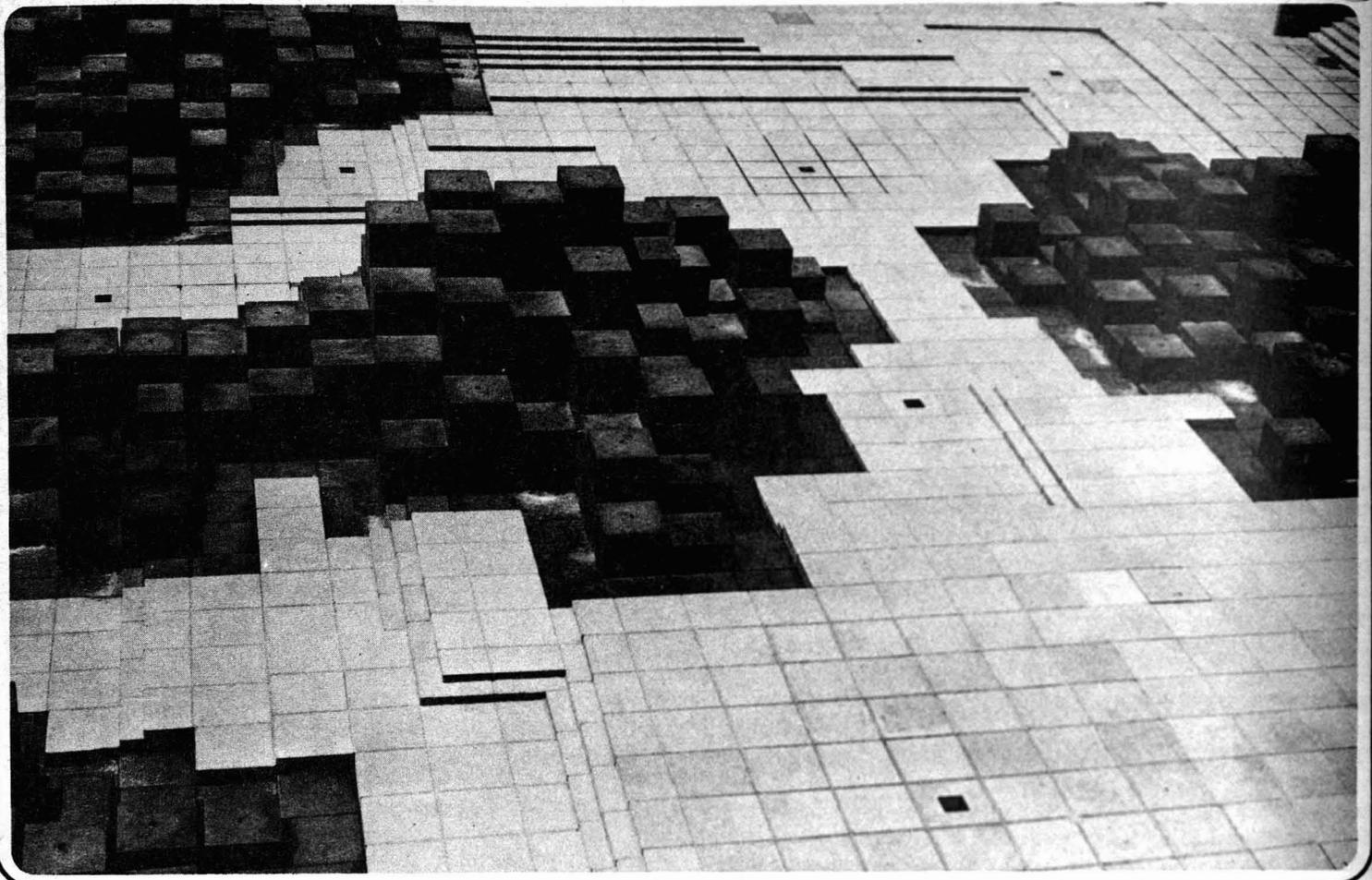
Pero hay algo más. Como en las épocas anteriores en que la tendencia se había manifestado —principalmente en la ciudad de México—, el país vivía una época que pudiéramos llamar de receso histórico.

Después de un sexenio que había, ingenuamente, asustado a más de uno —de nuevo al igual que en las anteriores ocasiones de aparición del fenómeno— se vivía un régimen de aferramiento al pasado, a "lo seguro", y de terror y repudio ante todo lo que significara novedad o cambio. La vuelta hacia atrás no sólo se dio en la arquitectura, sino principalmente, como causa y origen, en lo político. De allí derivó hacia otros campos, como las construcciones, los muebles y objetos decorativos, y también hacia las "estudiantinas" que en ese tiempo renacen y se popularizan, con sus grotescos vestidos, maneras y canciones.

El deterioro de la arquitectura tapatía fue violento. Si bien el germen del anacronismo amenazaba desde mucho antes, fue sólo en esos años, en ese sexenio, que encontró adecuado caldo de cultivo. Fue el triunfo total del sinsentido, de la fachada sobre la realidad, de la careta sobre el rostro de veras, de la mentira sobre la verdad. No casualmente, en esos momentos, el gobierno se autollamaba revolucionario mientras masacraba a las conciencias



Federico González Gortázar.
Edificio de Oficinas y Apartamentos. Guadalupe, (1959)



libres que atisbaban el futuro; no casualmente llegaba y se extendía, entre la burguesía oficialista y la burguesía de casa "antigua", esa apoteosis del culto a la apariencia que es el *Opus Dei*; no casualmente los grupos más poderosos y violentamente reaccionarios del fascismo tapatío ponían a la venta, para financiar sus oscuros negocios, un fraccionamiento que se anunciaba con la frase "como en los viejos tiempos. . ."

Tras de sus recios muros huecos, bajo sus fuertes vigas de madera con corazón de acero, seguía la vida plácida de la ceguera voluntaria y culpable, los hombres prósperos podían seguir gritando que Tlatelolco era una roja conjura contra nuestro guadalupanismo.

Lo que nació como una aparentemente inofensiva moda, se convirtió en retrato fiel de una sociedad entera. El gobierno local la eligió como estilo oficial y levantó por doquier sus escenografías: La función de gobernar entendida no como la obligación de crear un futuro, sino como la compulsión a inventar y habitar un pasado.

Hoy, Guadalajara tiene más edificios coloniales que los que hubo en la época de la Colonia, para gloria del turismo. Y aún abundan quienes confunden lo "mexicano" con lo antiguo, como si un país no pudiera evolucionar sin dejar de ser él mismo, como si la tradición no fuera la suma de visiones y lenguajes de épocas sucesivas, como si no fuéramos capaces de engendrar hijos propios sino tan sólo de resucitar cadáveres podridos, como si la conciencia se agotara en la nostalgia.

A este desplome cualitativo correspondió una verdadera explosión cuantitativa. Casas interminablemente repetidas, con sólo pequeños cambios de fachada para que resultaran más vendibles, inundaron fraccionamientos y colonias. Al arquitecto empezó a serle menos útil el diseño que la mercadotecnia.

Como reacción ante tanto "sabor local" y como consecuencia de una mayor información, han aparecido en Jalisco nuevas influencias. Rudolph, Breuer, Kahn, Tange y los Metabolistas, son señuelos recientes. El concreto aparente, las fachadas integrales prefabricadas, el nuevo recetario prestigioso.

Pero no quiero ser injusto: hay obras de calidad e interés indiscutible; hay quienes investigan nuevas formas y conceptos espaciales; hay quienes exploran las fronteras entre la arquitectura y la escultura en arte urbano; hay inquietudes, y búsquedas, y encuentros. La conciencia de la responsabilidad social del arquitecto avanza poco a poco, aunque en general aún diste mucho de ser asumida como un compromiso.

Las Escuelas de arquitectura —que hoy son tres—, si bien cada una con distinto enfoque, han producido, todas, baratos mercachifles y profesionistas serios y capaces. Nombres como el de José Pliego, en diseño urbano y vivienda de "interés social", Jorge Camberos, en planificación, Carlos Núñez, promoviendo e implementando la autogestión en la construcción popular, deben citarse. Si bien sus escasas obras son muy discutibles, José Hernández Laos merece ser nombrado por su papel de catalizador y animador de algunas de las generaciones más recientes. Y hay otros, aunque no demasiados, que quizás pronto deban enlistarse.

El panorama no se cierra ni se agota: se han anotado algunas de sus cumbres, de sus despeñaderos y sus valles, sus líneas generales. La arquitectura jalisciense queda allí, floreciendo y penando como todas las cosas de la tierra. . .

**ERNESTO
DE LA TORRE
VILLAR**

**RAFAEL
HELIODORO
VALLE
(IN MEMORIAM)**

México es país que fascina y atrae. Arraiga a quienes le comprenden y atienden con interés, a quienes penetrantemente intentan desentrañar su belleza y enigma. Nuestra realidad geográfica puede agradar o no, pero nunca será indiferente, nunca dejará de imponerse a quienes nos observan con atención. De ahí los juicios positivos y negativos en torno nuestro; de ahí la admiración o el desprecio que suscitamos. Los testimonios que los extranjeros nos han dejado sobre México son numerosísimos y todos ellos son de extrañeza admirativa o de censura. Pero, más que un sentimiento del que ha quedado un testimonio, importa advertir que la atracción que nuestro país ejerce es, en ocasiones, tan potente y definitiva, que prende en sutiles pero potentes redes a quienes se asoman a él, a quienes se internan, principalmente por voluntarias razones, en sus abiertos valles, azuladas montañas, exuberantes tierras cálidas e imponentes y avasalladores desiertos; a quienes aprenden a respetar nuestra manera de ser, a entender nuestra cultura en sus expresiones espirituales y materiales: [tanto] las más delicadas [cuanto] las más ordinarias y comunes. La aculturación o transculturación que México opera en los foráneos es tradicional. Va desde Gonzalo Guerrero y Cortés hasta los más recientes emigrantes vecindados en México. "Don Hernando Cortés —decía Valle—, al gustar la hamaca y el clima tropical de estas tierras, gozar de sus mujeres, saborear el fresco chocolate y sentir la admiración indígena, se fundió en nuestro suelo, en el que dejó simiente espiritual y física siempre presente."

Si cierta es esa atracción, también es cierto que no todos los extraños dejan testimonio de su paso por México ni menos que todos ellos se funden en nosotros de tal modo que lleguen a ser parte integrante de nuestra colectividad; que inserten su acción y aliento en nuestra cultura al punto que formen parte de la misma, la acrecienten y sean inseparables de ella.

Uno de los más ejemplares casos de adaptación es el del escritor Rafael Heliodoro Valle. Nacido en Comayagua, Honduras, el 3 de julio de 1891, llegó a México en 1908, esto es a escasos diecisiete años, al iniciar su juventud. Su interés por México partía de tiempo atrás, cuando sus aficiones por la cultura e historia mexicana le llevaron a preparar una disertación en torno de Benito Juárez, la cual habiendo obtenido el primer lugar, le permitió conseguir la beca que Justo Sierra ofrecía a estudiantes de otros países para proseguir sus estudios en México.

En la Escuela Normal realizó su carrera que le confirió el título de maestro. Como todo estudiante, su situación económica fue difícil y así tuvo que desempeñar numerosos trabajos. "Era tal el apremio en que vivía, —narraba en cierta ocasión— que hasta clases de baile tuve que impartir". Con gran vocación literaria, destacó entre sus condiscípulos; sus maestros, quienes se percataron de su alta calidad humana e intelectual, le estimularon en sus estudios y trabajos en el campo de las letras.

Recién arribado a México, a más de participar en el Congreso de Estudiantes celebrado en 1910 y en el cual tuvo actuación muy lúcida, fue entre sus compañeros designado para saludar en nombre de los estudiantes de México al ilustre historiador y maestro don Rafael Altamira. En 1911 lee en ocasión de un aniversario juarista su *Oda a Juárez*, de la cual son estas cuartetas:

“¿Con qué carne más pura amasaron tu rostro?
¿Qué tallador de vidas trasladó tus quimeras
a los nobles basaltos? Padre, ante ti me postro
y clavo aquí mis versos como un haz de banderas
...
¡Oh Capitán civil! Tu levita cruzada
sobre el sendero amargo se va haciendo girones:
se empolva con los nácares de la noche estrellada
y tiene los remiendos que hay en tus pabellones.”

Sus merecimientos le valieron la amistad de Justo Sierra, de Juan de Dios Peza, de Salvador Díaz Mirón, de Luis G. Urbina, de Rafael López, maestros y ejemplo para el joven poeta que en él había.

Ya radicado en México, coetáneo de brillante generación, se une a ella y compartirá anhelos y aspiraciones con Manuel Toussaint, Rafael García Granados, Federico Gómez de Orozco, Pablo Martínez del Río, Luis Chávez Orozco, José de J. Núñez y Domínguez y otros más.

Lleno de nobles ambiciones intelectuales, con una obra literaria que le prestigiaba, pero deseoso de lograr con su propio esfuerzo distinciones académicas superiores, prosiguió humilde y pacientemente sus estudios hasta obtener en la Facultad de Filosofía y Letras, en donde ya era maestro por sus propios merecimientos, el doctorado en historia; para el cual redactó su *Cristóbal de Olid, conquistador de México y Honduras*. La Universidad, en reconocimiento a su acendrada labor magisterial y americanista, habría de concederle más tarde el grado de Doctor Honoris Causa en emotiva ceremonia celebrada en el Paraninfo, en la cual otorgóse mención semejante a ilustre peninsular.

Incorporado al magisterio, Rafael Heliodoro Valle dictó cátedras —auténticas por su transparencia, comprensión y amplio sentido humano— de literatura, historia, gramática, periodismo. La Escuela Nacional Preparatoria ya le tenía por los años veinte como uno de los maestros más destacados, y como un forjador de vocaciones, auténtico guía. El Colegio Militar, La Escuela Normal, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, le contaron como parte de su personal docente. En esos planteles, en claras explicaciones, estilo jovial, y dominando la difícil facilidad de enseñar, disertaba sobre las letras o la historia patria, los escritores y los prohombres americanos, sin pasiones, con justeza, equilibradamente, señalando

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
EDICION DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

BIBLIOGRAFIA
CERVANTINA
EN LA
AMERICA ESPAÑOLA

por
Rafael Heliodoro Valle
y
Emilia Romero

IMPRENTA UNIVERSITARIA
MEXICO, 1916

CORONA

A LA MEMORIA
DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

Compilación, notas y bibliografía
por
EMILIA ROMERO DE VALLE

EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S. A.
MEXICO, D. F.
1963

errores y aciertos, hallazgos y deficiencias. Fue en la enseñanza, en el despertar vocaciones, auténtico maestro. Generoso y limpio, tendió la mano a cuantos lo necesitaron; no escatimó el elogio y el estímulo, el consejo y la ayuda. Numerosas generaciones tuvieron el privilegio de contarle como maestro, y en todas ellas sembró la simiente del estudio, de la investigación, del cultivo literario. Muchas generaciones anteriores a la mía le recuerdan como guía y amigo y muchas más posteriores aún escucharon su palabra sonora, su risa franca, contagiosa e incontenible, su ironía fina, sus observaciones luminosas que, por claras, aparecían tan sencillas pero que encerraban profunda penetración, reflexión intensa frente al acontecer histórico, la conducta humana, el valor poético.

Todos cuantos estuvieron a su lado le recuerdan por su labor enseñante. ¡Cómo lo han evocado Salvador Azuela y los miembros de su generación, la generación de vasconcelistas, por su actitud franca, honesta y ejemplar! ¡Cómo lo ha pintado Antonio Armendáriz y Arturo Arnaiz y Freg! El primero nos dice: "Valle resulta amable para sus amigos y conocidos porque en un medio tan abandonado a la mezquindad, donde no extraña que la maledicencia paralice la voluntad, es natural que destacara la acción benéfica de un hombre que como él, parecía haberse impuesto el propósito de no sólo incitar a los jóvenes hacia la faena periodística, tan ingrata como pródiga en grandes satisfacciones espirituales, sino que, además, indefectiblemente le encontramos por todas partes abriendo puertas a la esperanza; hablando siempre en favor de los jóvenes primerizos y presentándoles con encomio, hasta conquistar la oportunidad para quienes fueron capaces de no perderla ni bajo condiciones de signo adverso". Y Arturo Arnaiz y Freg quien tanto sintió el auxilio del maestro afirma: "La bondad de su corazón le permitía estimular, elogiar y destacar el valor de los demás, de la manera más entusiasta. Durante varias décadas, supo ser el testigo más alerta de nuestro paisaje cultural. Fue siempre el primero en señalar que en algún joven iberoamericano surgía un estudioso, el primero en dirigirle palabras de aliento y en escribir sobre él elogios que tenían como base —más que otra cosa— su extraordinaria generosidad".

Su vocación y capacidad magisterial eran en Valle auténticas y firmes. En varias ocasiones señalaba cómo a algunos educadores hondureños y en México a Justo Sierra, a Ezequiel Chávez, a José Vasconcelos los había sentido como genuinos maestros, como inspiradores y orientadores de su labor. Maestro normalista, comprendía el esfuerzo por iluminar mentes infantiles y su actitud ante la juventud a la que despertaba al descubrimiento de la poesía, a la penetración de la acción humana que forja la historia, a la comunicación de la información oportuna, necesaria y correcta, le hizo mantener un respeto sacrosanto al maestro, una veneración que se traslucía siempre en su actitud respetuosa hacia sus mayores y que plasmó ya desde sus primeros versos.

En *Elogio al Maestro*, poesía que leyó en la inauguración de la Escuela Normal de Profesores de México el 12 de septiembre de 1910, al evocar a uno de los educadores más connotados dirá:

“ ¡Ese pastor de júbilos, que aduna
sacro laurel y diamantina palma,
copia en su frente palidez de luna,
en su conciencia sol; y tiene una
santa resignación dentro del alma!

¡Oh fogueado viandante nazareno
que sale del dolor, como va al limbo
pródigo brote de dulzores lleno! . . .
¡Lleva el cielo en el alma porque es bueno
y en la pálida sien le tiembla un nimbo!

Mas tarde en 1927 escribirá sentido poema el día del maestro dedicado a los *Maestros olvidados*, y de continuo hará amorosos elogios a quienes consagran su vida a enseñar a los demás.

Su capacidad magisterial se fortalecía con su inmensa cualidad de conversador. Valle era un hombre que hacía de la conversación un arte y deleitando enseñaba. Fue un cultor de la conversación penetrante, aguda, oportuna en la que se traslucía su lúcido y amoroso sentido de la vida y de cuanto lo rodeaba.

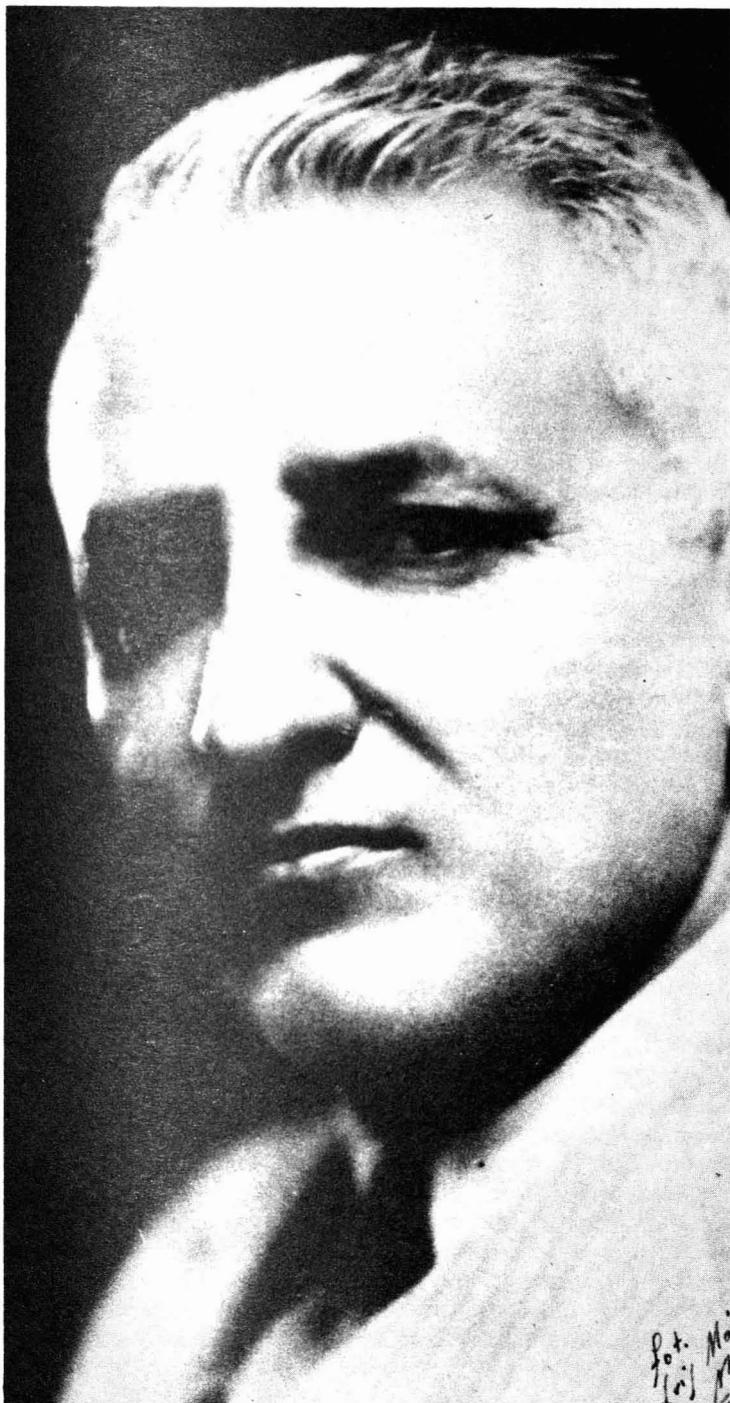
La mezquindad humana le tocó en varias ocasiones, la maldad, la envidia, el egoísmo ajeno le hirieron muchas veces, mas fiel a sus ideales, lleno de bondad, amante de la verdad, del bien y la belleza superó la ruin maledicencia e impuso sus virtudes. Su constancia en el trabajo, su producción fecunda y rica, su magnífica condición humana superó la vileza de los miserables incapaces de sentir o hacer algo bueno o noble o bello. Con el peso de los años, los últimos infortunios que hieren siempre a los hombres valiosos, le desplomaron, pero toda su vida dio muestras de gran integridad espiritual, de un afán por la vida llena de alegría y de luz, de bondad repetida mil y mil veces sin importarle la ingratitud de quienes había beneficiado. El beneficio era para él acción benéfica agradable por el placer que le proporcionaba y porque hacía partícipe a los demás de la idea de bondad, valor supremo que él estimaba sobradamente. Aun olvidándose de sí mismo auxiliaba a quien veía urgido de apoyo. La amistad era en Valle, como en Cicerón, perfecto acuerdo de todo lo humano y lo divino, unido a un amor entrañable y lleno de estima, sostenido todo ello en eternos valores.

Si el magisterio fue su auténtica vocación, una de las formas mejores por amplias y eficaces en la enseñanza fue el periodismo, y Valle fue excelente periodista y uno de los renovadores más eficaces del periodismo mexicano. Su labor en los diarios fue de altura, distinguida por cuanto lo que él transmitía por todos los

BOLIVAR EN MEXICO
1799 - 1832

COMPILACION, PROLOGO Y NOTAS DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA
DE RELACIONES EXTERIORES
DEPARTAMENTO DE INFORMACION PARA EL EXTRANJERO
MEXICO
1966



Rafael Heliodoro Valle

puntos del planeta era cultura, información en torno de los acontecimientos civilizadores más importantes. Nunca cultivó el amarillismo despreciable ni medró con procedimientos mercantilistas o aun gansteriles como se acostumbra, sino que sus colaboraciones en la prensa de toda hispanoamérica, escritas con donosura, talento, agilidad y penetración le depararon el aprecio continental al grado que mereció recibir el premio Pulitzer y el Serra que se otorga a la obra periodística e histórica más amplia, sostenida y valiosa. Por su incansable y meritoria actividad, periodística, Alfonso Reyes dijo de él: "Torre de Señales atenta y sensible a todas la vibraciones de la actividad intelectual de Latinoamérica, un San Sebastián acribillado de flechas partidas de todos nuestros horizontes".

¿Cuántos artículos y en cuántas publicaciones colaboró Valle? Emilia Romero que con amor y lealtad de Penélope trató de conocer la voluminosa urdimbre de esa labor, señala que fueron más de doscientos cincuenta periódicos y revistas, los que a través de años recogieron más de veinticinco mil artículos y colaboraciones salidas de su pluma. Ella misma reunió parte de los anagramas y seudónimos con que signaba sus escritos. "Su pluma honrada, su mensaje teñido de elevación poética, — escribe Arnaiz y Freg— lo convirtieron en un vigoroso vínculo entre los pueblos hispanoamericanos", y Salvador Azuela le recuerda portando con su brazo lisiado enorme portafolio del que extraía, libros, documentos, revistas guardadas con las cuartillas que escribía a vuelapluma, siempre oportunas, justas, precisas. Si se ha dicho que Lope escribía una comedia mientras almorzaba, Valle redactaba un artículo en el trayecto del tranvía que a diario tomaba para ir de San Pedro de los Pinos, —calle 25 número 62 en donde vivió largos años y en donde murió— a la redacción de *Excelsior* o a sus cátedras en la Preparatoria.

Con su lúcida inteligencia, galanura y justeza en el decir, aireó nuestra prensa. Sus editoriales consagrados a señalar los aportes históricos o literarios más salientes, sus comentarios sobre obras, y autores a los que juzgaba veraz y positivamente, fueron siempre eficaces por el tino y el buen juicio que contenían, por el aliento positivo y optimista que infundían y por la censura correcta, atinada y afable que dirigía. Sus comentarios sobre libros no eran apresurados ni superficiales, no lo hacía con las solapas de los libros como tantos reseñadores, sino que eran producto de una perfecta y lúcida comprensión de la obra. Páginas chispeantes como "Cosmópolis", llenas de gracia, abundaban en inteligente ironía, en fina capacidad de informar gustosa y deleitosamente. Con esa sección puso las bases de un periodismo ágil, rápido en informar, pero sano y eficaz, que muchos seguidores posteriores falsificaron y desviaron hacia el mercantilismo, la cursilería o el chisme.

Valle, desde sus tiernos años mostró su inclinación poética y de

RAFAEL HELIODORO VALLE

HISTORIA DE LAS IDEAS CONTEMPORANEAS EN CENTRO-AMERICA

HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMERICA

Tierra  Firme

ARCHIVO HISTORICO DIPLOMATICO MEXICANO

No. 10007

LA ANEXION DE CENTROAMERICA A MEXICO

TOMO VI Y ULTIMO

COMPILACION Y PROLOGO DEL
DR. RAFAEL HELIODORO VALLE

Publicado por la
SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES
Instituto de Investigaciones y Estudios
1953

él tenemos poemas escritos al final de su niñez y en plena adolescencia.

Los que más tarde se recogieron en *La Rosa intemporal* signados en 1908 revelan ya una notable madurez, una sensibilidad poética notable, que fue con el tiempo acrecentándose. Creció y maduró influido por poderosas corrientes poéticas y aun cuando esas diversas formas de expresión lírica que fueron el clasicismo, el romanticismo, el modernismo y el ultramodernismo le afectaron, su voz conservase genuina, singular. Se enriqueció con esencias y valores de los liróforos más distinguidos, pero preservó su propio sentido, su aliento vital propio y auténtico. Por ello Enrique González Martínez al comentar el libro *Contigo* en 1943 escribirá:

“Poeta conocía a Valle y lo vuelvo a encontrar en este libro de sus más recientes emociones. Con estos poemas de hoy, muestra que no es el viajero inadvertido que recorre su senda sin parar mientes en las amorosas sollicitaciones del paisaje, sino el peregrino que atiende a toda voz y a toda forma para guardarlas celosamente, en espera de transmutarlas en canción. Este libro de madurez, hora de las creaciones definitivas, momento en que lo retórico y lo puramente literario ceden el paso a la emoción humana y sin afeites, nos da lo más noble del espíritu de Valle; forma pura, sensibilidad honda, visiones convertidas en estados de alma, músicas en que el dolor y la alegría ponen su nota de arte sincero y de vida profunda. La forma gallarda, plenamente dominada por el poeta, y el verso limpio, hacen lo demás. . .”

Sus libros de poesía que muestran, como él decía, su anhelo de liberarse de las cadenas del dolor y de la muerte, fueron apareciendo poco a poco. En 1911 publicó *El rosal del ermitaño*, que remozó y amplió en 1910. En 1913 surgió, *Como la luz del día*; *Anfora sedienta* en 1922 la cual mereció cálido y desbordado comentario de José Santos Chocano; *El Espejo historial* se editó en 1937; *Contigo* en 1943; *La sandalia de fuego* en 1952; *Poemas* en 1954. Muchos otros no recogidos en libros y los posteriores a 1954 y hasta 1957, los reunió para publicarlos Emilia Romero. Parte de ellos los incorporó en *La Rosa intemporal*.

Si su delicada sensibilidad se volcó en la poesía, su angustioso deseo de saber, lo centró en la historia. Ansioso de conocimiento, Valle continuaba la tradición enciclopedista americana. —¿Qué no quiere reunir o que no quiere saber Valle? — preguntaba cierto día Luis Chávez Orozco. Eso era verdad. Su deseo de conocimiento era inmenso y por ello se volcó en mil direcciones, pero sin malograrse, sino dejando en todas las que emprendía la impronta de su inteligencia y saber. Dedicado a enseñar e informar que es también enseñar, Valle, que poseía gigantesca capacidad de estudio y de trabajo, trató de profundizar en numerosos aspectos. Por sí solo, en un principio y sin más guía que su juicioso raciocinio, su honestidad intelectual y su anhelante sed de saber, se consagró a numerosas disciplinas. La bibliografía cuya utilidad apreció dentro

de un medio desorganizado y carente de medios de información, le debe numerosos trabajos. En varias revistas especializadas, él puso los cimientos de macizas secciones. La *Revista de Historia de América*, el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, por citar unos cuantos iniciaron sus ricos apartados bibliográficos con la colaboración de Valle. La *Bibliografía Maya*, reunida en 1941 en un libro separado trató de contener por vez primera cuanto se conocía y producía acerca de esa cultura. La primera información bibliográfica histórica americana de amplio alcance también se debió a él, que la inició en la *Revista de Historia de América*. Dentro de este campo publicó la *Bibliografía de José Cecilio de Valle* (1934); su ilustre coterráneo; *La Cirugía Mexicana del siglo XIX* (1942); *Bibliografía del periodismo en la América española* (1924); *Bibliografía de Rafael Landívar* (1953); *Bibliografía de Sebastián de Aparicio* (1954) y en las series bibliográficas de la Secretaría de Relaciones Exteriores imprimió la *Bibliografía de Ignacio Manuel Altamirano*. Más tarde preparó, junto ya con Emilia Romero, la *Bibliografía Cervantina*. De esta obra, Emilia preparaba una segunda edición muy ampliada que esperamos poder publicar en breve. A él se debió también una desaparecida *Bibliografía de Justo Sierra*. Muchos otros trabajos de esta naturaleza, reveladores de sus conocimientos y dedicación, muestran su polifacética labor.

Como investigador, la historia mexicana e iberoamericana le son deudoras de nutridas colecciones documentales, seleccionadas con espíritu ecuánime, limpio y honesto, como son los seis volúmenes de *La Anexión de Centroamérica a México*; *Cartas de Benthán a José Cecilio del Valle* (1942); *Páginas olvidadas de Martí* (1953); *Bolívar en México, 1799-1832* (1946).

Más importantes aún son sus penetrantes, lúcidos y hermosos trabajos históricos entre los que descuellan: *Cómo era Iturbide* (1922) completado más tarde por *Iturbide varón de Dios* (1944); *Fray Bartolomé de las Casas* (1926); *Para una biografía de Hernán Cortés* (1935); *El espejo historial, historia y poemas históricos* (1937); *Tres pensadores de América: Bolívar, Bello, Martí* (1946); *Santiago en América* (1946); *John Lloyd Stephens y su libro extraordinario* (1948); *Cristóbal de Olid, conquistador de México y Honduras* (1948 y 1950); *El Convento de Tepotzotlán* (1952); *Jesuitas de Tepotzotlán* (1955); *Historia de las ideas contemporáneas en Centroamérica* (1960) y muchas otras más que no podemos mencionar en esta recordación. Todas ellas representan una visión honrada de su pensamiento de historiador. Ajustado a su circunstancia e impulsado por las corrientes de su época, dejó en sus ensayos un testimonio lúcido, honesto y desinteresado. Enriqueció la historiografía americana abundantemente, tuvo conciencia de los problemas históricos que agitábanse en su época, vislumbró caminos y senderos que mostró a cuantos nos enriquecimos con su palabra sabia y cordial, atisbó aspectos insospechados



Doña Emilia
Romero de Valle

en aquel entonces y que hoy se cultivan con esmero, como son la historia de los sentimientos, la historia de la cultura y las ideas, entre otras las estéticas y las sociales. Para Valle fue una realidad la afirmación clásica de "Nada de lo que es humano es ajeno". Sus lecciones en las que aprendíamos lo mismo la influencia del pensamiento jurídico-político de Benthan, como la historia del sentimiento o la sociología religiosa hispanoamericana o la historia del gusto a través de la evolución de la culinaria, eran el reflejo de lo mucho que sabía y de cómo su creativa imaginación se desbordaba en una obra que trataba por inmensa e inacabable, de trasladar a sus discípulos para que la continuaran.

Sapiente, sereno, no era el tipo acartonado del erudito egoísta de su saber reacio al cultivo de la amistad, sino que desparramaba bondad y atención a todo el mundo, orientaba alegremente y enseñaba casi jugando, sonriendo, pues tenía la sonrisa a flor de piel y la palabra amable y sincera presta a dispararse.

Largos años pasó entre nosotros. En los últimos tiempos, llamado por su país natal a cumplir difícil e ingrata misión se ausentó temporalmente, pero su corazón que había dejado aquí le hizo volver en 1955. Venía destrozado nerviosa y moralmente, sin embargo, lleno de ánimo pudo reanudar en parte sus actividades apoyado espiritual y materialmente en Emilia Romero. El 29 de junio de 1959, rodeado de sus libros, su esposa y amigos, falleció en su casa de San Pedro de los Pinos, donde trabajó tanto y en donde su recuerdo perdura.

Emilia Romero nacida en Lima, dama ilustre de espíritu, de intelecto y de origen fue la compañera ideal de Rafael Heliodoro Valle. Poseedora de maciza cultura, mente despejada y extraordinariamente organizada, exquisita sensibilidad y un señorío espiritual inigualable, señorío que le deparaba admiración de intelectuales de la talla de Jorge Guillermo Leguía, el autor de *Siete ensayos en torno de la realidad peruana*, y de muchos otros de

igual valor intelectual, unió su vida a la de Valle y fue su esposa, su compañera, su guía, su protectora durante largos años, los más fecundos de la vida de ambos, los más ricos en frutos de toda especie.

Nacida en Lima Perú en 1901, falleció en la ciudad de México el 12 de diciembre de 1968. Esposa ejemplar, vivió entregada totalmente a Valle a quien admiraba. Su lugar fue el de una compañera excepcional, de comprensiva esposa, de colaboradora inigualable y de perenne fuente de inspiración como reveló él en sus poemas y en toda su obra. Como Valle era un amplio torrente que desbordaba por donde corría, a Doña Emilia correspondió encauzarlo, dirigirlo, hacer que la impetuosa sabiduría de su caudal se volcara ordenada y oportunamente.

De cultura nada común e inteligencia superior, a ella débense notables obras que llenarían de orgullo a todo intelectual. Sin embargo, dotada de una modestia excepcional y deslumbrada por la actividad intensa de su esposo, sacrificó mucha de su labor personal en beneficio de la de él. ¡A muy contados hombres se otorga el don de encontrar una mujer que admire realmente su trabajo y que a más de inspirarle, participe en las tareas comunes entregándose íntegramente a esa excepcional unión espiritual, como la existente entre los Valle! ¡Pocas mujeres hemos conocido como esta tan noble e inteligente, tan extraordinariamente apasionada por su propia obra y la de su esposo!

Cuando Rafael Heliodoro falleció, Emilia consagró su vida entera, noche y día a formar la incommensurable bibliografía de aquel, a reunir su obra dispersa, a publicarla. Sacrificó cuanto una mujer hubiera deseado, el descanso, la comodidad, el confort, por llevar a buen término su anhelo de salvar la obra de Valle. Rodeada de sus papeles, entre ellos la encontrábamos siempre y entre ellos murió.

Pruebas evidentes de su saber, de su sutil sensibilidad, de su vocación no sólo de musa sino de escritora penetrante, de fina y paciente investigadora dejó en numerosos trabajos: las biografías que dedicó a *Fray Melchor de Talamantes* (1962), la mejor que sobre ese insigne pensador político se haya escrito, así como la referente a *Corpancho, un amigo de México* (1949) en la que estudió la valerosa y honesta conducta del Embajador del Perú en México en la época de la intervención francesa.

De su afición por las letras y su conocimiento de la música derivan *El romance tradicional en el Perú* (1952) y *Juegos del antiguo Perú*. Preocupada estuvo al igual que Valle por rescatar las fuentes indispensables a la investigación, preocupación que motivó el *Índice de los documentos de Odrizola* (1946) el *Contrapunto Darío-Chocano* (1966); *Los seudónimos de Rafael Heliodoro Valle* (1965). En unión de Valle publicó la *Bibliografía Cervantina en la América española* (1950) y en colaboración con Fernando Romero el *Probable itinerario de los tres primeros viajes marítimos para la*



Rafael Heliodoro Valle en su juventud

conquista del Perú. Con ecuanimidad singular, sin alardes de feminismo sensacionalista ni liberador escribió *Mujeres de América* (1948) y con ejemplar dedicación elaboró su *Diccionario de escritores peruanos* (Lima, 1966), magna obra producto de numerosos años de devota entrega.

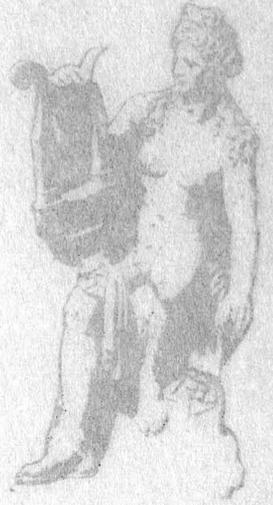
En torno a su esposo, Doña Emilia, como con auténtico respeto le llamábamos, a más de publicar la antología poética *La Rosa Intemporal* (1964), editó *Recuerdo a Rafael Heliodoro Valle en los cincuenta años de su vida literaria* (1957) y *Corona a la memoria de Rafael Heliodoro Valle* (1963). La bibliografía de Valle que terminó poco antes de morir, integrada por más de veinticinco mil papeletas, significó para ella un esfuerzo definitivo. Noche y día trabajó durante varios años con singular y ardiente entusiasmo por concluirla. La vida no le permitió verla impresa, pero queda en espera de serlo, como testimonio imperecedero de auténtico amor.

Su producción se encuentra dispersa en numerosas publicaciones como *La Prensa* de Buenos Aires, *El Nacional* de México, el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, el *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, de Bogotá; *Fénix* de Lima, Perú; *Historia Mexicana*, la *Revista de Historia de América* y muchas más. Conocedora de varios idiomas hizo magníficas versiones del inglés y del francés.

Gran señora, ostentó calidad de Embajadora no sólo de Perú y Honduras sino de la cultura de cuantos países visitara, mas sus extremas complacencias radicaron en el trabajo cotidiano en el que encontraba los mayores estímulos y en el cultivo generoso de la amistad, con selecto grupo a quien siempre irradió los tesoros de su bondad.

Con desprendimiento inigualable, quiso al término de su vida, pródiga en frutos espléndidos de su espíritu y noble corazón, consagrar sus bienes y los de Rafael Heliodoro Valle a crear un fondo denominado Rafael Heliodoro Valle, destinado a becar estudiantes sobresalientes en el campo de las humanidades y a premiar anualmente los trabajos de investigación histórica y literaria más destacados en América.

Su rica biblioteca y su abundoso archivo los legó a la Biblioteca Nacional de México. Clasificados, catalogados y debidamente organizados, formarán un fondo especial que a más de enriquecer el patrimonio bibliográfico de México, servirán a los estudiosos de todo el mundo para proseguir investigaciones en torno de la literatura y de la historia hispanoamericana. La Universidad Nacional de México, al recibir ese legado de uno de sus más ameritados maestros, de un ilustre hombre de América, gloria de su país natal y de México, y de una ilustre escritora, ratifica el lema que ostenta, pues el espíritu de América encarna en seres salientes de nuestros pueblos, de nuestras razas. Orgullosa se muestra nuestra Universidad por haber sido escogida para recibir esa preciosa herencia espiritual que los libros representan.



VERSIONES Y DIVERSIONES DE SALOMON DE LA SELVA LIRA GRAECA

CONSAGRACION

[HESÍODO]

COMENCEMOS el canto con el coro de las divinas Musas del Helicón que danzan en la montaña mística, junto a una fuente oscura de color violáceo, en rededor del ara sacra a Zeus, pisando con pie alterno el suelo suavemente.

A Hesíodo un día le enseñaron un bello cantar, mientras ciudaba ovejas que pacían pastura montañesa: “¡Pastores de los campos, todo panzas, criaturas despreciables!, a nosotras es dado urdir mentiras de modo aderezadas que parecen verdad: así somos de hábiles; pero también, cuando queremos, decimos lo que es cierto”.

Dijeron las divinas hijas del mayor de los dioses, y cortaron la rama de un precioso laurel, y me la dieron, y me insuflaron voz impercedera. A que cantara las eternas verdades los eternos dioses allí me consagraron.

VISION DE ALTURA

[HESÍODO]

¡AH, COMO el carpintero odia a los carpinteros, el alfarero cómo a los alfareros, el pordiosero a los otros pordioseros! Y entre sí sólo mal se auguran los profetas y se dicen, los unos de todos los demás, los poetas, iguales los rivales por gajo de laurel o por puñado de pesetas a las que están inscritas en un mismo burdel. Yo no. A nadie envidia, que en vuestro ilustre coro pulso, divinas Piérides, la lira de oro.

PLEGARIA

[HOMERO]

EL CISNE clarinero, de aguda voz, al golpe rítmico de sus alas, cuando en los remolinos del Peneo se posa, a ti es a quien canta; y con mayor dulzura todavía, el poeta





DE LA SERVA
DE SALOMON
Y DIVERSIONES
VERSIONES
LIRA
GREA

a ti primero y último, abrazado a la lira,
te invoca. ¡Acepta mi saludo!
¡Inspirame tu gracia!

CUANDO Y CON QUIEN HA DE CASARSE EL HOMBRE

[HESÍODO]

NO LLEVES a tu casa ni pronto demasiado
ni muy tardíamente la gala de la esposa:
amor tiene su tiempo lo mismo que la rosa
de vergel y las flores menudas en el prado:
los treinta son la edad para casado.

Y así como la rosa no se corta en botón
ni cuando, hacia la tarde, va para deshojada,
escógela doncella a pubertad llegada
tres años ha, o cuatro, que es la mejor sazón
para hacerla contigo a la yugada.

Y sea a quien conozca la gente de tu misa.
Observa cuando digas que te casas con ella
si en ojo de varón alguna leve huella
de compasión adviertes, o si alguna sonrisa
de burla en labio de mujer destella.

La fortuna es variable y grata o ingrata pasa,
pero una buena esposa es bendición sin mengua;
la mala, en cambio, la indócil de su lengua,
infidel o perezosa, y más si no ha parido,
no necesita aceite ni parrilla ni brasa
para freír a su marido.

DECIR CONTRA LAS MUJERES

[HIPONAX]

DOS VECES en su vida es amable la esposa:
cuando al tálamo sube, cuando baja a la fosa.

DECIR CONTRA LA POBREZA

(Homenaje a Ruy Páez de Ribera en la Celebración
de su Quinto Centenario)

[TEOGNIS]

KYRNOS, al más valiente lo quiebra la pobreza
más que el temblor de fiebre, más que el cabello blanco:
¡húyele, Kyrnos, así tengas que ahogarte
en el más hondo mar, o que lanzarte

al más profundo oscuro precipicio!
porque el pobre enmudece, en todo andar tropieza,
por diestro que haya sido queda manco,
y la razón en él pierde el oficio.

El que era limpio vuélvese desaseado;
quien tuvo amigos no los tiene ahora;
al más cortés lo traduce en grosero;
al que era sabio lo hace majadero;
lo desestiman más que era estimado,
y quien más lustre tuvo se desdora.
No hay amargor igual que hayas probado.

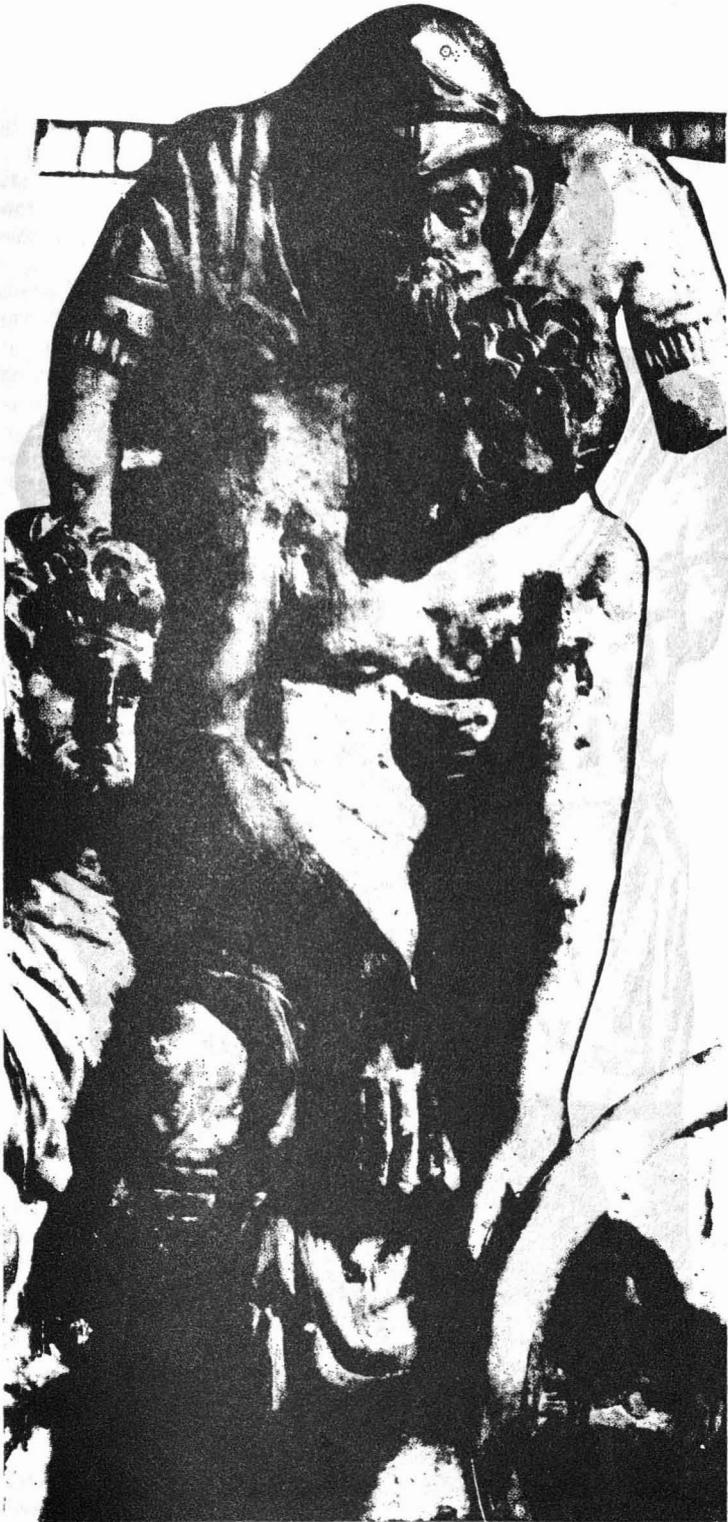
AMARGURA DE EXILIO

JAMAS el exiliado tiene un amigo
que lo sea de veras, sin dobleces,
y esto es lo más amargo del exilio.

LOS AGITADORES

CRÉEME, Kyrnos, agitadores quieren
poner encinta a la Ciudad, preñarla
para que de ella nazca rudo, feroz tirano.
Uno es fuego en rescoldo: cubierto de ceniza
esconde brasa de ambición frustrada;
el otro es llamarada de crepitantes lenguas
que lamen viento;
así arden los dos, ambos incendiarios,
iguales en esencia y en propósito.

Uno es enteramente franciscano
("¡Hermano lobo, hermana ardilla, hermano tigre!")
pero al hermoso metagonte de raza,
buen dogo cazador y guarda del rebaño,
lo señala gritando, "¡Tiene rabia!",
para que otros lo maten; él matarlo, ¡nunca!
se lo tiene prohibido la conciencia.
Y tampoco es capaz de blandir en la mano
el criminal puñal, pero le saca punta
en mollejo chispeante,
lo afila día a día, y aguarda a que algún loco
de los que nunca faltan, ávido de la gloria
vulgar del magnicida, venga y lo tome.



El otro, que se cree león, es sólo un flaco, un sarnoso perro callejero, mañoso, que ladra y corre, y anda por el mercado donde las verduleras hablan de política y ver qué longaniza atrapa con los dientes en un descuido, o qué pellejo o tripa alguien le avienta, y por más que lo espanten a puntapiés y a palos siempre regresa, siempre vuelve, chorreando baba, con la lengua de fuera, meneando el rabo, husmeando, echando pulgas, y no respeta nada, todo lo orina por el inescrutable instinto de los perros.

MEDITACION DEL ESTADISTA

[presto]

CONSEJO

[SOLÓN]

PRÓDIGOS de sus vidas, exponiéndolas, todos persiguen fines individuales ora en el mar de ola crecida, en barcos que el viento impele ensanchando las velas, para traer a puerto algún tesoro, ora sobre el arado curvo doblegados de sol a sol, con dolor en los lomos, siervos del año para allegar cosecha, ora junto a los fuelles y apegados al yunque, servidores de Atena, émulos de Hefesto, con fina habilidad, quemándose las manos, ora discípulos del Flechador Apolo con el labio sabio de profecías, esplendente de música; pero ninguno sabe cómo ni cuándo el hado súbitamente, como quien corta un hilo, le cortará el aliento.

Mi propósito fue reunir a mi gente dispersa, dividida. Sea testigo de ello la olímpica deidad mayor de las deidades, la oscura Tierra, de cuyo seno maternal, transido de piedras de hipoteca, arranqué lo que la hacía esclava, y a este suelo de Atenas devolví a los que ya en lejanas tierras, sea por mala suerte, sea por malas artes, de egoísmo del prójimo, eran vendidos y olvidaban la clara voz del Ática.

PODER DE LA POESIA

Con fuerza de mi mano los hice libres;
y no para los malos solamente,
también para los buenos,
dicté las leyes que creí prudentes.
Ajusté con primor las partes del estado
para que su equilibrio mantuviera
firme la fábrica común. No sé en qué pude
haber fallado, pero fallé. Por eso
pongo mis armas en la calle, píselas
quien las quiera pisar, o tómelas
quien prefiera llevárselas.
A mí ya no me sirven, porque el pueblo
mejor que libertad quiere tirano.

CONSEJO

[HESÍODO]

DE UN barquichuelo habla,
si quieres,
con entusiasmo; canta
su encomio; pero
bajo una vela grande
tu mercancía embarca,
embárcate tú mismo.

En cuanto a mí estimo
esa aventura en poco.
No así los hombres prácticos:
por amor al dinero
en todo riesgo incurren
pese a que saben
cómo es amargo
morir ahogado.

Atiende mi consejo:
sólo una parte, y no la
mayor, confía
a lo inseguro:
mar, o doncella,
o voz de quien te adula.

PODER DE LA POESIA

[PÍNDARO]

¡LIRA de oro, la que Apolo tañe
y aman las Musas que se coronan de violetas!
A tus primeras notas de prelude
los pies ligeros de las danzantes saltan,





gloriosos en sus pasos,
y las voces se ajustan a tus cuerdas.
Hasta el relámpago guerrero
deja su flechería
súbita de llamas,
y posada en el cetro de Zeus,
domada, duerme el águila:
rey de las aves, dobla
la cabeza de curvo pico; sus ojos
hechizados de sueño; las plumas
sedosas de sus alas
se mueven suavemente,
suben y bajan con el ritmo
de su resuello acorde con tu música;
y el belicoso dios, ¡Ares!, olvida
por un momento breve
el choque de la lanza en el escudo:
tendido entre las dulces Gracias
se rinde al gozo de la paz,
¡tan potente es Apolo, el que domina
la conciencia del hombre y la ilumina!

Pero los que Dios odia, los que El detesta,
tiemblan de oírte.
En la encrespada tierra, en el movido océano,
temen los malos a las Piérides,
blasfeman contra la Poesía,
Nacido en la caverna Ciliciana,
Tifón, de cien cabezas veladas en la sombra
negra del Hades,
el pecho hirsuto enarca bajo el peso
del promontorio de Kymé; en Sicilia
encima de él se eleva
al cielo azul la nieve
de perenne blancura y de filoso aliento
(¡el verso fino, inaccesible!)
que el Etna todo el año arrulla en el regazo;
pero, de sus entrañas hondas,
vomita el monstruo fuego inabordable,
torrentadas
que todo el día humean y en la noche
tienen lustre de sangre, y noche y día
arrastran hacia el mar piedras inmensas
con incesante estrépito de trueno.

EL ADAGIO DE ARISTODAMO

TRASIBULO, antaño
con la gloriosa lira

[PÍNDARO]

firme en las manos
subían los poetas al carro de las Musas
para lanzar los dardos
de fina melodía
en elogio de un rostro de juvenil encanto
dominio y trono de Afrodita.

No era Apolo tacaño,
ni las Gracias alquilaban caricias,
ni el coro, dulce como la miel, de Terpsícore
iba con las mejillas
marcadas por cuño de moneda.
No había sentenciado el argivo
(al ver cómo le huían tomados de las manos
junto con su fortuna los amigos)
que "El dinero es el hombre", nuevo adagio
ciertísimo por cierto,
pero amargo.

INVIERNO

[HESÍODO]

PREVENTE contra el mes lenaionte, el de los días
cortantes, de aire frío capaz de desollar a un toro.
¡Qué heladas crueles las que avienta Bóreas!
Sopla sobre la Tracia nutridora de hermosas
caballadas, y sobre el mar amargo revolviéndolo
en grandes olas; cae sobre los altos bosques
abatando los árboles, quebrándolos,
pinos y robles, con pavoroso estrépito;
hace temblar las fieras de la cabeza al rabo,
y pese a la pelambre las hiere en el pellejo:
no les vale a las reses el cuero duro, no les vale
a las cabras el fino pelo: sólo las ovejas
por el vellón tupido le mellan las filosas
garras al viento. Y a quienes más abate,
doblándolos en rueda, es a los viejos.

Tampoco hiere el frío la piel de la doncella
a quien no todavía la áurea diosa alecciona
y al lado de la madre se está sumisa en casa.
Bañado el cuerpo con esmero ungido
con refinado aceite apenas perfumado o sin perfume,
se mete en cama y sin pesares duerme.

En cuanto a ti (¡ya te asoman las barbas!), envuélvete
en una larga túnica que te llegue al tobillo,
sobre eso ponte manto, las dos prendas de lana
gruesa, tejida en poca trama y espesa urdimbre,



calza zoclo cortado a tu medida
de cuero becerril forrado en tibia felpa,
y si amenaza lluvia, lleva, de tierna cabritilla,
cosidos los pedazos con cordones de cuero,
capa eficaz en que resbale el agua,
y tócate con gorra de felpilla sedosa
que entera la cabeza te cubra y las orejas.
Caiga entonces del cielo largo y frío, hiriente,
el aguacero, y tiéndase en los campos
de propietario rico, y empápelos hasta donde el grano
que se sembró a buen tiempo lentamente lo absorba.

LAS YEGUAS DE GLAUCO

[ESQUILO]

POR muchas vueltas que le des al mito,
su sentido no cambia,
sea que Glauco aleccionó a sus yeguas
a comer carne humana
y cuando les faltó lo devoraron,
sea que no por hambre enloquecieron
sino de haber pacido
hierba no acostumbrada, maldecida,
o colmado la sed a grandes sorbos
de abrevadero mágico,
sea por fin, de modo
más claro, que Afrodita vengativa
(porque Glauco pensaba
que teniéndolas vírgenes más bellas
crecerían) de furia
les inyectó los ojos y los dientes.

Prudente yo, a mis bestias
no de otra manera domeñables,
les doy a tiempo
lirios de largo tallo y rosas,
con miel, de carne tierna.

DITIRAMBO

[EURÍPIDES]

¡Incomparable júbilo es ser joven,
alegría de oro!
Pero llegar a viejo
es un dolor pesado
y nublazón de ciego.
Ser joven y, a más de joven, libre
de la tribulación de la pobreza

lo juzgo dicha,
pero también dichoso es quien es joven
así sea pobre,
y yo no cambiaría la juventud por todos
los tesoros de Oriente,
y aun la mitad del gozo de ser joven daría
por alas eficaces
con que volar (¡volar adonde fuere!)
y huir de la amargura de ser viejo.

ORFEO

[ESQUILO]

GUARDATE, entre rivales príncipes, por tu vida,
de afiliarte a partido. Mira a Orfeo
que por amor del Flechador de rubio aspecto
y suave voz, menospreció al cetrino
nonato gritador habido en Sémele,
poderosos los dos, hijos de Zeus.

En la noche, apartado de los feroces ritos
de las bacantes lúbricas, Orfeo
subía a la alta cumbre para esperar el día
y saludar al Sol con noble música.
No fueron fieras, fueron
furiosas las Basárides de Tracia
quienes le dieron muerte.

Del Pangeo, las Musas
llevaron sus despojos al Libetra.
En cuanto a mí, no corro prisa alguna de
necesitar la piedad de las Piérides.

FURIA DE AMOR

[SÓFOCLES]

¡POTENTE para toda conquista, la chipriota!
No digo los reveses que infligió a los dioses,
cómo tumbó al Cronida
y al que hace que la Tierra tiemble en su cimientos
y al que en el Hades tiene nocturno trono,
sino lo que aquí vimos. ¡Qué brazos de lujuria
para ganar doncella codiciada
hizo que se tendieran! Hombros musculosos se alzaron
pujantes en pelea
para dar fuerza a golpes formidables,
y se produjo estruendo pavoroso
revolvedor de grandes polvaredas.



Entre fragor de aguas furibundo río,
el trueno interminable de pezuñas hendidas,
y la alta cornamenta fantasmal de un toro:
¡Aqueloos, el sembrado de islas, desbordado!
y de la Tebas mística el vástago de Zeus
con dardo y maza y arco distendido,
los dos trabados en batalla,
rivales que enloqueció el deseo,
sin nadie cerca excepto la chipriota
invencible, infundiéndoles
su propio aliento.

Sordo caer de puños, y el silbido
mortal de flechas emplumadas,
y el resollar cortado, adolorido,
y la tensión, a reventar, de espaldas, y el vibrante
esfuerzo de las piernas,
y el nublarse los ceños, y el choque de las frentes,
hasta que al fin se oyó, apagado, el bufido
del derrotado.

Mientras tanto, a lo lejos, tierna, de viso hermoso,
sola como una estrella cuando sólo
brilla una estrella en la amplitud del cielo,
tendida en la ladera de una loma,
en espera de quien habría de llevársela,
Deyanira.

¡Oh, su mirada dulce
aguardando el final de la batalla,
implorando piedad, oveja tierna
repentinamente
huérfana, desolada!
Lloro por ella como
por hija propia mía.

LA COLERA DE CREUSA

[EURÍPIDES]
¿COMO seguir sin decir nada,
oh alma mía, mordiéndome los labios,
tapándole a mi dolor la boca
para que no prorrumpe en voces,
tapándole los ojos
para que no se suelte en llanto?
¿Pero cómo decir, sin desnudarme
del pudor, hija de rey y esposa de príncipe,
quién me violó, en qué cama,
cuál noche oscura?



Nadie, me detendrá, nadie podrá callarme,
no, ni la pretensión de la inocencia,
puesto que me traiciona mi compañero de pecado
y nada espero ya de mantener incólume
en la opinión ajena el espejo de la honra,
yo que jamás dije palabra alguna
para exigir la merecida boda
y atención de marido en el dolor del parto!

¡Oigame en su trono de estrellas la majestad de Zeus,
óigame la diosa
que guarda la alta roca de mi casa
donde ella está, cabe al Lago Tritonio:
diré quién me forzó bajo su peso
y hubo placer de mí: delataré el secreto
que me oprime!

Las lágrimas
me las arrancan dioses
en contra mía conjurados,
dioses que me traicionan!

¡Oh cantador de melodías
al son de siete cuerdas,
que alzas la voz en impecables himnos,
tú, hijo de Latona,
aquí, de cara al sol, te acuso, Apolo:
tú me violaste!

Con el cabello de oro
me deslumbraste,
con los azules ojos
me enterreciste,
mis manos en tus manos

tibias, sudaron:
¡cómo me acariciaste,
primero el cuello, luego
la base de los senos, los pezones,
y más abajo, derritiéndome!
Brasa sentí tu boca
quemándome los labios.
Y me fuiste empujando
ya seducida
hasta tenderme en cueva,
cegándome Afrodita
(¡ella fue cómplice!),
y nada vi, ni oí, presa del deseo
que me hacía temblar entre tus brazos:
¡allí me poseíste!

Helada de terror volví a mi casa.
Me temblaban las piernas de vergüenza.
No me atreví a mirarle
los ojos a mi madre,
y no a mis compañeras
les abrí el corazón para decirles
la vida que gestaba en mi vientre.

Rodeada de cuidados
y en medio a la alegría
de honorable preñez, la esposa sufre
sinsabor, sin embargo.
Yo, sola, Apolo, sola y en secreto,
todo sufrí, ¡indecible!,
dolores y bochornos.

Yo, sola, Apolo, sola y en secreto,
donde tú me violaste,

torcida de dolor, ¡indecible!,
como quien sufre muerte,
muriendo y reviviendo para morir de nuevo,
di a luz a tu hijo.

¡Y tú, oh esplendoroso
que dices profecías
desde trono de oro
en Delfos, seductor de doncellas;
tú que me sedujiste,
me abandonaste!
Y abandonaste al hijo.

Cuando volví a buscarlo
para darle mi pecho que chorreaba
cálida leche,
ya no estaba en la cueva:
¡lobos, lobos
se lo llevaron,
hijo de mis entrañas,
hijo tuyo, Apolo,
lobos lo destrozaron!
sinsabor, sin embargo.

Buitres también se hartaron
de ese banquete.

¡Por eso, Apolo,
Delos te odia,
la tierra en que naciste;
te odian sus palmeras y sus rocas,
te odia el suelo donde tendida
presa de angustia,
asida a un tronco y con gran grito
te dio a luz Letona, hijo de Zeus!

CUATRO ADOLESCENTES

(I)

[ARQUÍLOCO DE PAROS]

...con un ramo de mirto,
con una rosa,
y con las trenzas, sueltas, sobre los hombros
como una sombra...

(II)

[SAFO DE MITILENE]

COMO manzana, roja sobre el azul del cielo,
que los recogedores de manzanas dejaron

sin recoger en la más alta rama,
no por olvido, no: ¡porque no la alcanzaron!

(III)

[SIMÓNIDES DE CEOS]

DEL otro lado de agua tranquila
a que se atreva al barquichuelo llama,
llama y lo hunde, la luz de su pupila.

(IV)

[ALCMAN DE ESPARTA]

A AGIDO la miro
como un sol que ella misma
hace brillar en nuestro cielo;
por más que ella me diga
que no declare cómo es bella
ni afirme lo contrario,
debo decir que bien se sabe
de qué manera brilla,
deslumbradora, como,
en medio de ganado vacuno,
una potrilla fina
de ancas nerviosas y cascos de relámpago
que uno dormido sueña, despierto se imagina.

MADRIGAL

[PLATÓN DE ATENAS]

NIÑA, toma esta rosa, y si te place amarme
ponme tu doncellez en punto a mi deseo;
si no, de todos modos guárdala y que te enseñe
la brevedad de todo lo que es bello.

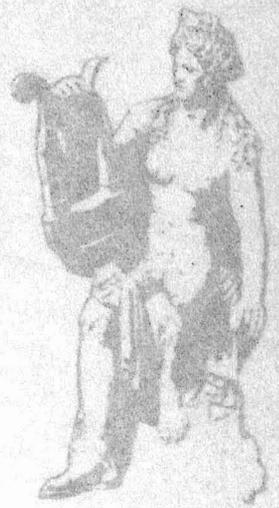
OCHO CANCIONES DE NOSTALGIA VENEZOLANA
JUNTO AL TEMPLO DE POSEIDON EN PESTO

(En memoria de Andrés Eloy Blanco)

(I)

[ALCMAN DE ESPARTA]

NUNCA más, voces de miel
en coro de doncellas
dulces como la voz de los amores,
me podré sostener. ¡Pero, ah, si fuera





alción alado, en vuelo sobre flores
de pétalos de espuma: el pájaro de pluma
azul-de-mar que empolla en primavera!

(II)

[EURÍPIDES]

PAJARO de las rocas
contra las que se rompen, fragorosas,
incesantes, las olas,
¡oh alción, cómo revoloteas!
El que lleva un dolor vivo en el pecho
sabe lo que tu vuelo significa:
amor de largo tiempo muerto,
canción que no se olvida,
todo
en el volar perenne de las alas marinas.

Hacia el atardecer la mole antigua
de elevadas columnas se colora;
la piedra, carcomida
de sal, de sol, de lluvia,
recobra la tersura de hace veintiséis siglos.
¿En cuál ocaso, oh Templo,
volveré a hallar mi juventud perdida;
en vuelo de cuál ave
volverá a mí la pasión abolida?

(III)

[TEOGNIS DE MEGARA]

OI, Polípaides, oí cantar el pájaro
que señala al labriego el tiempo de labranza,
y sentí el corazón abrírseme en herida
por mis tierras, mis campos, que extraños bueyes aran.

(IV)

[EURÍPIDES DE ATENAS]

YAZGA mi lanza tendida en descanso,
envuélvala araña en hilo de paz,
y sea, tranquila, mi alma remanso
de pasión colmada; ¡ay!, ¿cuándo será?

(V)

[EURÍPIDES DE ATENAS]

SI PUDIERA —¿en qué caverna?— con mis sueños ocultarme
en las cumbres de Parima, donde apenas pisa el sol,

o hacerme habitación entre las nubes, remontarme
de garcero, como garza de plumaje de arreboll!

¡Donde rinde al Orinoco Cuchivero su tributo,
o la dulce Tacarigua sueña amores con el mar,
ser la ceiba —toda sombra—, el moriche —todo fruto—,
o en los llanos el humilde pero fuerte chaparral!

(VI)

[ESQUILO DE ATENAS]

AQUI a Poseidón, aquí a Hera
se veneró, y persiste
no sé qué temblor sacro de corazón devoto
vivo en el aire de la primavera
con júbilo pagano;
pero mi alma triste
jamás tendrá alegría si no la da la mano
de mi Reina y Señora Virgen de Coromoto,
la llanera.

Enorme, con tridente que sacude a la tierra,
con sempiterna voz que ruge, brama, grita,
se siente a Poseidón,
y grande, con grandeza que a medio cielo encierra,
a la esposa de Zeus se presiente.
¡Mi Virgen es pequeña, pequeña, pequeñita,
hay que verla con lupa, hay que verla con lente,
más de un millón de veces cabe en mi corazón!
El rumor de los llanos musita
(¡pena de los llaneros!) su oración.

(VII)

[ALCMAN DE ESPARTA]

DUERME la cima de lejano monte
que revistió de púrpura la tarde.
Duermen, cercanos, los azules alcores
que hacia el anochecer, antes de que el sol cayera,
se arrebujaron en la primera sombra.

Y duermen la cañada
y el río niño que se encuna en ella.
Duermen las fieras, duermen los árboles,
duermen las abejas,
y el mar envuelto en sombra,
los monstruos de su hondura,
y, con el pico bajo el ala, las aves



grandes igual que las pequeñas.
Sólo yo velo. La nostalgia
prendió en mi corazón la lámpara del recuerdo.

Donde los toros alzan alta cornamenta
en medio a la vacada de los llanos,
negro el ganado sobre pastos verdes,
el sol ahora abrasa. Una vaquilla
con el crío que aún se tambalea
rumia en la sombra. Una vaca vieja
deja a los pájaros nerviosos
(tranquila ella)
arrancarle garrapatas del lomo.

De pronto un toro muge
con mugido sonoro:
¡una ternera virgen está en celo
y el bello le chorrea mientras aguarda al toro!

(VIII)

[SAFO DE MITILENE]

AGUA fresca rebota, cantarina, en cascada
y corre entre arboleda de manzanos.
Muellemente las hojas se mecen, danzan.
En la corriente un sueño boga, como un cisne.
¡Oh Atthis, Atthis, de veras yo te amaba,
hace ya tanto tiempo, un tiempo largo!
Y tú me parecías feúcha, pequeñuela,
niña descriada.
—Te juro, me dijiste, que quisiera
morirme!, y sin embargo me dejaste.

Te ha de mirar como una esplendorosa
diosa el mortal a cuyo lado
duermes. Hacia la media noche,
puestas las Pléyades y los demás luceros,
puesta la luna, solo, con tu recuerdo,
oyendo el agua duermo.

PASION INNUMERABLE

[SÓFOCLES]

ESTO debe entenderse: que el Amor no es sólo
amor en sí sencillo, sino que su nombre
denota innumerables sentimientos;
porque Afrodita es Muerte, Fuerza imperecedera,
Ansia incontaminada, y Frenesí, y Deseo,
¡cuanto mueve a llanto y a violencia! La diosa
en todos hace presa, en las mudas

tribus que nadan, en las de los cuadrúpedos
que pastan en la tierra, en las tribus aladas,
todas la abrigan, su ala es soberana,
ella rige a las fieras y domina a los hombres,
y reina invicta sobre los mismos dioses,
al propio Zeus lo vence y tiraniza.

TIEMPO DE MORIR

[MINERMO DE COLOFÓN]

CUANDO ya no me sepa el oro de Afrodita
(¡los besos a hurtadillas, el abrazo potente,
el gozo en el regazo de las vírgenes!)
quieran los buenos dioses entregarme a la muerte:
porque vivir conviene sólo a los jóvenes.
El árbol de la vida, bello cuando florece,
no tiene más que una sola primavera.
¡Oh, cómo afea la vejez! Las mujeres
detestan con razón a los viejos, les huyen,
por más que se engalanan ellos con laureles.

DIALOGO A MEDIA NOCHE

[EURÍPIDES]

PERSONAS: *Agamenón Atrida y un anciano siervo suyo.*
*La escena se desarrolla en Aulica, a media noche. Aga-
Menón sale de su tienda de campaña y llama a la en que
duerme su sirviente.*

AGAMENÓN:

¡Arriba, viejo, arriba!

SIERVO:

¡Ya voy, señor, ya voy!

AGAMENÓN:

¡Aprisa, viejo, aprisa!

SIERVO:

Ya estoy, Agamenón.

AGAMENÓN:

Dime: ¿qué estrella es esa?

SIERVO:

Sirio, señor, Sirio que brilla
junto a las siete Pléyades viajeras.

AGAMENÓN:

Sirio, es verdad. ¡Escucha!
No se oye pájaro moverse,
ni se oye el mar, ni se oye
rumor de viento. El viento
duerme sobre el Euripo.

SIERVO:

¿Por qué a la media noche
lejana aún la aurora,
te has levantado? Nada





se mueve en la Aulida.
Los guardias rondan
tranquilamente. Vamos,
Agamenón, entremos. (Entran.)

AGAMENÓN:

Dichosos, ¡ah!, dichosos
vosotros los humildes,
sobre quienes no pesa
la carga dura del renombre
ni la más dura todavía
del honor, y sois libres
del temor que a los grandes asalta.

SIERVO:

¡Pero la gloria es de los grandes
por su linaje y por su orgullo!

AGAMENÓN:

¡Y envuelta en esa gloria su tragedia!
Porque los dioses los abaten
cuando han llegado a la mayor altura,
y los odios pequeños de los hombres mezquinos
les roen la raíz de la grandeza,
y algo hay siempre que se burla de ellos.

SIERVO:

¿Qué modo es ese
de hablar, Agamenón? ¡Animo, ánimo!
Tú no naciste para vivir holgado
con júbilo y pesar de los mortales
comunes y corrientes.
Tu alegría es más alta: sea entonces
de igual altura tu dolor, lo que los dioses
quieran. Ellos lo ordenan todo
porque son fuertes.

(Y Agamenón borró la carta que escribía,
y otra vez la escribió, borrando y reescribiendo
hasta que amaneció, y por el siervo
se la envió a Clitemnestra pidiéndola a Ifigenia
para esposa de Aquiles, grande engaño:
¡para sacrificarla!)

CANCION DE AMOR

¿COMO pudo el dardo
invisible de Eros
lanzarme, con fuerza
que sin fuerzas deja,
Cloe pelirroja,
de pestañas de oro,

[SAFO]

carne niña, toda
tallo de azucena,
pétalo de rosa,
delineada apenas
como nube vaga
la mujer en ella?

No si la panoplia
hubiera vestido
de mujer entera
me hubiera humillado
a besar sus plantas
(lirios en desmayo),
que a mis años tengo,
viejo lobo libre,
maña de esquivarme
de mujer mañosa.

Si traída en carro
de alas de paloma
viniese la diosa
a quien yo más amo,
y si me dijese:
—Dime ahora, hijo,
¿por qué reina de altos
pechos, orgullosa,
suspirando vives?,
¿qué visión de labios
carnosos te ciega?,
¿quién te quita el sueño?,
¿quién es tu enemiga
para yo vencerla?—,
¡ah!, ¿cómo decirle:
—No me sirven nada,
madre, tus hechizos?
Yo no quiero sino
bañarme en el agua
pura de sus ojos.
¡Déjame dichoso
ser cautivo de ella!

DOLOR DE SENECTUD

Estrofa

¿QUIEN será quien anhele
largueza de sus días?
Discierno que le sirve
la insensatez de guía,

[SÓFOCLES]



y no por vivir mucho
los pesares evita:
¡ya pisa sus talones
el dolor: la alegría
se aparta de sus ojos:
llanto ciega su vista!
Tal es la recompensa
que da la lengua vida,
y al fin de todo, llega,
a salvarnos de ruina,
sin cantos de himeneo
ni alegre compañía,
la Muerte, última novia,
única compasiva.

Antiestrofa

La mejor y envidiable
suerte que el sabio estima
es la del no engendrado,
¡y la tuya en seguida
que diste con la muerte
al tiempo que nacías!
La juventud, liviana,
en viento se disipa,
luego las penas llegan,
fatiga tras fatiga,
sin que una sola falte:
la Discordia, la Envidia,
la Cólera, la Lucha,
la Espada que aniquila,
y la Vejez al cabo
que repugnante miran
los amigos más íntimos
y la propia familia.

Epodo

Igual que a mí, a éste
la aflicción lo hizo víctima.
¿Has visto promontorio
cercado de las iras
del mar y la tormenta?
Así la frente altiva
de Edipo sufre azote:
el rayo lo castiga
del dolor, y la ola
del vaho de la Erinya:
para él no hay día hermano,
para él no hay noche amiga,
ni lo alumbró el oriente

ni occidente lo alivia,
todo viento lo abate
con implacable inquina,
¡su medianoche insomne,
negro su mediodía!

HECTOR Y ANDROMACA

POR toda Troya de las altas torres,
hermoso en medio a la Ciudad hermosa
Hector, gloria de Príamo, alegría
de Hécuba fecunda, iba orgulloso,
volviendo de su casa a la batalla
con presuroso paso recorriendo
las bien tendidas calles, enlosadas,
rumbo a la Puerta Escea y la salida
al vasto llano que barría el viento.

Allí lo alcanzó Andrómaca, su esposa
que detrás de él corría: hija del noble
Fécio, rey de la frondosa Placos
en la Tebas de Mysia, que poblaban
cilicios aguerridos: de la mano
de ese príncipe, Héctor hubo a Andrómaca
que jadeante ahora lo detuvo.

Y a su zaga venía la nodriza
que contra el pecho cálido traía
al inocente niño, único fruto
del único amor de Héctor, su adorado
bello como un lucero, a quien llamara
Escamandrio al nacer; pero a quien todos
nombraban Astianacte, como en prueba
de ser su padre el salvador de Troya,
su más fuerte baluarte de defensa.
Héctor sonrió, mirándolo, en silencio,
pero Andrómaca, en lágrimas, la mano
del guerrero tomó entre las suyas
y se apretó a su cuerpo, suplicante:

—En tu propia pujanza te destruyes.
Ten compasión del niño y de mí —dijo—,
que pronto seré viuda. Ya los griegos
se aprestan en montón como uno solo
a echarse sobre ti para matarte:

Mejor entonces que estuviera muerta
y hace tiempo enterrada, tú faltándome,
que faltándome tú, sólo pesares,



alegría ninguna, probaría,
huérfana como soy de padre y madre!

Porque Aquiles mató, junto a las anchas
puertas tebanas a mi padre, cuando
llegó el hijo de Thetis prepotente
y abatió a los cilicios; pero pudo
la comprensión en él, para el vencido
(que es lujo de la fuerza y del orgullo
apiadarse del débil el más fuerte),
y no lo despojó de su armadura,
que era rico tesoro, bien labrada,
en la que fue entregado a la alta pira
aquel valiente rey; y le alzó túmulo
a cuyo derredor las Oreadas,
hijas de Zeus, ¡ah, consuelo vano!,
sembraron olmos de sagrada sombra.

Y siete hermanos tuve, como firmes
pilares de sostén de ilustre casa,
y a todos siete, entre el ganado rudo
de torpe andar, y los rebaños blancos
abundosos de lana, en la pastura
el mismo Aquiles de los pies ligeros
dándoles muerte, a la mansión del Hades
los consignó en un punto.

De esa hazaña
volvió el Pelida aquí para este asedio,
trayendo gran botín, mi madre misma,
reina que fue de la selvosa Placos,
por quien cobró rescate digno de ella;
y ella viviera, para mi consuelo,
pero en la casa de sus padres Diana,
la vengativa diosa cazadora,
por rencor la abatió con flecha aguda.

Tan sola me dejó tanta desdicha
que padre, madre y hermanos juntos
eres, mi dueño. ¡Duélate mi suerte
y quédate en la torre, no nos dejes
en la viudez a mi, huérfano al hijo!

Mejor harías resguardando el muro
por el lado más débil, donde crece
la hermosa higuera; que, como avisados
por algún adivino o por su propia
sagacidad, tres veces los Ayaces,
con el nombrado Idomeneo, el grande
vástago de Tideo y los Atridas,
por allí han dirigido los ataques!

Entonces Héctor de brillante talla
—Esposa —respondió—, tus advertencias
me traspasan el alma. Siento el peso
de la fuerza fatal que nos amaga
pero otra fuerza a batallar me obliga
más dura que la fuerza de la espada:
la befa de los teucros, la risilla
de sus mujeres escondiendo el rostro
entre los largos vuelos de sus mantos,
creyéndome cobarde, cuando a orgullo
tengo ser el primero en la pelea
y enaltecer el nombre de mi padre
y el mío propio, a costa de mi sangre.

Y si bien sé que un día sacra Troya
caerá, caerán sus torres, caerá Príamo
y los hijos de Príamo que blanden
filosos dardos, no me agobia tanto
el destino que acecha a los troyanos,
no, ni el delirio de aflicción de Hécuba,
mi propia madre, ni que los aliados
muerdan el polvo bajo las pesadas
sandalias enemigas: me amilana
este veneno frío que me corre
por todo el cuerpo, de saber que un día
ha de llevarte esclava un griego hirsuto,
sordo a tu llanto, rudo a tu ternura,
y en gineceo de Argos o Meseida
labrarás en telar, ajeno el lino,
o en Hisperea doblarás el cuerpo
acarreando los cántaros de agua
de la casa a la fuente y de la fuente
otra vez a la casa, sin descanso,
dolorida tu carne, herida el alma.

Alguien, mirándote llorar, cuitada.
—dirá—, esa mujer que plañe esposa
que fue de aquel famoso Héctor Príamida
que era el primero cuando en torno a Troya
los hombres batallaban reciamente”.
Oirás, y más amargas y copiosas
serán tus lágrimas, con el recuerdo
de mí, de mí que no podré ampararte.
¡Me haga la muerte sordo, me haga ciego,
antes de oírte, antes de verte esclava!

Así diciendo Héctor abrió los brazos
para tomar al niño, pero el niño,

con infantil espanto, buscó abrigo
abrazándose al cuello de la sierva,
huyendo del crinado casco de Héctor
que le daba terror. Héctor y Andrómaca
rieron de ver el inocente miedo,
y Héctor se quitó el casco tremolante
y lo dejó en el suelo, y tomó al hijo
y lo besó en la frente y lo alzó en alto
y dijo una plegaria para Zeus
y las demás deidades inmortales:

—¡Oh Zeus, y vosotros, grandes dioses,
que este hijo mío crezca en la alta Troya,
mejor guerrero que su padre, en Troya
más valiente que yo y reine en Troya
de modo que al mirarlo todos digan
cada vez que regrese de batalla:
¡Vale más que su padre! ¡Dioses, dadle
rico botín en la ruidosa guerra;
que a su enemigo hiera de gran muerte;
y que sea alegría de su madre!

Dijo, lleno de orgullo, y puso al niño
en el fragante abrazo de la madre
que un solo instante no dejaba el llanto
y la sonrisa. Juntos. Cariñoso
Héctor le hizo caricia en la mejilla
a la angustiada Andrómaca, su esposa,
borrándole una lágrima, y le dijo:

—Mi dulce amor, único amor de mi alma,
no te acongojes más, porque no hay hombre
de tanta fuerza que conmigo pueda
más de lo que el destino me depare.
Que nadie, por prudente o valeroso
o cobarde que sea, podrá nunca
contra lo que el destino le señala.
Vuélvete a casa resignadamente;
allí, al telar, o con el huso, ocúpate
en medio a tus doncellas hacendosas;
que la guerra es asunto de los hombres
y más atañe a mi que a nadie en Troya.

Y Héctor habiendo dicho,
tomó y se puso el casco empenachado,
Y Andrómaca, sumisa, tornó a casa,
volviendo el rostro muchas veces, lenta,
pesarosa, llorando.

Esto es la guerra.

**F. GARCIA
PAVON**

LAS FRESAS DEL CAFÉ GIJÓN

Los días sin faena especial, don Lotario hacía los mismos recorridos. Al acabar la mañana, a eso de la una y media, cuando calculaba que habían llegado los periódicos de Madrid, cerraba el laboratorio veterinario, se pasaba por la tienda de Quinito, compraba el diario y se acercaba al Ayuntamiento para recoger a Plinio y tomarse las cervezas convenientes, según la temperatura del día y la calidad de las tapas que diesen de combrebaje en el bar o casino elegidos.

Si Plinio no había terminado su quehacer, don Lotario, sentado en un rincón, hojeaba los periódicos. Aquel día, exactamente el primer sábado de mayo, Plinio había terminado el papeleo de la mañana, pero esperaba la llamada de la Guardia Civil para cierto asunto de tráfico. Ultimamente, el trabajo de la Policía Municipal se reducía casi exclusivamente a problemas de circulación, multas, estacionamientos y accidentes. Plinio, aunque tenía exclusivamente encargado de este negociado al Cabo Félix, resolvía él bastantes cosas que consideraba de superior incumbencia.

—Espere usted unas chuscas a ver si llaman los civiles y nos vamos, don Lotario, que tengo ya la lengua amojamá.

El veterinario siguió hojeando el periódico con las gafas a media nariz y el sol de espaldas. Plinio recolocaba las cosas de su escritorio y cerró los cajones con llave.

—¿Qué dicen hoy los papeles, don Lotario?

—Bastante crimen... Así que suben las temperaturas arrecian las pasiones, se potencian los mochaleces, y se vierte más sangre... Mira: "Muerto a golpes por septuagenario. Un hombre ha muerto en el acto golpeado con una barra de hierro por otro de setenta y ocho años..."

—Eso de que con los años viene la prudencia, en este caso falló.

—"...Asfixiado en un pozo"... "Diez y ocho intoxicados en una fiesta de Primera comunión..."

—¿Te lo leo?

—No. Siga a ver qué hay más.

—"Arden trece mil quinientos pollos."

—¿Pero en la parrilla?

—A ver... "Sevilla. Unos trece mil quinientos pollos, de tres días; y dos mil kilos de pienso han sido pasto de las llamas al producirse un violento incendio..." Como ves nada de parrillas. En la hoguera.

—Siga.

—"Mujer muerta a golpes y horriblemente mutilada. Madrid. En un descampado próximo a la carretera de Andalucía, a la altura del kilómetro 25, se ha encontrado el cadáver de una joven, todavía no identificada, muerta al parecer unas cuarenta y ocho horas antes a golpes en la cabeza, aunque además..." ¡Qué barbaridad... y con qué detalles está explicado!

—Pero hombre ¿qué pasa? ¿Qué está explicado con todo detalle?

—Fíjate —dijo don Lotario levantándose, poniéndole a Plinio el pe-

riódico sobre la mesa y señalándole con el dedo la parte del texto que quedaba por leer... ¿Qué te parece? ¡Qué dentera! Y mira que yo no soy aprensivo, aparte de que la profesión de uno no es precisamente de delicadezas. Pero eso no puedo ni pensarlo.

A todas estas reflexiones rechazativas no prestó Plinio ninguna atención. Después de la lectura se había quedado con la mejilla derribada sobre la mano izquierda, mirando sobre las gafas con mucha fijeza al clarión de la ventana.

—¿En qué piensas Manuel?

Pero Plinio, sin contestar palabra, se releyó con mucho detenimiento aquella crónica tan detallada. Y acabada la lección, miró a don Lotario con la cara tachada por una sonrisa sabihonda.

—¿Pero se puede saber qué te pasa, Manuel?

—Pues me pasa, don Lotario, que estoy pensando la gracia que tendría que yo, desde este modestísimo despacho de la G.M.T., pudiese darle a los gerifaltes de Madrid la clave del asesinato y mutilación de esa señorita encontrada en el kilómetro 25 de la carretera de Andalucía.

—¿Tú?

—... Podría ser, gracias al detalle, desacostumbrado como usted ha dicho muy bien, con que describen ahí las mutilaciones halladas en el cuerpo de la muerta.

—Ahora se entiende menos, Manuel. ¿Qué tienen que ver esas mutilaciones. —Ahhhhh, horror me da pensar en ellas— con tu clave del asesinato de esa señorita o lo que sea?

—Yo no digo que la tenga, fijo, seguro. Digo que a lo mejor la puedo tener. Porque no creo que haya muchos españoles especializados en esa clase de mutilaciones.

—Ya, pero sigue explicando.

—Muy sencillo, querido don Lotario. Cuando hace casi un año tuve que estar en Madrid un chorro de días por la operación de mi mujer, conocí de vista en el Café Gijón a cierta persona, según recuerdo haberle explicado, que al parecer tenía la sanguinaria costumbre...

—Angela, María, ahora caigo, Manuel.

—Es que usted cuando no vive los casos se los olvida al contar.

—No, no lo había olvidado. No se olvida tan fácilmente una cosa así. Pero que en este momento no caía. Compréndelo.

—Comprendido.

—¿Entonces tú crees?

—Hombre... puede ser. Sería mucha casualidad que hubiera en Madrid más de una persona dedicada a eso. Claro que nunca se sabe... Oiga don Lotario una duda que me llega.

—Tú dirás.

—Cuando a mi regreso de Madrid le conté el caso que llamó Cabañero "Las fresas del Café Gijón", usted no hizo la menor alusión o aspaviento. Y ahora, nada más leer lo mismo en el periódico, le ha dado un repelús que pa qué.

—Es verdad, Manuel. Según como le pilla a uno... Cosa de nervios será.

—Pues usted no es muy nervioso que digamos.

—No sé a donde quieres ir a parar, Manuel.

—A ningún sitio. Sólo señalar la diferencia de sus reacciones ante el fenómeno.

—¿Estás seguro que cuando me lo contaste no me dio repelús como tú dices?

—Seguro.

—Vaya memoria.

Llamaron por fin del Cuartel de la Guardia Civil, y cuando don Lotario, ya impaciente, se puso de pie con ganas de ir al cervecero, lo apaciguó Plinio:

—Espere usted un momento que llame a Madrid, a ver si les puedo dar una pista.

—¡Ah! yo creía que lo habías dicho en broma.

—Cómo voy a decir en broma una cosa así.

Se sentó el veterinario en el mismo borde de la silla, como siempre que algo le daba gusto, mientras Plinio empezó a hojear su agenda de bolsillo, hasta encontrar unas líneas escritas a lápiz. Buscó luego en el cuaderno de teléfonos un número, y llamó a Madrid con las pausas que él se gastaba para todo.

—Oiga... Oiga... ¿Comisario Perales? Soy Manuel González, el Jefe de Tomelloso. ¿Qué tal? Muy bien, sí señor. Vamos tirando. ¿Y esos amigos? Me alegro. Sí. Oiga, le llamaba porque he leído en el periódico lo de esa chica que han encontrado mutilada y muerta a golpes en la carretera de Andalucía... No, no la conozco, claro está... ¿Ah que ya está identificada? ...Una prostituta. Antoñita Martín ¿alias la Vespino? Qué tía... Pero yo le llamaba, Perales, porque conozco a uno que vive ahí, o al menos vivía, hasta hace seis o siete meses, que se dedicaba a esa clase de mutilaciones... Como lo oye. Y no creo que abunden... Ya le contaré cómo lo conocí. Se llama Alberto Dupón García. De unos sesenta años. Muy elegante. Más bien bajo. Con ciertas suavidades de lila, pero sin llegar a serlo. Y vive en la Colonia del Viso. Sí señor, para que usted vea. Sé hasta la dirección. Les sería muy fácil comprobar si tuvo alguna relación con la Vespino esa... Claro que lo sé de muy buena tinta. Mejor dicho, de varias buenas tintas... y por mi observación directa. Sí; sí es él, ya le contaré con detalles cómo lo conocí y esas observaciones que hice.

Cuando después de un buen rato, Plinio acabó la conferencia, marcharon al bar Alhambra a tomar las cervecillas tardías. Y de codos sobre el extremo de la barra, Plinio le recontó al veterinario con detalle el caso de "Las Fresas del Café Gijón" tal como ocurrió en Madrid, casi un año antes.

FRANCISCO GARCIA PAVON, nacido en 1919, es hoy uno de los más sólidos valores de la narrativa española. Posee los premios "Nadal" y de la "Crítica". Es catedrático de Historia de la Literatura Dramática en la Real Escuela Superior de Arte Dramático. Su gran popularidad y crédito literario arrancan de la creación de su personaje "Plinio", jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, pueblo de la Mancha donde nació el escritor. "Plinio", que protagoniza varios cuentos y novelas de García Pavón, es la



contrafigura del "detective" clásico, y se singulariza por concurrir en él las características del campesino manchego: cazurrería, pragmatismo, sentido común y malicia, conformando un personaje literario sin precedentes. García Pavón no escribe novelas policíacas, sino que construye auténticas novelas reveladoras de un mundo entrañable y popular en torno a un accidente minimamente policíaco, con un lenguaje rico, jugoso, entrevelado de poesía y humor.



Versión del narrador omnisciente, del racconto de Plinio

Entre unas cosas y otras, se pasó la Gregoria, la mujer de Plinio, un mes en la clínica madrileña. Primero con que si era o que si no era. (Menos mal que por fin no fue.) Luego con la operación, más luego con la recaída, y por último con la convalecencia. Plinio iba y venía los fines de semana, aunque cuando la operaron, pasó en Madrid bastantes días seguidos.

Como no le gustaba comer en la clínica, hacia la una caía por el Café Gijón, porque a esa hora pasaba por allí su paisano el poeta Eladio Cabañero. Juntos tomaban las cervezas y luego comían en alguna tasca de la vecindad.

Plinio siempre llegaba antes, y se sentaba solo, allá en los divanes rojos fronteros a la puerta. A aquellas horas daba gusto estar allí. Sólo estaba la tertulia de los solterones que presidía Isidoro el abogado y Lucilo el médico. Los tres o cuatro pintores que tomaban el aperitivo con Cristino Mayo. Medrano, el argentino de las barbas, haciendo crucigramas. Y algunos tipos sueltos de paso o temporeros, que bebían y fumaban mirando por los ventanales con aire de no tener prisa.

Plinio, como dije, entraba tranquilón, se sentaba en el diván, pedía la cerveza, y venga de observar a la gente y echar "caldos" hasta que llegaba Eladio.

Este, deslumbrado por la luz de la calle, entraba con los ojos guiñados y la cabeza un poco torcida. Plinio le levantaba la mano para hacerse notar, y Cabañero pretextaba de la misma manera su tardanza en localizarlo:

—Siempre me pasa lo mismo: al no verlo de uniforme me despisto. Es verdad, Manuel, no sé por qué se me figura que lo voy a encontrar con el atalaje municipal.

Y cuando por fin se sentaba junto al guardia mirándole muy de cerca y muy cariñoso y muy sonrisón, le hacía la misma pregunta: —¿Qué nuevas sabe Manuel González del Tomillar del Oso?

Y Plinio, con los ojos cargados de risa tierna, le contaba la última novedad que le hubiese comunicado por teléfono don Lotario, el Cabo Maleza o el mismísimo alcalde. Cuando acudía alguna visita a la clínica para ver a su mujer, había más textos sobre las nuevas del Tomillar. Y si no había absolutamente nada, Manuel le resumía poco más o menos la situación, con estas palabras:

—Pues nada, Eladio, lo de siempre. La Gregoria va la pobre volviendo a su ser. Y en el Tomillar del Oso, como tú dices, sigue la paz, y el vino subiendo. . . Lo malo es que ya no hay gota de vino que vender.

—Coño, pues no entiendo cómo puede subir lo que no hay.

—Lo mismo digo yo.

—Pero economistas tiene el país que sabrán explicarlo.

—Ajilimojili.

Otras mañanas Cabañero aparecía acompañado de alguno de los paisanos peritos en plumas o pinceles residentes en Madrid. Y así, más de dos veces llegó con Santiago López y su tío López Torres. Alguna vez con Félix Grande (el del cuerpo dado de sí y la cara larga). Y muy de tarde en tarde, con Antoñito López García, el de los ojos llenos de sonrisa.

Entre los tipos que frecuentaban el café a aquella hora, le llamó mucho la atención a Plinio desde el primer día, uno que solía sentarse algunas mesas más allá, pero en el diván frontero a la barra. No parecía hombre de nuestro tiempo. Como de unos sesenta años, elegantísimo, aunque al estilo de señorito de los años treinta, solía tomarse cuatro o cinco copitas de Jerez con ademanes muy finos, mientras leía el periódico displicentemente concentrado. . . A ver si me explico: Leía simulando que prestaba mucha atención al texto, pero al mismo tiempo, dando a entender que lo consideraba muy por bajo de su sensibilidad y categoría mental. Bebía con sorbos menudos, subiéndose la copa hasta los labios con los dedos puestos muy exquisitamente y sin dejar de leer. De vez en cuando, levantaba los ojos del periódico, y echaba una mirada rotativa y muy complicada por todo el café. Igualmente, cuando se dirigía al camarero o al limpiabotas, lo hacía con ese aire cortés, satisfecho y satisfactor. . . Pero a la vez displicente, como le ocurría con el periódico.

Más bien bajito, calvo, mejor dicho, con unos cabellos rubirrojizos prestados de una lado a otro de la cabeza y muy bien adheridos con fijador. Tan limpio y metódico en sus movimientos, que sólo le faltaban los botines y el monóculo para componer la estampa pretérita que digo. Entre copa y copa —este es otro detalle que a Plinio le distraía mucho— se fumaba unos cigarrillos rubios, pero calzados en una boquilla larguísima, que él manejaba con ritmos melódicos, aunque sin llegar a amaricados, ésa es la verdad. Otras cosa de aquel señor que llamaba mucho la atención del Jefe de la Policía de Tomelloso, era su falta de curiosidad. Jamás se fijaba o parecía fijarse en nadie de los que entraban al café. Cuando alzaba los ojos sobre el periódico, fumaba o bebía sin leer —pocos ratos—, su mirada parecía flotar en un limbo personalísimo. Y si miraba a algo o alguien, lo hacía con esa sonrisa cortesana y solitaria que dije, como si entre el humo del cigarrillo o los rayos de sol que entraban por los ventanales del Gijón, flotase otra parroquia sólo visible para él. Plinio, jamás sintió los ojos de aquel señor clavados en él un momento.

Daba la sensación de que la consideraba totalmente transparente.

Como Plinio, a través de Cabañero, había hecho cierta amistad con Fernando, el camarero, una mañana le preguntó si aquel señor era cliente antiguo del café.

—Ca, no señor. Viene sólo desde hace un par de meses. Y siempre solo.



Uno de aquellos días, Plinio llegó al café al mismo tiempo que el señor de la boquilla larga. Y lo vio descender de un coche muy lujoso, y con chófer. Plinio volvió sobre sus pasos para echarle un vistazo al automóvil que recordaba haber visto otras veces por aquellos alrededores. Por cierto que como así que el señor entró en el Gijón, el chófer marchó al contiguo café Teide, pudo detenerse ante el automóvil y leer en la Cédula el nombre de su vecino de mesa en el café; se llamaba: Alberto Dupón García.

Fue aquella misma mañana cuando Plinio descubrió algo en el semblante del señor Dupón que le sorprendió muchísimo. Sus ojos, siempre tan voladores, metafísicos y displicentes, se fijaban, cosa rarísima, en algo o en alguien con especial atención. El objeto de tan tensa mirada —Plinio lo localizó enseguida— era una chica. Más concretamente, el busto de una chica que estaba sentada de perfil junto a una de las mesas que hay en el centro del local, entre las columnas. La acompañaba un melencuado sentado frente a ella y cara al señor Dupón. La chica de costado miraba al alejado ventanal que era una eclosión de luz, echando el humo del cigarrillo por las narices con mucha parsimonia. El resto de la mañana, don Alberto Dupón García le pareció a Plinio un señor totalmente distinto del que conocía. Bebía distraído, y con un automatismo inédito en su ademanario. Aquella sonrisa cortesana que siempre encaramelaba su rostro, se había diluido totalmente. Muy serio, con gesto concentradísimo, las narices ligeramente arremangadas, y eso sí, siempre con disimulo, echaba ojeadas intensísimas al perfil de la joven. Por cierto que no tardó en comprender que esta observación era incompleta, ya que en seguida pudo concretar con total exactitud que las miradas del Sr. Dupón no abarcaban toda la geografía carnal y lateral de la chica; se fijaban de manera muy localizada en la parte de su busto más cimera. El vestido, que era reducidísimo, de tela azul oscura con flores desvaídas, tenía un peto estrecho sujeto a la nuca con un lazo. La apretación del peto en algunos momentos, sobre todo cuando la joven echaba la cabeza hacia atrás o levantaba el brazo, daba una tensión a la mama perfilada, que parecía interesar muchísimo al Sr. Dupón. Y cuando la chica se inclinaba y se aflojaba el peto, la parte de pecho que asomaba por el holgado lateral era tan ostentoso, que también parecía gustar sobremanera a don Alberto. La verdad sea dicha, comentó Plinio, que la chica no era un monumento ni mucho menos. Era una de esas morenuchas, un poco secas, que se llevan ahora, con la melena larga y la boca sin pintar, que se mueven y fuman igual que un muchacho. Pero, sí, desde luego, el bulto del pecho destacaba por su tamaño de la configuración general de ella.

La pareja de jóvenes, fumaba, y reía. De vez en cuando ponían las caras muy juntas y susurraban. Pero también pasaban largos ratos cada uno pensando en lo suyo, o consultando unas guías que tenían entre manos.

Los solterones de la mesa de al lado hablaban de política y Cabañero contaba cosas del pueblo, que Plinio no dejaba de reírle, pero por supuesto, sin perder detalle de las alteraciones y metamorfosis de Dupón. . . Todo lo que no fuese el perfil del pecho de aquella chica, acabado de manera tan aguda, había desaparecido para Dupón. Cuando ella se volvía totalmente de espaldas, Dupón parecía relajarse un poco e incluso clavaba los ojos en el diario, o extendía su lánguida mirada por todo el salón. Pero apenas ella rehacía su escorzo mostrativo, Dupón, sin el menor disimulo, entornaba los ojos, y espiaba la menor asomada, tensión o temblequeo de aquella teta lateral. Daba la sensación de que veía más que nadie. Como si con un telescopio invisible, columbrase las más finas venas de aquel pecho, los estremecimientos de su piel, y las leves gotas de sudor que pudiesen perlar aquellas reconditeces del brazo y su vecindad sedosa y montañera. Y a veces él, sutilmente —lo apreció Plinio— entreabría la boca, o la apretaba en forma de beso, como si se sintiera que aquella mama juvenil y distante, viajaba hasta la misma punta de sus labios.

. . . Y fue todo mucho más bonito todavía, cuando una hora después, la pareja de jóvenes se dispuso a marchar, Plinio pudo ver cómo el señor Dupón seguía a la chica con la vista, fijamente, queriendo aprovechar los últimos y posibles escorzos, hasta que desapareció por la puerta del café. Así que dejó de verla le llegó un violento desinflé. No sé qué raudo regreso a su mismidad, que en menos que lo digo, su gesto, su mirada, y su tensión de músculos y astucias, volvieron a su lejanía nirvánica y despectiva, de hombre solo, que flota, ajeno de Plinio, de la tertulia de solterones, y de todo el café suavemente bullente y luminoso a aquellas horas.

Porque como concretó Plinio a don Lotario en la barra del Bar Alhambra, era seguro que el señor Dupón no conocía de nada a aquella chica. Ni ella a él. Varias veces se volvió hacia Dupón y no hubo el menor amago de saludo. Y también estaba claro que no le interesaba lo más mínimo el culo, el cuello, el arranque del brazo, las piernas, la cara o el pelo de la moza. Al señor Dupón lo único que le importaba era el pecho y sobre todo —y esto es otro matiz muy a tener en cuenta— de perfil.

A partir de aquella interesantísima mañana, Plinio, desde su diván, que hacía ángulo recto con el habitual del señor Dupón, prestó, si cabe, mayor atención a las reacciones del caballero elegante. Para Plinio, como es sabido, el espectáculo más interesante de la vida es el hombre mismo, el ser humano sumergido en el papel de su propia comedia. Por eso lo pasaba bien en Madrid aunque apenas tuviera con quien hablar. El pasearse por la calle fijándose en todo, u observar desde la mesa de un café el trasiego de tipos, le hacían pasar el tiempo sin sentir. En el pueblo, los tipos son más repetidos y sabidos. Pero Madrid es un manero



inagotable. A veces se reía recordando a alguien que vio por las calles. Por ejemplo, la anochecida que se encontró con un hombre solo, llorando a lágrima viva por la Puerta de Alcalá. Plinio había visto muchas veces mujeres llorando solas por la calle, pero a un hombre, jamás. Y era un señor elegante, más que cincuentón, con corbata de nudo gordísima y sombrero en la mano, que lloraba con la cara alta, el gesto operístico y haciendo ausiones sonorísimas.

Su implacable fijeza en el señor Dupón, le permitía sacar otras conclusiones amenísimas. La primera fue, que Dupont, sin duda bastante miope, aunque ni guiñaba los ojos, no reaccionaba en absoluto ante las damas más imponentes, de frente o de perfil, cuando estaban a ocho o diez metros de sus ojos. Y segundo, que con la sola excepción del pecho, le tenía absolutamente sin cuidado la topografía femenina. *A lo mejor es que tuvo una infancia mal mamada*, pensaba Plinio riéndose. Así, cuando veía acercarse a alguna chica o señora, inmediatamente tensaba el gesto. Le echaba sus ojos astutos y complacientes a la vez, hacia la parte más alzada y pectoral. Si el modelo de pecho no era de su gusto, o la mujer se colocaba en posición que dejaba invisibles aquellos altozanos, rápidamente el señor Dupón reanudaba el concierto de sus actitudes normales, como si la dama enfocada no existiese. Lo divertido era, cuando la observada de turno se colocaba de forma que solamente al hacer algunos movimientos se le veía el perfil que Dupón apetecía. Entonces, se pasaba las mañanas acechando con astucia y paciencia increíble, el momento que se le hiciese columbradera aquella parte codiciada. Simulaba leer, beber tragos o fumar en su larga boquilla, pero la verdad es que sus ojos, imperdonables, cada pocos segundos echaban un vistazo rápido, hacia el rodal superior y delantero del tronco de la chica o señora de su fijación.

Lo que pensase Dupón de él, le fue imposible deducir a Plinio. Cuando lo miraba, rara vez pasaba los ojos sobre el municipal de Tomelloso con la misma indiferencia que si fuese un mueble más. . . Plinio sospechaba que Dupón se había dado cuenta de sus observaciones. Pero en el fondo le era igual lo que pudiese pensar aquel sujeto con pinta de paleta endomingado.

Cuando pasados unos días Plinio empezaba a aburrirse con las breves y repetidas alteraciones del señor Dupón, ocurrió algo nuevo y amenísimo.

Plinio llegó al Gijón a la hora de siempre y tuvo la curiosa ocurrencia, que don Lotario llamaría pálpito, de al pasar junto al coche de lujo del señor Dupón, mirar de nuevo la cédula. . . pero fijándose esta vez en la dirección de su domicilio.

Entró por fin, pidió su cerveza y empezó a pasar discreta revista a los clientes del café. Entre ellos, naturalmente, estaba el señor Dupón en su mesa de siempre, con su copita de Jerez, cigarrillo de

larga boquilla y periódico matinal. El care estaba tranquilísimo. Los camareros se movían con aire pausado y el sol que entraba por los ventanales bien abiertos lucía jubiloso los mármoles negros de las mesas, los dibujos originales que adornan las paredes, el vidriado, las cucharillas y la tela roja de los divanes. Los chicos de la barra hablaban entre sí sin mayor ocupación, el limpia hojeaba un periódico deportivo de codos sobre la vitrina del tabaco. Los escasos consumidores, bien escaqueados, leían o miraban con ojos de paz y domingo. Pero de pronto, cosa inusitada, se abrieron de par en par las puertas del café y empezaron a entrar hasta unas treinta personas. “Es una primera comunión, sabe usted —dijo Fernando el camarero a un cliente próximo a Plinio. Pero como están reformando el restaurante, va a ser aquí. Menos mal que no vendrán muchos más”. Eran gentes de medio pelo, seguramente vecinos de la calle de la Libertad, Barbieri o el Pasaje de la Alhambra. Los camareros unieron varias mesas en el centro del café, acercaron sillas y tomaron asiento aquellas familias endomingadas que rodeaban a un niño vestido de blanco y cara de mimado. Plinio ponía ojos de guasa viendo fumar a aquellas señoras mayores, con aire primerizo, que echaban el humo con mucho énfasis y aire de no gustarles absolutamente nada el sabor del tabaco.

En la mesa de convite más próxima a Plinio, se sentó una tremendona, muy pintada y de aire folklórico, mucho más acostumbrada a fumar que sus rodeantes, que tenía las mamas de un esférico agresivo. Inmediatamente pensó Plinio en el señor Dupón y hacia él volvió los ojos con su habitual cautela. Pero no tuvo ocasión de ver la reacción del exquisito ante aquella cordillera lechal. El señor Dupón, de manera desacostumbrada, se tapaba la cara con el anchísimo periódico, como si no quisiera ver o temiera ser visto. Posiblemente alguien le molestaba de aquella reunión popular y voceada. Plinio, sorprendido, afinó la observación y vio cómo con astucia, Dupón ponía a veces el periódico de tal manera, que sin descubrirse la cara, podía echar una ojeada rápida a aquel personal para enseguida cubrírsele del todo. Y en seguida, no le cupo duda, que la persona que vigilaba o temía, era la folklórica mamellísima que ofrecía su costado derecho hacia la mesa de Dupón.

Servían los dulces en aquel momento, y los convidados miraban al niño recién comulgado, que con cara de halago, hacía unas monadas bastante imbéciles. Hablaban los festejantes a voces, y los habituales del Gijón en las agradables mañanas domingueras ponían caras larguísimas. En aquel momento —todavía no había llegado Cabañero— Dupón, siempre con el periódico ante la cara, dejó un billete de cien pesetas sobre el mármol, se guardó los trebejos de fumar, se colocó el sombrero, y rápido, aprovechando un momento en que la folklórica se giró un poco a la derecha para darle lumbre a otra fumadora flaquísima y dentellona, atropelladamente



cruzó el local y salió. . . Pese a tanta precaución y ligereza, juraría Plinio que la folklórica había visto y reconocido al fugitivo, en el momento de trasponer la puerta del café. Tanto es así, que se incorporó un segundo, como con intención de seguirlo. Pero en seguida frenó y se limitó a mirar hacia los ventanales para ver si pasaba ante ellos. Naturalmente que no pasó. Aunque tenía el coche en aquella dirección. Sin duda dio la vuelta por la calle de Prim, que está justamente a la derecha del Café. Como la mujer estaba completamente de espaldas a él, Plinio no tuvo más datos para estas deducciones, que su amago de levantarse y su rápida manera de mirar a la ventana.

Cuando Fernando el camarero vio la plaza vacía y el billete del señor Dupón sobre la mesa, hizo un gesto de extrañeza y recogió el servicio. E inmediatamente —cosa que no esperaba Plinio— la folklórica se volvió con gran decisión y llamó a Fernando. Cuando estuvo a su altura se puso de pie y con aire de gran reserva le preguntó algo señalando a la mesa que acababa de quedar libre. Fernando le contestó con breves palabras. Ella le escuchó con los ojos muy atentos y pensantes, y después de darle una propina con disimulo, volvió al convite como si tal cosa.

Este se pasó el resto de la mañana hasta que llegó Cabañero, intentando imaginar qué conexiones tendría aquella mujer con don Alberto Dupón García. . . Por discreción no se atrevió a preguntarle al camarero qué le había dicho la folklórica. Y sonriendo, sin saber por qué, el Jefe de la G.M.T. sacó su carnet de notas y apuntó el nombre y la dirección del señor Dupón, que aquella misma mañana había leído en la cédula del coche. . . Y después, pensó con nostalgia, que de haber estado presente don Lotario, podían haber dialogado sobre aquellas observaciones y cuanto de ellas imaginaba entre trago y trago, pito y pito, y las gesticulaciones convenientes.

Y por fin le llegó a Plinio su último día madrileño. La Gregoria estaba ya completamente fuera de cuidado y marcharían todos con el amigo Vicente Porras. Plinio lo había citado en el Gijón para comer juntos y luego irían a recogerlas a la clínica.

Cuando se bajó del taxi frente a la terraza del café —pues el taxista por equivocación lo llevó por la calzada central de Recoletos— vio a la folklórica del día anterior, que sentada con otras dos mujeres de traza parecida, miraban con insistencia a la puerta del café por encima de la barrera de evónimos.

Plinio entró pausadico. Todavía no había llegado Dupón. No le extrañó. No era su hora. Pidió un cortado —era demasiado temprano para la cerveza— y abrió un periódico que llevaba por casualidad, y esperó. No le cabía la menor duda de que la folklórica y sus amigas, de tan parecida traza y oficio, esperaban a Dupón. Pensando en esto, y por si lo abordaban en la misma calle, se corrió a otra mesa que quedaba enfrente del ventanal desde la

que podía verse perfectamente lo que ocurriese en buena parte de la acerca.

A la una menos cuarto llegó Porras:

—Jefe Plinio, aquí me tiene a su enterita disposición para lo que ordene beber, comer y de lo otro.

—Anda siéntate unas chuscas y tómate algo.

—No me diga Jefe, que anda de pesquisas, aquí en el extranjero como quien dice —dijo al ver que Plinio estaba tan fijo en lo que pasaba por la calle.

—Tú siéntate y calla.

—Me siento y callo. ¿Pero dónde miro, Jefe? ¿Dónde está la pieza?

—De momento en ninguna parte.

—Pues hala, a cerrar los ojos hasta que usted me diga.

—¿Tienes el coche bien dejado?

—Como una rosa, Jefe.

Le pidieron las cervezas a Fernando.

A la una y diez se dibujó el señor Dupón García en el recuadro de la puerta, tan recortadito, con un traje muy claro, ya de verano, y una clavellina en el ojal de la solapa. Parecía contento y completamente confiado. Con paso menudo y aquella sonrisa edulcorada y a la vez lejana, que casi siempre le decoraba el semblante, cruzó el café y se sentó tras la mesa acostumbrada. Enseguida le pasó Fernando su copita de Jerez. Dupón le agradeció la prontitud del servicio con una levisima inclinación de cabeza muy sonreída. Cambiaron unas palabras, seguramente sobre su marcha rápida del día anterior, tomó un picolín de vino, y se puso a ver el periódico.

Porras, que vio la dirección disimulada, pero insistente, que tomaban los ojos de Plinio, le preguntó en voz baja:

—Jefe ¿a ese bombón de licor es al que hay que mirar?

—Sí, pero con discreción.

—Pues, hala, ojitos míos, mucha discreción.

Y mientras se bebía la cerveza, entornaba los párpados, se hacía el dormido y otras mil payasadas para demostrarle a Plinio la discreción de su mirar.

—¿Sabe lo que le digo Jefe? Que ese caballero, si no es marica, le falta un mollete.

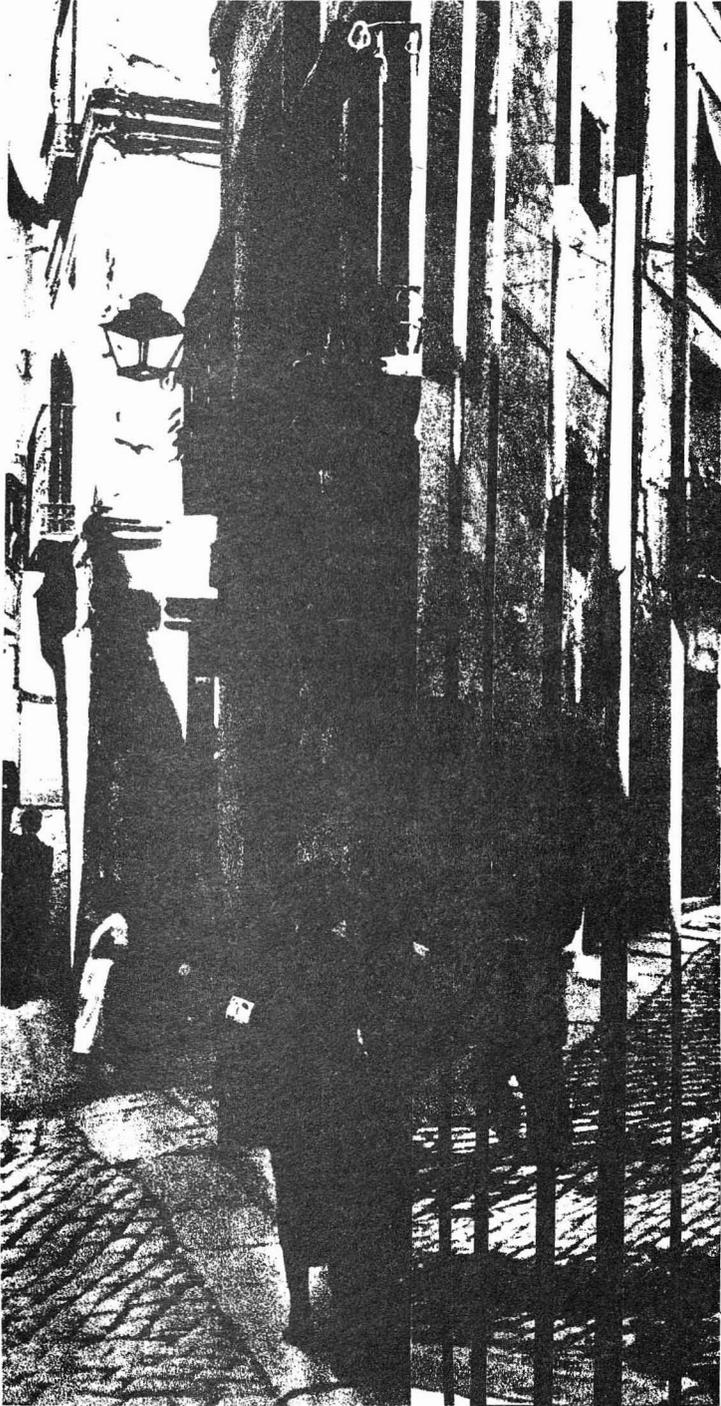
— . . . Pues no sé porqué me parece que no tiene nada de marica.

—Le falta un mollete, Jefe, un mollete.

En estas estaban, cuando vio Plinio que la folklórica y sus dos acompañantes, también del sindicato del bidet, cruzaban a buen paso ante los ventanales del café, camino de la puerta.

—Atento, amigo Porras —le dijo Plinio por lo bajo— que ahora va a comenzar la comedia.

—Entonces Jefe —dijo con los ojos bajos— ¿puedo mirar ya sin discreción de to a to?



Las tres mujeres, que al pasar ante el ventanal se cercioraron dónde estaba sentado Dupón, entraron en el café sin el menor titubeo, y con las caras largonas se fueron hacia él.

La sorpresa de Dupón fue tan grande, que no pudo reflejarla con gesto especial alguno. Toda su cara quedó inmóvil y de una seriedad enjalbegada.

Las tres mujeres lo tenían todo perfectamente estudiado. Se sentaron: la folklórica al otro lado de la mesa frente de Dupón, y las otras dos en el diván cada una a un lado de él y tan apretadas, que el pobre no tenía escape posible.

— ¡Huy jefe! que al bombón de licor se lo jalen entre esas tres tremendonas. ¿Pero qué ha hecho el pobrecico mío?

— Calla.

Calló Porras, pero fue inútil. Las tres mujeres, aunque con gestos de pasión, hablaban tan bajo y tan cerca de la cara de Dupón, que no había manera de oír nada. El hombre, completamente arrepretado, aguantaba las estocadas, casi silbadas, de las tres furias, en posición de maniatado, con los párpados bajos y cada vez más hundido. . . Era curioso ver a aquellas mujeres hablar y hablar, con los ojos encendidos, los labios sacados, quietas las manos y las voces sordas. Y al hombre con aquel rostro de tortura.

— Qué le estarán diciendo, Jefe, que el pobre que se está muriendo sin rechistar.

Enseguida llamó la atención a Plinio y a Porras, que las tres mujeres, por turno arbitrario y en repetidos momentos de sus soliloquios, se llevaron la mano al pecho. E incluso una, la folklórica que tenía enfrente, hubo un momento que pareció que iba a sacarse una mama por el escote.

— Ay Jefe que éstas acaban dándole de mamar al bombón de licor.

La escena se prolongaba, e incluso parecía que empezaba a perder tensión, pues el señor Dupón alzó los ojos y dijo algo, cuando la folklórica de enfrente, metió la mano rápidamente por debajo de la mesa. Dupón dio un grito sordo, pero que se oyó en todo el café, a la vez que se llevaba ambas manos a semejante parte.

— Atiza manco, Jefe, que esa del traje de rayas le ha pinchado al bombón mismamente en la bragueta. ¡Qué cosas se ven en Madrid!

Todas las caras de los parroquianos se volvieron hacia la mesa del pinchazo. Pepito, el dueño del café, y los carmareros, también miraban con cara de sorpresa. Ahora Dupón, puesto de pie, un poco inclinado hacia delante y con la mano puesta sin disimulo en el sitio pinchado, lloraba con la boca abierta, los ojos muy cerrados y recortadísimos sollozos. Las mujeres, un poco desconcertadas, se levantaron también. La escena era muy rara. El hombre con la mano así, la cabeza inclinada y llorando, y ellas de pie y sin saber qué partido tomar.



Por fin Pepito y Fernando avanzaron decididos a ver qué pasaba. El señor Dupont al verlos venir, y diríase que amparándose en su posible protección, sin quitarse la mano de la parte, empujó a la que le cortaba el paso por la derecha y avanzó en dirección a los servicios. Pero apenas llegó a la mitad del salón, entre la expectación de todos, se rehizo, y como olvidado del dolor, echó a correr hasta la calle.

—¡Canalla! ¡Canalla! cojan a ese sinvergüenza —gritó de pronto destemplada la folklórica, haciendo además de seguirle.

Pepito la contuvo y empezó a discutir con ellas. El camarero quedó en pie a escasa distancia.

Las tres hablaban a la vez y como antes, con frecuencia, se llevaban la mano al pecho, y señalaban las partes más encumbradas de ellos. Poco a poco se fueron aplacando los ánimos. Pepito se sentó con ellas, que seguían hablando. El camarero también escuchaba pero poniendo cara como si le doliera algo.

Así las cosas llegó Cabañero, con los periódicos debajo del brazo.

Las tres mujeres se ponían de pie ya para irse. Se despidieron muy finas de Pepito y marcharon con cierto aire de orgullo.

Una vez que le explicaron a Cabañero brevemente lo que había pasado, le dijo Plinio:

—Anda Eladio, tú que eres amigo del camarero, pregúntale qué han dicho las mozas.

—Eso está hecho, Jefe —y llamó a Fernando.

—¿Qué ha pasado, Fernando?

—Ay qué buena persona es este don Eladio.

—Sí, ya lo sé ¿pero qué ha pasado?

—Que por lo visto esas tres son de la vida.

—Ya, ¿y qué? —preguntó Plinio impaciente.

Pues que han conocido al señor Dupont como cliente antiguo de ellas. . .

—Que no les pagaba —cortó Cabañero.

—Sí que les pagaba y muy bien. Lo que pasa es que el tío, fíjese usted, es un sádico, y así que puede le pega un mordisco en el pecho a la compañera hasta arrancarle el pezón. . .

—¡Ay! —gritó Porras con horror— madre mía qué bestia.

—Y parece ser que las tres “esas” están despezonás, o medio despezonás. . . Porque a veces, en vez de llevarse todo el botón, se lleva medio. . . Qué me dice usted, don Eladio, con lo tranquilo y fino que parecía el señor. Venga de beber el vino con sorbos tan delgados y así que tenía una en la cama, ¡auu! , a comerla.

—Otra vez me da el repelús —saltó Porras—. ¡Qué horror Santa Virgen de Las Viñas!

—No le decías bombón de licor.

—Pues ha resultado cepo de tetas.

—Manuel, a este caso tendrá usted que llamarle “las fresas del café Gijón” —le dijo Eladio sonriendo.

—Eso está bien. Pero esto ni caso ni na. Sólo he estado de mirón.

—Qué importa, también se corren aventuras con los ojos. . . Venga señores, vámonos a comer.

—Yo no comeré más que sopas —dijo Porras.

Y salieron los tres con pasos lentos.

—¡Ay qué buena persona es este don Eladio! —quedó diciendo Fernando el camarero con cara de mucha satisfacción.

Cuando acabó Plinio el recuento, de codos sobre la barra del bar Alhambra, y después de la cuarta cerveza, le preguntó:

—¿Qué, se acuerda usted ahora del caso de las fresas del Café Gijón?

—Si acordarme, me acordaba, Manuel, lo que pasa, ya te dije, es que en ese momento no caía.

Y yo no creo que en Madrid pueda haber otro comedor de fresas. . . Lo más cierto es que él se comiese también las de esa chica, que encontraron desnuda y apaleada a la altura del kilómetro 25 de la carretera de Andalucía.

—Seguro que llevas razón Manuel.

Al día siguiente, cuando a eso de las nueve de la mañana, Plinio, después de desayunar su café con churros en la buñolería de la Rocío, entró en su despacho, sonaba el teléfono.

—Diga. . . ¿Qué tal Comisario Perales? . . . No, no he visto los periódicos todavía. Aquí no llegan hasta medio día.

Entre lo que tardó el Comisario Perales en contarle a Plinio lo ocurrido la noche anterior en Madrid, y lo que tardó Plinio en resumirle al Comisario la historia que él sabía de don Alberto Dupont García, sí pasaría media hora de conferencia.

Apenas concluyó, se caló la gorra de plato, y salió disparado para la ex herrería y clínica veterinaria de don Lotario. Este, en el momento de llegar Manuel, no hacía otra cosa que mantener ambas manos en los bolsillos del pantalón, el cigarro en la comisura derecha de los labios, y los ojos mirando por la ventana.

—Pero coño, Manuel, ¿qué pasa?

Plinio se sentó y quedó mirándole con ojos entre bromistas y vanidosos.

—¿Que qué pasa? Que a última hora de ayer encontraron, justo a la altura del mismo kilómetro 25 de la carretera de Andalucía, el cuerpo muerto y “horriblemente mutilado” de don Alberto Dupont García.

—No me digas. Pero horriblemente mutilado ¿por qué parte?

—Apaleado, y naturalmente “horriblemente mutilado” en las mismas partes naturales que yo vi en cierta ocasión pincharle con un alfiler.

—Angela María.

**EDUARDO
MATA**

EL PREMIO ELIAS SOURASKY

Sr. Presidente de la República, Sr. Secretario de Educación, Sr. Rector de la UNAM, Don Elías Sourasky, señoras y señores:

Con grata sorpresa he recibido la notificación de este premio donado generosamente por Don Elías Sourasky para estimular la labor de artistas, intelectuales y científicos. Es relevante el hecho de que se le dé el premio a un músico, pues no estamos acostumbrados a este tipo de reconocimientos. Vivimos del estímulo aleatorio, circunstancial, del público que nos aplaude y sigue. Con frecuencia nos preguntamos si lo que hacemos tiene una justificación social. Un momento de goce de una sola persona del público a quien nos dirigimos basta para hacernos olvidar la inquietud que nos despierta la razón de ser de nuestro arte y ello basta para sentirnos justificados socialmente.

La brega del artista de concierto o del compositor es de hecho una lucha permanente contra el medio. Creador e intérprete ofrecen un producto que por la estructura de nuestra sociedad y sus opciones de divertimento, muy pocos quieren consumir. La competencia (¿monopolio?) de la radio y televisión comerciales es abrumadora. Por otra parte nuestro sistema educativo continúa soslayando la formación artística y humanística del individuo cediéndola casi exclusivamente a la influencia u orientación familiar. ¿Cuál es el común denominador del entretenimiento familiar? : la radio, la televisión, el cine, lleno de falsos símbolos mexicanistas, y, en el mejor de los casos, los deportes.

Gradualmente la subcultura originada en los medios de comunicación va sustituyendo a la auténtica cultura, pues la penetración de la radio y televisión es infinitamente mayor que la de ningún libro de texto o que la de cualquier otro esfuerzo que el Estado pueda hacer por la culturización masiva.

Hay muchos caminos para remediar esta situación pero no debemos hacernos ilusiones. Cualquier intento llevaría más de una generación para producir resultados. Lo que debe preocuparnos es la falta de acción efectiva, drástica, en esa dirección. No es sólo por demanda gremial por lo que los músicos de concierto aspiramos a tanto, sino por la necesidad imperiosa de brindar al pueblo el acceso a una cultura digna, que complemente su educación básica y que lo lleve a estadios de madurez que se reflejarán inevitablemente en su vida cotidiana, en la política, en las relaciones humanas o en su actividad profesional, cualquiera que ésta sea. Sólo en un contexto donde los valores intelectuales tengan la jerarquía

adecuada, podemos aspirar a reconocer y valorar a nuestros creadores.

La historia musical de México es brevísima. Nuestra tradición, me atrevería yo a decir, está aún en proceso de formación. Los primeros héroes de nuestra historia musical están en el pasado inmediato, algunos todavía vivos: Revueltas, Chávez, Ponce, Moncayo y Galindo están a una y dos generaciones de distancia respectivamente. A ellos debemos las primeras muestras de un lenguaje musical específicamente mexicano. A Chávez debemos la creación de las instituciones musicales que operan hasta la fecha: Conservatorio, Sinfónica Nacional, Bellas Artes. Pero de poco han servido los esfuerzos y la labor señera de unos cuantos. Subsiste el desinterés de la sociedad por los valores artísticos. No logramos asimilar la idea de que éstos son parte esencial de la personalidad e idiosincrasia de un pueblo.

Estamos encerrados en un círculo vicioso. Las escuelas profesionales de música cumplen a medias su función. Sin presión, ni demanda y con pocos maestros capaces, los niveles académicos se relajan; los planes de estudio son obsoletos prácticamente desde su nacimiento. El joven músico —aun el mejor preparado— carece de los estímulos más elementales para su desarrollo ulterior. La falta de competencia y el desinterés general de la sociedad van castrando sus potencialidades y empujándolo al chambismo, fin de toda aspiración artística. Los pocos músicos de nivel sobresaliente egresados de escuelas mexicanas han tenido que terminar sus estudios en el extranjero. Sintiendo los estímulos de medios culturales superiores al nuestro se desarraigan para siempre al alcanzar niveles profesionales de excelencia y al obtener reconocimiento artístico justo.

El círculo vicioso sólo puede romperse atacándolo simultáneamente por varios lados. Es urgente la reorganización de la enseñanza artística elemental y por supuesto la profesional. Que nuestras escuelas produzcan buenos músicos, y que nuestra sociedad esté en un nivel superior para escucharlos y juzgarlos. Cuando haya reclamo, habrá calidad. Si hay calidad, el público demandará cantidad y ésta traerá consigo la competencia.

Los músicos mexicanos se debaten ahora en una lucha, que parece sin fin, por conseguir mejoras de tipo laboral. En el proceso de esta lucha, han obtenido el co-gobierno de algunas instituciones musicales. Si este co-gobierno está guiado por criterios de superación artística o por consideraciones de política y poder, está por verse. En nuestro sistema, donde el gobierno ha elegido patrocinar y manejar las instituciones artísticas, el experimento puede resultar peligroso.



¿Cuánto tiempo más va a pasar para recoger y evaluar los frutos de esta situación?

Si atacar el problema de la educación artística general y profesional es una forma de romper el círculo vicioso, otra no menos importante es reforzar el aspecto de difusión con las instituciones ya existentes, por imperfectas que sean. No podemos darnos el lujo de esperar una generación para exigir a las orquestas y demás grupos el cumplimiento de una labor social en gran escala que justifique la inversión que el Estado hace en ellos. Sin embargo todo esto resulta difícil en momentos como el actual, cuando la iniciativa artística está casi exclusivamente en manos de los trabajadores de orquestas y coros que han cuestionado la actitud paternalista del Estado, aprovechándose de la coyuntura provocada por la crisis de principios de 1973. Es urgente que de los co-gobiernos, o de los músicos connotados de México o de las autoridades que tienen a su cargo la tutela artística del país o de donde sea, salgan las iniciativas que nos sitúen en el camino de ponerle remedio a nuestros graves problemas.

Es necesario el diseño de una política educativa que considere primordialmente la formación artístico-humanística del individuo y la transformación de las instituciones existentes de educación profesional y de difusión. No se puede permitir por más tiempo que se estrague y deforme el gusto del pueblo por la burda comercialización de los instrumentos masivos de difusión. Deben aplaudirse los esfuerzos que el Estado ha hecho hasta ahora por atender estos problemas como adquirir un órgano de difusión masiva. Por desgracia la competencia es desigual y los resultados mínimos. La acción debe ser total para conseguir objetivos de significación en la formación del gusto del mexicano.

Pedir que a través de divertimientos de altura se nos dé opción a una cultura superior, ya no es un lujo en ninguna parte del mundo; en nuestro caso es el mejor camino para encontrar la afinidad con la expresión de nuestros hombres de genio y la salida más rápida del subdesarrollo.

Acepto el premio Sourasky con emoción y agradecimiento. Quiero verlo como un símbolo de reconocimiento a todos los que difunden y trabajan para la música de México, no como un premio a los logros particulares de Eduardo Mata.

He sentido la obligación de compartir con ustedes estas preocupaciones. No sería sincero en mí hablar de otra forma. Deseo fervientemente que en el futuro haya muchos premios para los músicos mexicanos. Sería el mejor síntoma del perfeccionamiento de nuestra educación e índice de la apreciación unánime a los esfuerzos artísticos. Muchas gracias.

**ALEJANDRO
WITKER***

O'HIGGINS, PADRE DEL PUEBLO

1. Héroe en la historia.

El culto de los héroes representa uno de los aspectos más relevantes que conforman la tradición histórica de los pueblos.

La apreciación justa de esa tradición, desmistificada a través del estudio crítico, constituye una valiosa fuente de conciencia para el despegue de un gran proyecto nacional.

Efectivamente, todo proyecto nacional debe situarse en el marco concreto en que se propone en las condiciones heredadas de las que surgen las tareas y perspectivas de la transformación social.

La historia de un pueblo es un proceso ininterrumpido cuyos hilos conductores vertebran, en una misma estructura, el pasado, el presente y el futuro.

Al respecto, el historiador José Luis Romero explica: el tiempo histórico transcurre como el hilar de una artesana. En el huso, se enrolla el producto del trabajo realizado y que se incrementa incesantemente, uniéndose a través de las manos que hilan, en una esfímera instancia, con el vellón virgen que espera ser hilado.

En la comprensión del curso de la trayectoria de un pueblo, de la interdependencia que liga su pasado, presente y futuro, radica la verdadera utilidad del conocimiento histórico: conquistar luz y conciencia necesaria para transformar la sociedad.

Hablamos de la necesidad de ir a la desmistificación de la tradición para impulsar las energías nacionales de un pueblo. La desmistificación del culto de los héroes representa un capítulo destacado de la crítica histórica.

Conocida es la tendencia a presentar la historia como la biografía de grandes hombres. El brillo de los genios o el coraje de los bravos, reducen a la penumbra a sus propios pueblos y como soles luminosos impiden la observación de su escenario, de las fuerzas reales que representan, del sentido profundo de sus luchas. Sólo a ellos pertenece la gloria de las naciones y la fragua de la civilización. Allí no queda lugar para registrar al herrero de los jinetes legendarios, el sudor que hizo brotar el grano que alimentó las tropas, el oscuro fundidor de los cañones, la creación anónima del pueblo. Las hazañas se proyectan sin raíces ni explicaciones: el héroe se explica por el heroísmo y lo condiciona todo. Es el conquistador del mundo.

Conocida es también la tendencia a la sacralización de los grandes personajes. Una leyenda dorada convierte sus vidas reales en estampa de estatuas. Un repertorio de frases para el mármol congela sus ideas. Sus proezas se convierten en conmemoraciones rutinarias impuestas por el calendario.

La desmistificación crítica debe rescatar al héroe de la fábula para devolverlo a la historia. Debe situarlo en las profundidades del contexto social y de la atmósfera espiritual de su tiempo. Entonces el héroe alcanza su verdadera dimensión como expresión lúcida y consciente de las necesidades sociales. Asumiendo las tareas que la

vida exige, el héroe muestra su grandeza real. Sus virtudes resaltan en una conducta humana que conoce de los errores y debilidades. Es un hombre de carne y hueso con las aristas de todo los mortales y las cualidades de los hombres excepcionales.

2. Aproximación a O'Higgins.

Nos ha parecido pertinente hacer estas consideraciones previas para nuestra aproximación a la vida y al legado de Bernardo O'Higgins.

Se trata de una clase más de nuestro curso sobre geografía de Chile, que venimos realizando, movidos por el interés de un grupo de compañeros por saber más sobre el paisaje físico y humano de Chile, su raíz nacional y sus valores.

Hemos incursionado por la loca geografía y tocado las andanzas del chileno en su aventura espacial y temporal. A vuelo de pájaro, hemos conocido valles, desiertos, montañas y océanos, las veleidades de sus climas y de su tierra inquieta, el trabajo laborioso de sus campesinos, mineros, pescadores; los asomos de la industria, los problemas y desafíos del desarrollo.

Lo hemos realizado con los pobres recursos de que disponemos y en circunstancias poco propicias para estudiar, pero aun así, hemos ganado algo para enriquecer nuestra chilenidad y nuestros sueños.

Nos hemos encontrado frente a la inequívoca realidad de un paisaje, cuya hermosura contrasta con las dificultades que ofrece para el trabajo. Los frutos del país hay que conquistarlos con un fuerte tributo de ingenio, disciplina y coraje.

Pero no sólo la geografía ha templado al chileno en su conciencia y carácter; también lo ha templado la historia. La conquista, cuando su origen fue un batallar de siglos; la emancipación, un prolongado parto; la república, un combate sin pausa por el progreso y la justicia.

En el contexto de esta trayectoria de luchas, sueños y banderas, Chile tuvo en la hora de su emancipación, al hombre que encarnó mejor sus aspiraciones nacionales: Bernardo O'Higgins, cuya vida fue un duro combate, desde su cuna hasta su muerte.

Apenas es necesario decir que nos parece ocioso y antihistórico la curiosa polémica de los que hoy se alínean, entre O'Higginistas y Carreristas, trasladando al pasado conceptos y visiones de nuestro tiempo. Cuando reconocemos el liderazgo de O'Higgins, no estamos pensando en opacar a Carrera ni en ignorar su papel decisivo en la ruptura del orden colonial ni a restarle los justos méritos que legítimamente le corresponden.

Más allá de las disputas que separaron a ambos próceres, está la obra de una misma jornada que los tuvo como los artífices más destacados.

Bernardo O'Higgins, hijo de su pueblo y de su tiempo, partió desde su origen contradiciendo los valores consagrados por el

* Ex-director del Consejo de Difusión, Universidad de Concepción, Chile. Conferencia pronunciada en el Campo de Concentración de Chacabuco, el 20 de agosto de 1974, donde el profesor Witker estuvo prisionero del fascismo chileno durante un año.

orden existente: nació de un amor que la moral dominante de la época consideraba ilícito.

Su padre, don Ambrosio O'Higgins, fue un irlandés de notable carrera en la administración colonial. En 1771, llegó a Chile para desempeñarse como ingeniero, en 1796 ascendió a la mayor dignidad administrativa de la región: Virrey del Perú, luego de escalar diversos rangos, incluyendo el de Gobernador de Chile.

En cumplimiento de sus obligaciones en la Frontera, debió frecuentar la casa del Capitán Simón Riquelme, en San Bartolomé de Chillán. Allí conoció a doña Isabel, atractiva hija de su Capitán de unos dieciocho años. Don Ambrosio tenía cincuenta y siete. El idilio ha dado rasgos novelescos a este episodio de la historia nacional.

Las leyes vigentes impedían a los altos funcionarios contraer matrimonios que pudieran atarlos a los intereses locales, y doña Isabel debió soportar oculta su maternidad en condiciones de silenciosa represión moral.

Así nació el niño Bernardo, el 20 de agosto de 1778; fecha de su primera batalla contra el orden existente. Nadie conocía la identidad de los padres. Como dice Neruda, era "un niño que no sabe su nombre todavía".

Bernardo tenía cuatro años cuando su padre dispuso sacarlo sigilosamente de Chillán y trasladarlo a Talca sin que nadie supiera este destino. En Talca fue hospedado en una casa amiga de don Ambrosio encargada de atender su educación. Años más tarde, el padre dispuso el regreso del niño a Chillán y fue matriculado con el nombre de Bernardo Riquelme, en un colegio franciscano. Tenía diez años de edad.

Hacia 1790, don Ambrosio decidió trasladar al hijo a Lima para proseguir sus estudios. Fue sacado del colegio franciscano en un verdadero operativo: por la noche, oculto, y llevado por insospechados caminos hasta Talcahuano rumbo al Callao. Tenía doce años de edad.

Del Callao, fue embarcado a Cádiz. Allí, sintió muy fuerte el círculo de hierro de su ilegitimidad. Los tutores no disimularon el desprecio que les merecía la bastardía del muchacho. De Cádiz salió para Londres en busca de expectativas educacionales más promisorias.

En Londres lo esperaban nuevas incomprendiones y tropiezos. Las remesas para el estudiante se escurrían entre las manos de los tutores y la miseria lo llevó hasta vivir de la misericordia de un Capellán. Bernardo elevó sus quejas al tutor de Cádiz y a su padre: nadie respondió. La depresión y la pobreza lo cercaron dificultando sus estudios. No obstante, logró progresos en el estudio de inglés y francés, además, de recibir lecciones de matemáticas, historia, geografía, música, dibujo y manejo de armas.

Su profesor de matemáticas fue el venezolano Francisco Miranda, cerebro de una vasta conspiración destinada a liberar a la América del dominio de la Monarquía Española.

Miranda descubrió ante los ojos del joven Bernardo una imagen fascinante de la época: las corrientes ideológicas que expresaban en la superficie los profundos cambios que experimentaba la sociedad: el derecho divino de los reyes estaba cuestionado y la soberanía del pueblo era la nueva aurora de una humanidad asfixiada bajo la losa del absolutismo y la Inquisición.

Había llegado el tiempo de liquidar en América el dominio imperial y abrir las compuertas al progreso, a la dignidad y a la libertad.

Miranda reclutaba en Londres aliados para su proyecto y Bernardo, deslumbrado por el descubrimiento a que asistía, tomó su partido con apasionada sinceridad.

En 1799, Bernardo partió de regreso vía Cádiz.

Miranda le confió mensajes para sus amigos que se movían en la península y redactó para el joven discípulo una minuta cargada de sabiduría que tituló "Consejos de un Sudamericano a un joven compatriota que regresa de Inglaterra a su país".

El texto aconsejaba a O'Higgins, incorporar a los bravos campesinos del sur a la lucha libertaria; lo prevenía contra el conservadurismo de los mayores y la temeridad de los inmaduros; subrayaba su convicción que entre los hombres ilustrados, civiles o clérigos, ganaría aliados. Le ponía en guardia contra el desaliento, desesperación y desengaño que producen los obstáculos que debería remover los cambios políticos: la fuerza moral era tan necesaria como la espada. Creía en los hombres patriotas pero no los idealizaba.

Miranda concluía recomendando al joven Bernardo releer una y otra vez sus instructivas y luego destruirlas. Había que precaverse de los agentes del poder establecido para no caer en el pozo de sus suplicios.

Tales fueron, escribe Neruda, "los consejos de águila prudente que lo embarcaron en la historia".

Arriba otra vez a Cádiz. La frialdad de los anfitriones se mantuvo inalterable. Los caminos son tapiados por la marca de la ilegitimidad: las irregularidades de su fe de bautismo le cerraron las puertas de la Carrera de las Armas a la cual aspiraba.

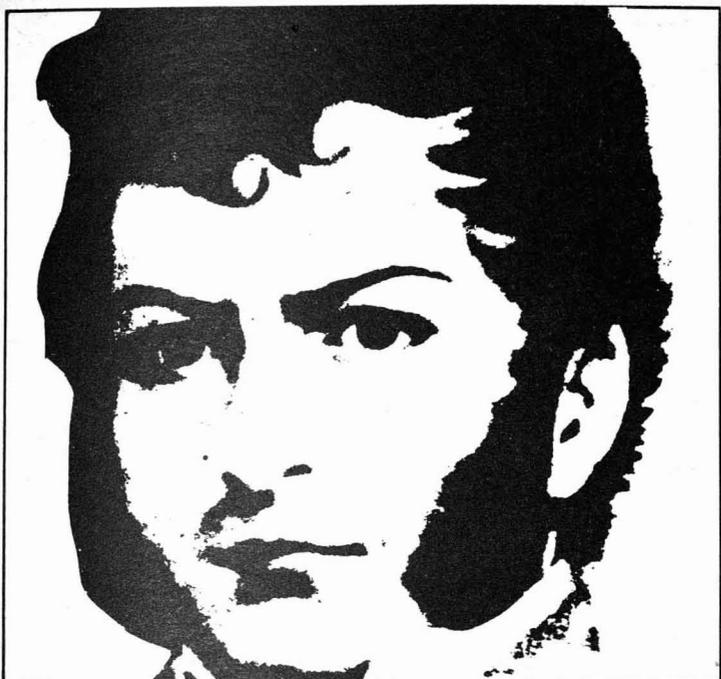
No tuvo más alternativa que resignarse al oscuro oficio de escribiente al servicio del tutor.

Comenzó a reunirse con los hombres que Miranda le había señalado.

En el 1800, se embarcó para América. La travesía fue una odisea. Barcos ingleses bloqueaban los puertos españoles como maniobras de la guerra que libraban ambas potencias.

Su barco fue capturado. El viajero chileno perdió su modesta valija y debió soportar largos días sin alimentación y dormir en el suelo. Al regresar a tierra, estuvo al borde de la muerte afectado de cólera.

Todo parecía conspirar contra Bernardo. Agobiado por la



miseria, angustia y soledad exclama: "Envidia siento, ver a todos mis paisanos recibir cartas de sus padres. Mas yo, pobre infeliz ¡de nadie!".

Cuando tuvo noticias familiares fueron amargas: su madre quedaba sola al morir el abuelo Simón; su padre, el brillante Virrey caía en desgracia y era destituido.

La Corona había recibido pruebas que el ignorado hijo del Virrey era un despreciable secuaz de Miranda. Don Ambrosio ordenó al tutor cancelar toda ayuda al descarriado y expulsarlo de su casa.

Bernardo, profundamente turbado, escribió al padre una carta que llegó al destinatario cuando éste había fallecido aplastado por el golpe de su caída. Le decía, entre otras cosas: "Soy mi propio peluquero y recuerde, vivo humillado como el último criado de la casa, llevo ropas de varios años y carezco de protección para el frío".

En la hora postrera, don Ambrosio se reconcilió con el hijo distante y lo declaró heredero de una cuantiosa fortuna.

Su vida tuvo un brusco ascenso, heredó la hacienda San José de las Canteras, unas dieciséis mil cuadradas, más cuatro mil vacas y más de quinientos caballos. Y además, podía ahora firmarse como Bernardo O'Higgins.

Cuando arribó a Valparaíso en 1802, tenía 24 años. Sus biografías nos han trazado los rasgos esenciales de su figura: rostro claro, ojos azules, pelo castaño, escasa barba, estatura mediana y anchas espaldas. Su personalidad ha sido caracterizada por su modestia, moderación, sinceridad y candorosa buena fe. El curso de los acontecimientos lo mostraron como un valiente excepcional: "el hombre más valiente que conocí en mi vida", recordó San Martín en su vejez. Su coraje estuvo muy por encima de su precaria capacidad como estratega militar. "Manejaba mejor la espada que el compás", decía Vicuña Mackena.

Hacia 1810, el Imperio Colonial Español sufrió un fuerte colapso: España caía en manos de Napoleón.

La captura de la Metrópoli abrió una brecha propicia para la culminación de una crisis que venía afectando las relaciones de las colonias americanas y la Metrópoli. Un cúmulo de contradicciones estimulaba las aspiraciones reformistas que venían madurando, aunque sin proponerse una ruptura total del sistema. Había demandas insatisfechas en la esfera del comercio, de las cargas tributarias, del manejo administrativo, de la participación criolla en el gobierno colonial.

Las guerras europeas venían desangrando a España desde hacía tiempo. Ahora Inglaterra ampliaba su hegemonía en el Atlántico y desafiaba abiertamente los intereses comerciales de la Península. España se aislaba de hecho de sus colonias y el poderío británico aceleraba su relevo ofreciendo a los americanos un nuevo pacto colonial. "La guerra de la Independencia", escribe Halperin, "es parte de un conflicto mundial sin el cual no hubiera sido posible".

El pensamiento americano tradicional venía siendo excitado por los propios afanes modernizantes de la Corona Española de fines del siglo XVIII. Los focos ideológicos de la Francia revolucionaria y del liberalismo norteamericano estimularon una actividad política inédita de la élite criolla. El viento ideológico foráneo no pudo ser contenido con el índice de libros prohibidos. Los epítetos de "afrancesados" fueron lanzados sobre los críticos, por los defensores del viejo orden.

Las presiones de los intereses económicos en pugna, las aspiraciones alentadas por las nuevas ideas, irrumpieron, pese a todo, con incontenible vigor, abriendo un nuevo cauce a la sociedad chilena.

O'Higgins fue, desde la primera hora, un protagonista destacado de este proceso. Puso en la lucha emancipadora su fortuna, capacidad y sincera vocación patriótica.

Conocida es su entrada en la arena política como diputado provinciano al que respaldaba un fuerte poder económico y el prestigio de su ilustración europea.

Agotada la discusión parlamentaria, estalló la lucha armada y en ella O'Higgins alcanzó la jefatura. Concitaba en torno suyo admiración por su bravura y el decisivo respaldo de criollos influyentes a los cuales no atraía el radicalismo y ni la embriagadora personalidad de Carrera.

Chile era por ese entonces, una pequeña nación de poco más de medio millón de habitantes. Santiago, un sombrío conglomerado urbano de unos cuarenta mil habitantes, con una que otra calle empedrada, sin alumbrado público, con algunas casas de dos pisos. La vida cultural era pobre y apenas alguna inquietud intelectual alentaba la Universidad de San Felipe con sus estudios de latín y derecho. Las provincias eran vida campesina pura, alterada por aldeas de mayor o menor importancia, unidas por caminos que apenas merecían ser llamados como tales.

En este escenario se desarrollaron los acontecimientos que culminarían con la Independencia de Chile.

Los primeros encuentros armados de la llamada Patria Vieja, terminaron con el desastre de Rancagua, en 1814. Los resultados se conocen: la rebelión patriota pareció liquidada. O'Higgins cruzó la cordillera con los restos de sus tropas. Iba, como ha escrito Neruda, "con la Patria en los brazos". Derrotado pero no vencido. Al otro lado lo esperaba la solidaridad americana y su digno comandante: el General José de San Martín.

Entre tanto, en Chile, se restauró el orden colonial. San Bruno con su garrote creyó poder paralizar la historia.

La prensa oficial, bajo la consigna de ¡Viva el Rey! tronaba denigrando la primavera de la Patria Vieja y saludaba el retorno colonial, como el regreso a un paraíso, que la insania de un puñado de ilusos se había obstinado en destruir. La "Gaceta del Gobierno", escribía:

"Es la experiencia, la más sabia, y más cierta maestra de los hombres, y ella por sí sola persuade con más fuerza que los pomposos discursos, ideas seductoras, promesas falaces, palabras alahueñas, estudiadas frases y sentencias capciosas que se valen los espíritus turbulentos, y fanáticos para sembrar la sizaña mortífera de la rebelión en los Corazones sencillos, incautos é irreflexivos. Así, para haceros ver ¡ó Pueblo!, el horroroso caos en que os sumergió nuestra rebolución injusta, y de que os ha redimido la beneficencia del excelso, conduciéndo bajo su protección especialísima al Ejército Real Pacificador, y á su dignísimo Jefe. Basta recordaros con brevedad los bienes que gozabais en los tiempos en que obedeciais fieles á vuestros legítimos Monarcas, y a los embiados por ellos; y los males que habeis sufrido en quatro años que ha durado la anarquía:

¿Qué era Chile antes de su pretendida, mal entendida Libertad, sino un pequeño disimulado Paraiso? . Su Cielo claro y benigno, su suelo ferasisimo en minerales, begetales y animales, ofrecía a sus habitantes a poca costa, y trabajo, riquezas, delicias, abundancias. Todos vivían al abrigo de las Leyes en sosiego".

Paralelamente a la reconstrucción del Paraíso Colonial que emprendía la reconquista, al otro lado de los Andes, San Martín y O'Higgins preparaban una nueva ofensiva patriótica.

La organización del Ejército de los Andes fue una empresa cuya magnitud resulta asombrosa para los recursos disponibles.

La movilización de más de cinco mil hombres adiestrados y equipados para el combate, representó un notable esfuerzo material y técnico: acopio de víveres, transporte, distribución y control. Se fundieron campanas de Iglesias para fabricar armas, se construyeron puentes colgantes transportables, etc.

En estos preparativos, dos emigrados de Chile jugaron un papel muy destacado: Bernardo O'Higgins, segundo Jefe del Estado y el sacerdote Luis Beltrán, quien aportó sus valiosos conocimientos de matemáticas, física y química.

La marcha del Ejército de los Andes, debió ser un espectáculo impresionante: cinco mil hombres, entre los cuales figuraban algunos centenares de esclavos negros, que habían ganado su libertad y miles de campesinos calzados con ojotas de cuero de vacuno, que eran la principal base social de las tropas; más de diez mil mulas cargando pertrechos y armas, mil seiscientos caballos y setecientas vacas como reserva alimenticia. En las empinadas alturas andinas, sólo sobrevivieron la mitad de las mulas y un

tercio de los caballos. Muchos soldados sucumbieron víctimas del soroche y el frío.

Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú, pusieron a prueba el poder de este Ejército de campesinos y esclavos libertos, encabezados por un puñado de criollos ilustrados, movilizadas por la causa común americana.

Luego las batallas de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, O'Higgins fue designado Director Supremo. Los hombres de la Logia Lautaro, núcleo revolucionario clandestino, tomaron el control del Gobierno de Chile.

En el aniversario de Chacabuco en 1818, se firmó el Acta de la Independencia de Chile. Bajo la firma de O'Higgins, se proclamó que "Chile sus islas adyacentes son libres de cualquier dominio extranjero y tiene derecho a darse el Gobierno que más convenga a sus intereses".

O'Higgins, veía realizados los planes que trazó en Londres con Miranda: su Patria era libre y sus hijos decidirían sobre la forma de Gobiernos que más conviniera a sus intereses.

La Patria nacía sin cerrarle ninguna puerta a la historia: el interés de Chile sería la brújula para guiar su destino.

O'Higgins como gobernante, debió deliberar desde el primer día una dura contenida contra los restos del antiguo régimen y sus aliados. Patrocinó la creación de un Tribunal Patriótico destinado a establecer la fidelidad de los ciudadanos a las nuevas Instituciones como requisito para ocupar cargos en la administración pública. Decretó la confiscación de bienes de prófugos. Puso en cintura a los recalcitrantes como el obispo de Santiago Zorrilla y llevó al paredón a San Bruno y a otros responsables de odiosos crímenes cometidos contra los patriotas.

Junto con tomar las medidas necesarias para afianzar el nuevo régimen en el frente interno, creó la Armada Nacional y compartió con San Martín la decisión de llevar la lucha al Perú, para demoler la principal fortaleza del colonialismo en América.

Con esta perspectiva, pese a la aguda penuria fiscal, se dispuso a colaborar con San Martín en los preparativos de la expedición que movilizó a más de cinco mil hombre por tierra y mar.

En 1821 las fuerzas patriotas entraban triunfalmente en Lima.

Los éxitos militares no compensaron, sin embargo, los perjuicios que las confiscaciones y otras cargas fiscales imponía el Gobierno para financiar la guerra de la Independencia, a ciertos grupos de la sociedad.

En el Sur, había resistencia para enviar a Santiago el trigo que el consumo de las tropas requería, privando a los productores de los beneficios de la exportación.

Las medidas económicas que aplicaba el Ministro Rodríguez Aldea, despertaban las iras de un elenco de opositores que alegaban perjuicios en sus negocios.

La decisión gubernativa de trasladar la Aduana de Santiago a



Valparaíso, como un medio de ejercer un control más directo sobre el comercio exterior, fue resistida. Las razones económicas eran variadas y poderosas, incluso se sostenía que la medida significaría pérdida de oportunidades para hacer matrimonios afortunados con mercaderes extranjeros para las niñas casaderas de Santiago.

Por otra parte, el reformismo social de O'Higgins, lo indispuso con las selectas familias que concebían la Independencia como un traspaso de la Metrópoli a sus manos, de la administración de un orden social y una escala de valores que estimaban inmovibles.

La tentativa de abolir los mayorazgos estremeció las columnas seculares del dominio territorial de los descendientes de los encomenderos; la liquidación de los escudos de armas y de los títulos de nobleza que excitaban el orgullo del núcleo elitario, pareció un agravio imperdonable. Su concepción del prestigio social fundado en el mérito y no en el privilegio pareció a la gente sensata de la época una novedad inaceptable.

Las dificultades cercaron al Director Supremo y erosionaron su prestigio: las exacciones fiscales, el control aduanero, el rígido centralismo contra el cual reaccionaban las provincias, aspiraciones que personificaban la creciente oposición de Freire en el Sur, los roces con el clero realista, la irritación de las familias principales por su espíritu renovador, el trágico fin de sus principales adversarios políticos, los hermanos Carrera y Manuel Rodríguez, se conjugaron hasta precipitar su caída.

Impotente ante la rebelión de las provincias, con Freire a la cabeza, definitivamente contrariado con los círculos más influyentes de la capital, abdicó en 1823 y marchó al destierro al Perú.

En el exilio se hizo cargo de la Hacienda Montalván que le asignó San Martín como compensación a su generoso aporte material a la causa americana. Pareció encontrar en su hacienda azucarera y en el calor familiar, el descanso definitivo del guerrero.

Pero su llama de combatiente por la emancipación americana no estaba aún extinguida: al arribo de Bolívar al Perú se ofreció de inmediato para ponerse a sus órdenes.

Se preparaba ya al lado de Bolívar para sumarse a la lucha cuando Antonio José de Sucre liquidaba en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, la última resistencia española en América.

Para saludar la victoria, Bolívar ofreció en Lima una deslumbrante recepción, en la cual las damas más distinguidas lucían sus mejores galas y los altos oficiales sus uniformes de parada. Al banquete, el General O'Higgins, fue el único oficial de alto rango que concurrió de civil. El hecho no pasó inadvertido a Bolívar quien se le acercó y lo interrogó por esta singularidad: "Señor", respondió O'Higgins; "la América está libre; desde hoy el general O'Higgins ya no existe; sigue sólo el ciudadano particular Bernardo O'Higgins; después de Ayacucho mi misión en América está concluída".

El insigne soldado daba por terminada su tarea.

Al apagarse las llamas de la guerra vendría la paz y el trabajo creador; el imperio del pensamiento ilustrado, del nuevo orden jurídico y de la ingeniería. Ese era el sentido de su lucha.

El 27 de octubre de 1842, se apagó en Lima la vida de O'Higgins.

Nadie mejor que Neruda, ha descrito el significado de su ausencia en los años iniciales de la construcción republicana:

"Chile se iluminó como un salón cuando no estabas. En derroche un rigodón de ricos sustituye tu disciplina de soldado ascético y la patria ganada por tu sangre sin ti fue gobernada como un baile que mira el pueblo hambriento desde afuera."

3. Legado y Tareas.

El legado de Bernardo O'Higgins, es digno del recuerdo agradecido de nuestro pueblo.

Como soldado y estadista, constituye un ejemplo de entrega ilimitada a las tareas del servicio público.

Su vasta obra de libertador y gobernante, sigue abierta a los trabajos y los días del chileno:

Afianzar la soberanía para escoger las opciones del desarrollo como nación independiente.

Impulsar la renovación social como factor esencial del progreso nacional.

Visualizar el ancho horizonte de la Patria Grande Latinoamericana, como el marco real de su destino.

Es la consciencia del valor de legado que nos reúne hoy, 20 de agosto de 1974, aquí en Chacabuco en torno a su memoria ilustre.

Prisioneros en la patria que nos dio, seguimos fieles a su herencia y a su proyecto inconcluso.

El suelo de Chile no conoce el desencanto.

Y con Neruda repetimos:

"Pero hemos heredado tu firmeza
tu inalterable corazón callado.
tu indestructible posición fraterna
y tú entre la avalancha segadora,
de húsares del pasado, entre los ágiles
uniformes azules y dorados,
estás hoy con nosotros, eres nuestro,
padre el pueblo, inmutable soldado".

ALINE PETTERSSON ESTAMPA

La puerta debe empujarse muy suavemente, para no golpear la silla que está cerca. Al instante se llenan los oídos del sonido de una ópera cantada a todo volumen. Es difícil distinguir nada: la luz de afuera es demasiado contraste con la penumbra interior. Pero mientras se acostumbra la vista, el olfato trabaja incansable. Se siente agredido por una serie de aromas que siempre están allí. La falta de ventilación y ese deseo de querer preservar los objetos a media luz para que se eternicen, para que no los destruya el sol, tantas veces asomado a la ventana de visillos corridos. Huele a madera y a tela vieja. La sala es Luis XV de buena talla. Sillas y sillones de madera clara coronadas por un moño. El tapiz de medallón, luido por los años, pero irremplazable. Ya no se hacen ahora telas de estilo genuinas. El aire se siente denso y no únicamente por lo encerrado del lugar; sino por dos magnolias algo marchitas que cuelgan de un florero de porcelana de Sévres, decorado con figuras dieciochescas. Los ojos, acostumbrados ya a la penumbra permiten caminar con mayor libertad, cuidando siempre de no tropezarse contra las sillas Luis XV que no caben. La pared está cubierta de platos con escenas napoleónicas: La Coronación, Austerlitz, Josefina. Más allá, desconcertante y horrorosa, una cabeza de yeso del emperador francés en tamaño natural, con su sombrero azul. En un rincón hay un secretaire de madera incrustada, lleno de compartimientos ocultos. En los cajones, sobres descoloridos y muchos papeles. Encima del escritorio, una fila de retratos de niños en diferentes poses y atuendos: varones de cuatro años con vestidos de mujer y pelo largo, otros de traje marinero y medias, niñas de falda a media pierna, con la manos colocadas delicadamente sobre el regazo y la cara puesta de perfil. El ruido de la música es fuertísimo; un aria sucede a otra a un volumen monumental. Allá al fondo, cerca de la ventana de visillos corridos, está sentada ella, con los ojos cerrados. Y entre un aria y otra se escucha su horrible jugueteo con la dentadura floja: clac, clac, clac, clac.

DUALIDAD

Mi bata verde. Verde, verde, no blanca como en mis sueños. Es grande, amplia, fea. Me envuelve. Parece tienda árabe. Lienzos y lienzos de tela, de tela verde. De mangas grandes. Tela que todo lo cubre: mis zapatos, mi cara, mi cuerpo. Tela verde y ajada. ¿Dónde está el almidón de mis fantasías? Demasiadas películas, demasiados libros. Los guantes, ajustados, invisibles. Hoy. Ya llegó el día de hoy. Las gentes van y vienen en sus trajes verdes. Sus risas, su hablar me molesta. Hoy es mi día. A nadie le importa. Es un día más. Es mi día. Palanganas, tubos, instrumentos. Lo de siempre. Lo de ayer y lo de mañana. Pero hoy es mi día.



Déjame un momento más, por favor. Me gusta mucho quedarme aquí. Qué rápido trabaja. Qué bien lo puede hacer el señor. Uno tras otro, cuántos pollos. No me canso de verlo.

Mi pulso debe estar firme. No puede vacilar. Lo he visto tantas veces. No es lo mismo ayudar que trabajar solo. No es lo mismo hacer un poco, cuando es otro el que hace un mucho. Debo tener calma. Nunca me había parecido tan grande la bata. Y tan fea. ¿Tendré miedo?

Siempre los coloca de la misma manera. Así le es más fácil manejar los pollos. Nunca se equivoca. Su mano entra y sale de uno a otro y corta y limpia. Y sigue.

Cuántos años he esperado este día. Cuánto esfuerzo. Cuánto estudio. Creen que ya estoy listo. ¿Pero lo estoy realmente? Quizá mi mano temblará. ¿Y entonces? Olores, olores. Todo está impregnado de olores. Tanto desinfectante y el éter y el alcohol. Y la sangre. Debe oler a sangre. Tanta sangre que se ha derramado en este cuarto.

Sus dedos están llenos de sangre, pero no me da asco. Se ven rojos. Hasta adentro de la uñas. Su bata está salpicada. Me gustaría más que no tuviera manchas. No importa. Qué grandes son sus tijeras. Deben tener mucho filo. Corta y corta sin parar nunca. No se cansa, ni yo me canso de verlo. Una pechuga, una rabadilla, dos patas. Cuánta gente le compra. Me tapan, no me dejan ver bien.

Estoy listo. Pronto empezaré. Ya la gente está en sus puestos. La luz. Lámpara brillante. Astro de la sala. Calor, Me sofoco. Tanquilidad. Es tan fácil. Mil veces lo he visto hacer. Siempre con mano segura. Con pulso firme. Yo también puedo.

La gente me aprieta, me empuja. ¡Ora niño, házte a un lado! Sus manos abren, cortan, separan.

Me avisan que ya puedo empezar. La anestesia surtió efecto. Pulso normal. Corazón tranquilo. Cuánta tela. Metros y metros de tela verde. Un orificio. Carne rosada que palpita, que espera a mi mano. La extendiendo. Me colocan un bisturí, un cuchillo. Me estremezco. Tengo miedo.

Primero corta el cuello. Saca algo oscuro. Lo tira lejos. Pega fuerte en las tijeras. Se desprende la cabeza. Limpia. Limpia con un trapo ya muy usado. Y sigue. Mete la mano adentro y jala. Su mano sabe buscar bien. Nunca se equivoca. Pollo gordo de grasa amarilla.

Animo, debo empezar. Un tajo seguro. Será el momento más difícil. ¡Ahora! Brota la sangre. Separadores. Compresas. A limpiar y cortar más adentro. Poco a poco. Sin prisas. Tejido por tejido. Pinzas, Compresas. Secar. Ligar y más adentro.

Las tripas. Son largas. No me gustan. Todo le cabe dentro de la mano. El corazón, el hígado, la molleja. Limpia. Limpia con su trapo sucio. Ya lo veo. Su color rojo oscuro. Muy oscuro. Casi negro. Palpitante. Estoy tranquilo. Perdí el miedo. Ligo, suture, continúo. Me acerco. Escucho la charla indiferente. Oigo que el



radio está prendido. Música clásica. Dicen que calma. Vivaldi. Me gusta. Música monótona. Aquieta mi estado de ánimo.

Abre la molleja. Le da la vuelta. La limpia. Sale algo verde. Corta el hígado. Lo separa de las tripas. Lo vuelve a meter dentro del pollo, con la molleja, con las patas, con la cabeza. Ya está listo. Toma otro.

La vesícula. He llegado a la vesícula. Corto con cuidado. Bolsita verde. La tengo en mi mano. La echo lejos. Suturo, ligo, arreglo. Coloco todo en su lugar. Seda negra. Catgut. Coso y corto. Coso y corto.

Me debo ir. Abrirme paso entre tanta gente no es fácil. Me empujan. Me aprietan. Pierdo la mano de mi mamá. Empujo yo también. Poco a poco consigo salir de entre gentes y canastas. Al fin libre del tumulto. Caminamos. Cuántos olores. De guayabas. De melones. De fruta fresca. De mercado.

Voy haciendo a un lado las pinzas, los separadores, las gasas. El tejido adiposo. Amarillento. Voy saliendo. Terminando. La piel. Estoy ya en la piel. ¡Pude! ¡Pude! La suturo con cuidado. Que quede una cicatriz bonita. Estoy sudando. Pero fue un éxito. ¡Un éxito! Me descubro la boca. Me quito los guantes. Muevo mis dedos. Los siento más libres. Me veo al espejo. Mi bata está sucia. Llena de salpicaduras. Me ayudan a quitármela. ¡Uf!

**EMILIA
N. KELLEY**

SOBRE LA ESTÉTICA DE GÓNGORA

Las dos obras máximas de don Luis de Góngora, el *Polifemo* y las *Soledades*, son creación angustiada que trata de captar la mutabilidad y contingencia de la belleza. Parécenos que a partir de estos dos poemas se puede deducir el sistema estético de Góngora, sistema que informa definitivamente su sentido de la vida y del hombre.

Tanto el *Polifemo* como las *Soledades* representan un "tour de force" artístico. Con estas dos obras Góngora se esfuerza por alcanzar la cima de la poesía española de su momento. Son indiscutiblemente, ambas obras, la culminación y superación de una estética, como bien dijera Dámaso Alonso.¹ Al compararlas, una serie de contrastes saltan a la vista. En el *Polifemo*, Góngora adapta su genio a la doble sujeción de una forma difícil y fija —la octava— y de un mito recreado numerosas veces tanto en la antigüedad clásica como por sus inmediatos predecesores italianos y españoles.² La intención de crear, no un *Polifemo* más, sino "el" *Polifemo*, es obvia.

En las *Soledades*, Góngora deja correr su inspiración ayudado por la libertad del metro que para ellas elige: la silva. Sobre la intención y posible significado de esta obra los críticos no cesan de debatir desde que ésta apareciera. Desde el Abad de Rute, que contestara tan acertadamente a las elegaciones de don Juan de Jáuregui, hasta los excelentes estudios de Dámaso Alonso, Antonio Vilanova y Maurice Molho,³ las polémicas sobre su significado han sido múltiples. Esta es también la obra gongorina a la que más intenciones filosóficas se han acordado. Pie para ello ha dado la carta de don Luis en la que refuta las críticas que contra las *Soledades* se hicieran, y único texto conocido en que el poeta comente su obra:

Eso mismo hallará V. M. en mis *Soledades*, si tiene capacidad para quitar la corteza y descubrir lo misterioso que encubren.⁴

En cualquier caso, y como muy bien ha visto Maurice Molho,⁵ en las *Soledades* la forma poética elegida se ciñe íntimamente a las exigencias del tema. La libertad de la silva recalca la libertad del creador, y la del peregrino protagonista. La sucesión de temas clásicos fluye ayudada por el desenvolverse de la silva.

Así pues nos hallamos, en el caso del *Polifemo*, ante límites definidos, impuestos por tema y forma; en las *Soledades*, libertad total que informa la estructura del poema y de la que don Luis es único censor. Son, por lo tanto, dos poemas extremadamente diferentes. Unidos, representan un alarde poético y técnico de la mayor importancia. Parécenos que ambos, sin embargo, participan de un factor común: exponen clarísimamente la estética de Góngora, estética angustiada de la mutación, que llevada a su último límite se resolverá "en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada."⁶

Tanto el *Polifemo* como las *Soledades* son exponentes claros de un mismo sistema metafórico, sistema encaminado fundamentalmente a recalcar la mutabilidad y contingencia del universo creador por el poeta, trasunto ideal a su vez de la belleza de la realidad. Al captar la belleza precisamente en su mutabilidad, en su presente e ineludible correr hacia el futuro, el poeta expresa su angustia por la conciencia —inevitable— que de la contingencia tiene. El ciclo se cierra al plasmar verbalmente esta belleza: esfuerzo angustioso por definirla por un lado, estáticamente, puesto que la palabra queda, y por otro, en su esencial y necesario movimiento. Si el poeta triunfa de ambas maneras logrará su intención: trascender —en cierta medida— la contingencia, al oponerle la permanencia de la palabra, y captar aquello que, en su visión, es la esencia de la belleza: su ser en movimiento.

No es ésta concepción de la belleza y de la vida original de D. Luis de Góngora. Son, en realidad, parte del bagaje espiritual del hombre y del artista barrocos. Este sentido acuciante de la brevedad del momento, de lo transitorio de todo lo humano, lo podemos rastrear en muchos de sus contemporáneos, tanto en España como en otros países europeos. Pero si bien el sentimiento les es común, la manera de manifestarlo, y la forma en que afecta su visión del mundo, les es propia.

Dadas las diferencias radicales existentes entre sus dos obras máximas, la manera de manifestarse esta aprehensión de la mutabilidad, esta amenaza del tiempo, serán también diferentes. Precisamente por lo ceñido del contenido "anecdótico" del *Polifemo*, el poeta hará recaer sobre su sistema metafórico y sobre sus imágenes todo el peso de su genio poético para hacernos sentir esta angustia de lo transitorio, angustia que el propio tema de la *Fábula* recalca. Así, al penetrar en el universo polifémico, nos adentramos en un mundo de metamorfosis constantes, metamorfosis que se manifiestan a nivel temático y a nivel metafórico.

Las metamorfosis pertenecientes al tema son, en realidad, las más evidentes a primera vista, ya que vienen avaladas y pedidas por larga tradición, y se pueden enunciar brevemente: metamorfosis del gigante mismo,⁷ transformado de cruel e inhumano, en refugio y ayuda del naufrago por virtud de su amor; cambio de Galatea, de ninfa esquiva y ninfa enamorada, y transfiguración de Acis, de joven amante en río.

Las metamorfosis realmente significativas se relacionan directamente con el sistema de imágenes y metáforas ideado por Góngora. Son éstas precisamente las que van tejiendo una urdimbre que será manifestación clara del universo y de la estética gongorinas, y que se harán evidentes numerosas veces a todo lo largo del poema. Notemos, por ejemplo, las constantes metamórficas descriptivas que aparecen en el *Polifemo*, plasmadas a menudo mediante el uso de la prosopopeya. Recordemos tan sólo algunos casos:



Allí una alta roca
mordaza es a una gruta de su boca. (620)

De este, pues, formidable de la tierra
bostezo el melancólico vacío
a Polifemo, horror de aquella sierra,
bárbara choza es. (620)

Un monte era de miembros eminente
este que —de Neptuno hijo fiero—,
de un ojo ilustra el orbe de su frente. (620)

¿Qué se propone Góngora con esto? En primer lugar, claro está, agudiza el impacto de la imagen. Además, al trenzar unas realidades con otras, señala correspondencias existentes en la imaginación del artista,⁸ correspondencias que parecen ampliar efectivamente el ámbito de lo real, al echar mano de un ámbito de la realidad para describir otro. Se logra así un sentido de movilidad, de fluidez de lo existente, que subraya la idea de posibilidad de cambio constante. Al mismo tiempo, la creación de estas relaciones interobjetales añade un sentido de transitoriedad, de movimiento, que por la constante repetición de este proceder se hace casi obsesivo. La sensación dominante producida en el lector al leer estos versos es la de permanencia del cambio, de constancia hallada tan sólo en la perpetua transformación.

Si ahora pasamos a considerar las descripciones directamente relacionadas con la idea de belleza,⁹ lo primero que llama nuestra atención es que en ellas el poeta frecuentemente deja la puerta abierta a la sugestión. Al no ceñir tajantemente la definición, queda ésta perpetuamente abierta a toda una serie de posibilidades. Posibilidades de matiz, de luz cambiante; en definitiva, belleza captada precisamente en su devenir. He aquí una clave fundamental: belleza, sobre todo y a pesar de ser transitoria:

Son una y otra luminosa estrella
lucientes ojos de su blanca pluma:
si roca de cristal no es de Neptuno,
pavón de Venus es, cisne de Juno.

Purpúreas rosas sobre Galatea
la Alba entre liliros cándidos deshoja:
duda el Amor cuál más su color sea,
o púrpura nevada, o nieve roja. (622)

Por este procedimiento se le añade a la belleza una dimensión más, precisamente porque no se fija; es bella en tanto que está siendo. Y así precisamente revela Góngora la omnipresencia de su visión de la contingencia. Está siendo constantemente, sin llegar

nunca a ser, sino fija tan sólo en su devenir, devenir que sólo cesará con la muerte. Y a este devenir real, se añade este plasmar en todas las imágenes su movimiento, su posibilidad de modificación, y que es el intento de triunfar de la muerte puesto que la palabra sí permanece.

Considerando lo que antecede, me parece difícil aceptar que la idea de la belleza en Góngora sea plenamente neoplatónica. Si bien el poeta trata de "materializar" con sus palabras una belleza suprema, para lo cual selecciona los atributos definidores, elige precisamente aquellos elementos cambiantes. La belleza residirá pues en la conjugación del concepto de lo bello, unida al elemento movimiento, cambio. Y sólo en esa conjugación. Así, se individualiza *esta* belleza determinada, que está siendo, pero que en el futuro no será. Por eso, no importa el uso de los elementos genéricos, a veces verdaderos lugares comunes, que Góngora emplea en algunas de sus descripciones, pues el sentido del "siendo" los vitaliza. El efecto producido no es el de hacernos remontar a la contemplación de la Belleza, sino de hacernos descender a la fragilidad de *esta* belleza, que cesará al no poder permanecer por siempre siendo.

Como ya se señaló anteriormente, en las *Soledades* el poeta es único censor de su desarrollo y temática. Comparte este poema una raíz común con la *Fábula de Acis y Galatea*, sin embargo: su núcleo central está basado en el concepto del cambio, del devenir. De nuevo, como en el *Polifemo*, tenemos que considerar el concepto del cambio como elemento constitutivo del tema, y como constante del sistema metafórico gongorino.

En las *Soledades*, el tema central entraña implícitamente la idea de movimiento, ya que se basa en la peregrinación del naufrago protagonista. Y este movimiento tiene varios alcances. Como dice Maurice Molho:

"Le seul lien entre les divers épisodes de cette silva au cours imprévisible est une errance: errance du protagoniste, disponible toujours, ouvert au monde dont il fait, au hasard des rencontres, la découverte; errance du poète, pèlerin de la poésie, sollicité tour a tour par des thèmes aussi variés qu'un *menosprecio de corte* inspiré du *Beatus Ille* horatien, une imprécation à la manière d'Horace contre les navigateurs cupides, un hyménée dans l'esprit et le style des *Noces de Thétis et Pelée*, une minutieuse description des jeux athlétiques imitée des jeux funèbres de l'Enéide, un épithalame en chœurs alternés qui rappelle encore Catulle. L'ensemble se projette sur une bucolique évocatrice de l'Age d'Or. Les thèmes, traités avec la plus grande rigueur, occupent dans le défilé, selon l'usage



des silvas, une position apparemment arbitraire. Les poète les brasse, les emmêle, abandonne l'un pour revenir à l'autre, dans une création continue qu'il laisse volontairement ouverte."¹⁰

Además, la condición misma del peregrino protagonista subraya esta constante del cambio. El peregrino, en su realidad exterior, se caracteriza por su sentido de tránsito: de naufrago, a arribado a tierra firme, que después inicia su búsqueda a través de lo desconocido futuro. Paralelamente, en su realidad interior, pasa de hombre enamorado a amante dolorido, estado este mismo de por sí eminentemente transitorio. Si, sobre esto, aceptamos la hipótesis de Antonio Vilanova sobre el concepto seminal que dio vida a las *Soledades*, podemos extender lo antedicho aún más, ya que: "las cuatro *Soledades* representan la creciente soledad y abandono de la vida del hombre. Paralelamente al simbolismo clásico de las cuatro estaciones del año correspondientes a los cuatro grados de la vida humana, las *Soledades* gongorinas señalan el declive hacia la esteridad y la muerte... La condición errante del peregrino... simboliza la fugacidad de nuestra vida, que no detiene jamás su camino hacia la suprema soledad de la muerte."¹¹

Si la *Fábula de Polifemo y Galatea* es, en esquema, el triángulo eterno, las *Soledades* son el hombre como espectador de la vida. El peregrino es, en efecto, el marginado, tanto emocional como físicamente, y marginado doblemente en este último aspecto puesto que su errar no tiene término a la vista, expuesto explícita o implícitamente. Esta diferente coyuntura vital de los protago-



nistas de ambas obras se reflejará indubitablemente en el sistema metafórico empleado por Góngora.

Así, mientras que en el *Polifemo* la naturaleza encuadra y realza el tema principal del mito, en las *Soledades* la naturaleza cobra un papel central ya que en ella —tanto como en los elementos humanos— se basa el deambular del joven. Y la Naturaleza, lejos de representar una realidad última y constante, se nos ofrece como sometida a un devenir continuo, a una labor de recubrir incluso los vestigios humanos, lo cual recalca lo efímero de los esfuerzos del hombre.

La Naturaleza en las *Soledades* señala fundamentalmente la impotencia funcional del hombre ante el tiempo, y recalca irremisiblemente su papel de espectador, de testigo:

Aquellas que los árboles apenas
dejan ser torres hoy —dijo el cabrero
con muestras de dolor extraordinarias—
las estrellas nocturnas luminarias
eran de sus almenas,
cuando el que ves sayal, fue limpio acero.
Yacen ahora, y sus desnudas piedras
visten piadosas yedras:
que a ruinas y a estragos
sabe el tiempo hacer verdes halagos. (639).

Esta impotencia funcional ante el tiempo se manifiesta tanto en el aspecto de las ambiciones de poder —torres cubiertas de yedra— a nivel colectivo, como en las aspiraciones personales, a nivel individual. Y si la voz de la colectividad será ya la del cabrero, ya la del “político serrano”, que lamentará lo vano de la arrogancia y la codicia surcando el mar, la voz del individuo será evidentemente la del peregrino:

Audaz mi pensamiento
el cenit escaló, plumas vestido,
cuyo vuelo atrevido
—si no ha dado su nombre a tus espumas—
de sus vestidas plumas
conservarán el desvanecimiento
los anales diáfanos del viento. (666-667)

La conciencia de la futilidad y de lo pasajero de los empeños humanos queda perfectamente plasmada en estos versos; la supuesta solidez de los anales queda contrarrestada, brutal y grácilmente a la vez, por el “desvanecimiento” y la frase calificativa “diáfanos del viento”, recalcándolo todo la aliteración empleada por el poeta.

Esta conciencia de la futilidad humana, y de lo efímero del

vivir, se manifestará no sólo en la narración de lo que directamente atañe al errante protagonista, sino que traspasará también su manera de aprehender la realidad exterior. Así, como en el *Polifemo*, las imágenes se caracterizarán por su sentido dinámico y metamórfico. Por ejemplo, toda la grandiosa escena final de las *Soledades*, la cetrería, no es sino un crescendo de movimiento y transformación, una realidad infinitamente cambiante:

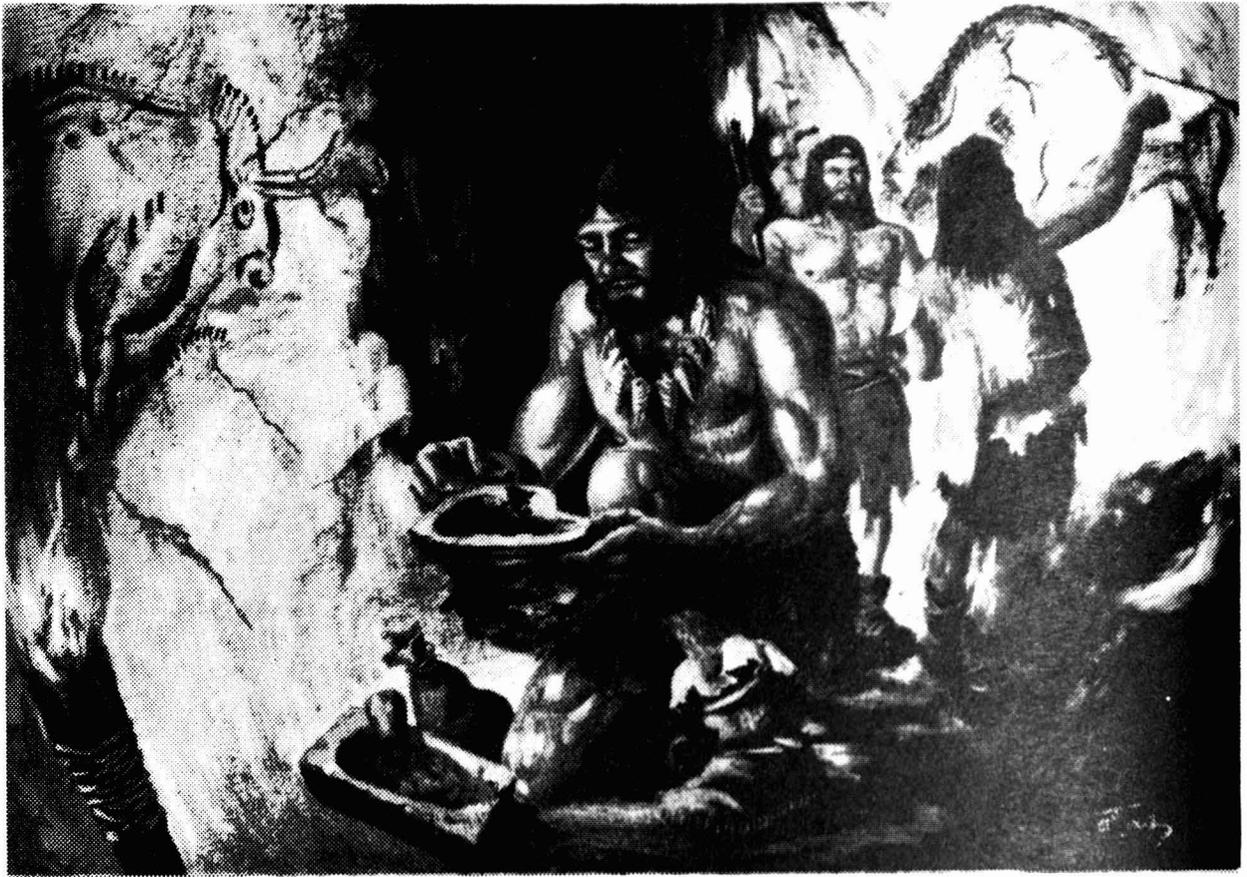
Breve esfera de viento,
negra circunvestida piel, al duro
alterno impulso de valientes palas,
la avecilla parece. (688)

Aunque ociosos, no menos fatigados,
quejándose venían sobre el guante
los raudos torbellinos de Noruega. (689)

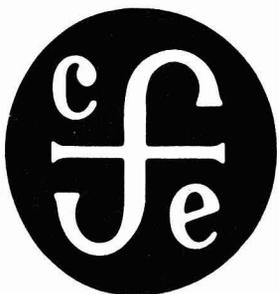
Góngora, tanto en el mito consagrado y por lo tanto de valor ejemplar, como en las *Soledades*, posible alegoría del vivir humano, presenta como constante una visión de la realidad que se define por su sentido dinámico, variable. Ante lo efímero de la realidad vital, la única posibilidad abierta al poeta es la de dejar testimonio de lo angustiioso y contingente de la existencia, de la fragilidad e impermanencia de lo bello. Entre la espada y la pared del correr temporal y de su inevitabilidad, Góngora se erige en testigo implacable de lo transitorio, convirtiéndolo en valor que agudiza el poder de fascinación que sobre él ejerce el entorno humano, “caduco aljófara, pero aljófara bello”.

Notas

- 1 *Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, 1955, pp. 72, 84.
- 2 Ver Dámaso Alonso, *Góngora y el Polifemo*, Madrid, 1961, pp. 174-194 para una clara exposición histórico-crítica del mito del Polifemo.
- 3 Dámaso Alonso, *Estudios...*; Maurice Molho, “*Soledades*; BHi, LXII (1960), pp. 249-285; Antonio Vilanova, “El peregrino de amor en las *Soledades* de Góngora”, *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, III (Madrid, 1952), pp. 421-460.
- 4 Luis de Góngora, *Obras completas*.⁸ Juan Millé y Giménez, Isabel Millé y Giménez, eds. Madrid, 1967, p. 896. De ahora en adelante, todas las citas de la obra gongorina se harán siguiendo esta edición.
- 5 *Op. cit.*, pp. 252 y ss.
- 6 Góngora, p. 447.
- 7 D. Alonso, *Estudios...*, pp. 196-200.
- 8 “Mordaza”, por ejemplo, retrata sobriamente la actitud del gigante y recalca su ferocidad, por la evidente relación existente entre el concepto de violencia y el vocablo en cuestión.
- 9 De belleza en el sentido convencional; queremos decir de objetos o personas que significan o representan lo bello como Galatea o un paisaje determinado, pongamos por caso. No es nuestra intención sugerir que la descripción del Polifemo, por ejemplo, no resulte en algo bello, claro está.
- 10 *Op. cit.*, pp. 283-284.
- 11 *Op. cit.*, p. 431.



La vida de este ser humano fue una cadena de agobios constantes. Imposible que contara con la ayuda de hombres más lúcidos o más expertos; el libro todavía no existía.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

LIBROS: EL FONDO QUE PRESERVA LAS IDEAS.

EN **13**
CANAL
TELEVISION

LA ESTRELLA ES... EL ESCRITOR

PORQUE SE HAN INTEGRADO A NUESTRO MEDIO DE EXPRESION LAS OBRAS DE AUTORES NACIONALES Y EXTRANJEROS QUE APORTAN AL ESPECTACULO ELECTRONICO LA ALTURA DE SU PENSAMIENTO Y SU SENSIBILIDAD.

PORQUE SE HAN INCORPORADO A NUESTRA PROGRAMACION OBRAS REPRESENTATIVAS DE VALORES INTERNACIONALES

COMO DOSTOIEVSKI, TOLSTOI, VICTOR HUGO, CHEJOV, GARCIA LORCA Y ROMULO GALLEGOS.

PORQUE HAN DIGNIFICADO NUESTRA PANTALLA TALENTOS NACIONALES

COMO FERNANDEZ DE LIZARDI, MANUEL PAYNO, ROJAS GONZALEZ, JUAN RULFO, CARLOS FUENTES, VICENTE LEÑERO, CARBALLIDO, REVUELTAS, MENDOZA, MAGAÑA, ROBLES ARENAS Y MUCHOS OTROS, ENRIQUECIENDO NUESTROS RECURSOS Y REVALORIZANDO LA TELEVISION.

PORQUE SE HA DESPERTADO EN EL AUDITORIO UN INTERES AUTENTICO POR EL BUEN TEATRO Y EL AMOR A LA LECTURA.

PORQUE SE ESTA FOMENTANDO EL ENTUSIASMO DE LOS NUEVOS VALORES DE LAS LETRAS.
POR TODAS ESTAS RAZONES, CANAL 13 ES:



UN NUEVO ESTILO EN TELEVISION

Serie popular Era Novedades



Frédéric Bon / Michel-Antoine Burnier
CLASE OBRERA Y REVOLUCION
150 pp. ■ \$ 22.00

Adolfo Sánchez Vázquez
**DEL SOCIALISMO CIENTIFICO
AL SOCIALISMO UTOPICO**
78 pp. ■ \$ 15.00

Lucio Magri / Rossana Rossanda
Fernando Claudín / Aníbal Quijano
MOVIMIENTO OBRERO Y ACCION POLITICA
233 pp. ■ \$ 28.00

André Glucksmann
EL VIEJO Y EL NUEVO FASCISMO
122 pp. ■ \$ 22.00

Isaac Deutscher
LENIN: LOS AÑOS DE FORMACION
120 pp. ■ \$ 22.00

EDICIONES ERA

Avenida 102 ■ México 13, D. F. ☎ 582 03 44



NOVEDADES

A. Lipschutz
**EL PROBLEMA RACIAL EN LA CONQUISTA
DE AMERICA**
320 pp. \$ 90.00

L.A. de Lomnitz
COMO SOBREVIVEN LOS MARGINADOS
232 pp. \$ 60.00

C. Vitier
ESE SOL DEL MUNDO MORAL
Para una historia de la eticidad cubana
200 pp. \$ 40.00

P. Singer
ECONOMIA POLITICA DE LA URBANIZACION
180 pp. \$ 40.00

J. Wheelock
IMPERIALISMO Y DICTADURA
208 pp. \$ 60.00

CM 70 J. Labastida
OBSESIONES CON UN TEMA OBLIGADO
104 pp. \$ 15.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRE-
RIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A.
Ave. Cerro del Agua 248. Tel. 550-25-71
México 20, D. F.

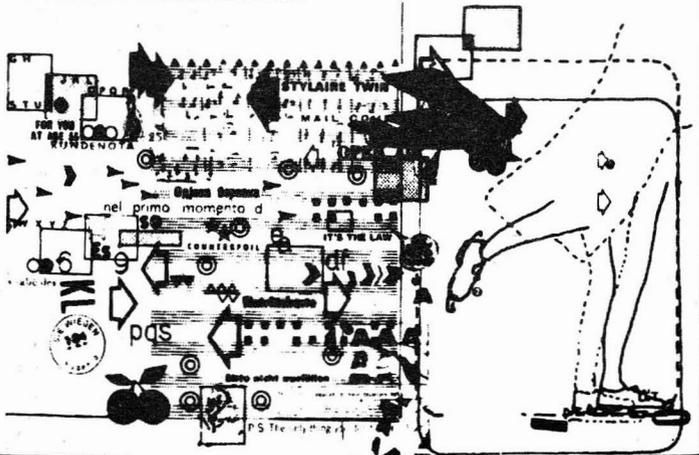
Talea

Revista de música

Número 1
Septiembre-diciembre 1975

John Cage / El futuro de la música
José Antonio Guzmán Bravo / La música en México
durante el Virreinato
Gilbert Reaney / La unidad nodal y los patrones del
tenor en el s. XIV
Otto Luening / Monos, hombres y máquinas
Argeliers León / Del acto y el resultado
Jean Etienne Marie / La música occidental y lo
sagrado
Richard L. Crocker / Un canto de Ugarit
Reseña de discos y libros

Director: Mario Lavista



plural

Crítica / Arte / Literatura

Plural No. 50, noviembre de 1975

(Número extraordinario)

Vuelta a *El laberinto de la soledad*: Entrevista de
Claude Fell con Octavio Paz
Un soneto de Jorge Luis Borges
Poemas de Vasko Popa
Jóvenes poetas norteamericanos (antología)
Jóvenes poetas franceses (antología)
Danubio Torres Fierro: Correspondencia con Silvina
Ocampo
Haroldo de Campos: Ezra Pound

Libros
Letras, Letrillas y Letrones

Director: Octavio Paz
Jefe de Redacción: Kazuya Sakai
Reforma 12-505, México 1, D. F.

EDITORIAL

Con el nuevo volumen que principia a partir del presente número, la *Revista de la Universidad de México* cumple treinta años de existencia. Durante ese lapso ha difundido la cultura dentro y fuera del seno de su propia comunidad. Ha dado cabida en sus páginas —sin ninguna restricción ideológica— a las más diversas manifestaciones intelectuales (arte, crítica, ciencias sociales y exactas). Ha sido un instrumento para que los universitarios, en el amplio espacio de su Casa de Estudios, se conozcan unos a otros superando las inevitables fronteras de la especialización, y para que los que no se desenvuelven dentro de este ámbito tengan acceso a él, ya sea para difundir sus ideas o para estar al tanto de lo que sucede en su interior. Tanto sus colaboradores como sus directivos han dejado en estos treinta años de vida de la *Revista* un importante documento de lo que ha sido la Universidad. Al iniciarse esta nueva etapa editorial, quienes hoy la tienen en sus manos se afilian a la tradición de mantenerla como testimonio cultural de su tiempo y de las inquietudes intelectuales que en él prosperan.



